



Kira Freitas

Trilogía de las Hermanas Macbride -
Libro 02

La
Duquesa

Kira Freitas

A

Duquesa

1ª Edición

Mangaratiba —RJ

Trilogía de las Hermanas MacBride

2018

La Duquesa

Libro 02 de la Trilogía de las Hermanas MacBride

Annabel MacBride nunca se imaginó a sí misma como la hija del mayor enemigo del clan escocés. Siempre supo que su madre planeaba casarla con un señor, para recibir un título de nobleza, y Annabel sabía que no tendría más remedio que recibir órdenes de su madre. Sin embargo, no estaba en sus planes ser parte de una colusión para destronar a Alistair MacCalister y a su esposa, que era sobre todo su hermana. Conocida por todos los rastros que llevaron al clan MacCalister, Annabel decide huir de su madre y termina siendo perseguida por los soldados de su padre. Aunque es una mujer valiente y hábil, Annabel está rodeada de peligro. Su única oportunidad de sobrevivir era en el mayor cazador que los clanes escoceses hayan visto jamás.

Bruce MacCalister creció en medio de guerras por el control del clan. De una manera cobarde, ha perdido el único amor verdadero que había tenido, y con él, vive en un mundo de oscuridad. Como jefe de la guardia y primo del rey, está acostumbrado a que se cumplan todas sus órdenes, por lo que odia ser desafiado. Cuando una hermosa chica con una lengua aguda y un temperamento explosivo es puesta bajo su custodia, Bruce desafía todo lo que cree que sabe sobre sus propios sentimientos. Atrapados en un pueblo después de que Bruce salve la vida de Annabel, tendrán que superar sus diferencias mientras una creciente pasión amenaza con dominarlos.

Indice

[La Duquesa](#)

[Indice](#)

[El plagio es un crimen!](#)

[Bibliografía:](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 01](#)

[Capítulo 02](#)

[Capítulo 03](#)

[Capítulo 04](#)

[Capítulo 05](#)

[Capítulo 06](#)

[Capítulo 07](#)

[Capítulo 08](#)

[Capítulo 09](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Otros trabajos](#)

El plagio es un crimen!

Esto es una obra de ficción. Aunque los lugares y los objetos son reales, los personajes y la historia son completamente ficticios. Cualquier parecido es una mera coincidencia.

Bibliografía:

Author(s): Kira Freitas

Año de edición: 2018

Diseño de portada: Vanessa Freitas

Diagrama: Vanessa Freitas

Imagen de portada: Evgeniia Litovchenko

ISBN: 978-85-921093-8-7

"Peligro y placer van de la mano."

Proverbio escocés.

Prólogo

Bruce

Caminé mucho por el pasillo. Sabía dónde estaban Alistair y Aideen vestidos a esa hora del día. Acababa de regresar de la atalaya y de los alrededores del pueblo cuando un pescador se me acercó y me trajo una noticia agradable.

—¡Aideen! —dijo cuando entró en la biblioteca. —Siento interrumpir su tiempo libre, pero tengo noticias de Annabel.

Alistair estaba sentado en su escritorio y Aideen estaba en una de las sillas leyendo. Se acarició el vientre, que aún no había crecido mucho. Ella dio un salto, viniendo hacia mí.

—¿La encontraste? —ella disparó.

—Mantenga la calma! —dijo Alistair. —¿Qué noticias hay?

—La buena noticia es que un pescador estaba a orillas del río en la época del lado este de Inverness y vio cuando una niña de pelo claro fue atacada por los soldados.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! —Susurró Aideen. —¿Fue Annabel?

—¡Parece que sí! —Respondí con firmeza. —Ella derribó a los soldados y huyó al bosque.

Aideen me miró a los ojos con esperanza.

—¿Cuáles son las malas noticias? —Preguntó Aideen.

—Todavía hay soldados detrás de ella y hay una amenaza de lluvia torrencial.

Aideen se puso las manos sobre la boca y dio un grito.

—Mantenga la calma! —Alistair la abrazó. —Bruce, por favor, ve tras Annabel y tráela a Dunhill.

—¡Alistair, soy el capitán de la guardia! —Me quejé. —Necesito estar aquí. Ya he enviado hombres a buscarla.

—¡No! —Ha dicho que te acerques a mí. —Eres el mejor rastreador y cazador que conozco. No podemos perder más tiempo. ¡Ve y encuéntrala!

Puse una cara de asco. Desde el día que conocí a la hermana de Aideen, ese mocoso grosero sólo pudo ofenderme. No me gustaba en absoluto ese malcriado y prefería comer tierra que volver a mirarla, que decía que estaba en su presencia por más de un segundo.

—¿Bruce? —Alistair me sacó de mi sueño. —¿Escuchaste lo que dije?

—¡Pero de ninguna manera, voy a ir tras ese diablo! —Yo disparé. Aideen me miró con los ojos muy abiertos. —¡No es nada personal, Aideen! El problema es que no me soporta, y cada vez que me ve, sólo sabe cómo ofenderme. No sé si sería una buena idea que yo fuera tras ella.

—¡Por favor, Bruce! —me suplicó. —Tienes que traerla a salvo.

—Aideen...

—Iría contigo, pero aún me estoy recuperando y alguien debe quedarse para proteger a Aideen —dijo Alistair con una voz llena de pesar. —Sé que pido mucho, pero sólo confío en ti. Conoces

esos senderos mejor que nadie.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —Aideen le rogó. —Me temo que si envío sólo unos pocos hombres, ella podría reaccionar y lastimarlos. La conoces, y vendrá sin reaccionar.

—Lo dudo mucho! —Me quejé.

Aideen me miró con esa mirada desesperada y respiré hondo. Se inclinaba a no abandonar el castillo, pero la parte mala de ser el capitán de la guardia era recibir órdenes. Especialmente si el que preguntaba por ellos era una persona como Aideen. Era casi imposible decirle que no.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo respirando hondo. —Que así sea! Si tu hermana está en esos senderos, la encontraré y la traeré a casa. Si me ofende o me ataca, no responderé por mí mismo.

Aideen tomó mi mano sonriendo y de puntillas, me besó en la mejilla.

—Gracias!

—¿Qué es lo que no pides por llorar que no hago riéndome? —La abracé sonriendo.

—¡Buena suerte, primo! —dijo Alistair golpeándome en el hombro.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo suspirando. —¡Voy a necesitarlo!

Capítulo 01

Annabel

Me detuve a respirar cuando los gritos estaban muy lejos. No podía ver las caras de los seres que arrastraban a Aideen a la oscuridad del bosque, pero escuchó su desesperación con aflicción. Volví a correr hacia él, pero con cada paso que daba, la distancia aumentaba cada vez más. Cuando estaba a punto de sucumbir en la desesperación, sentí que la tierra temblaba y un enorme cráter se abrió frente a mí. Intenté volver para que no me tragarán, pero una mano enorme me agarró de la cintura y me hizo gritar. Mientras me hundía en el hoyo, que estaba iluminado por el fuego, la espantosa figura de un demonio se levantó revelando ojos rojos en llamas. Toda la ira y el odio que emanaba de su alma negra apareció. Luché tratando de liberarme, pero fue en vano, porque estaba siendo arrastrado a las profundidades de la tierra. Fuera de minutos de desesperación y gritos que no parecían hacer eco en el aire. Mi miedo era tan grande que me desmayé ante la terrible risa y la oscuridad que se cerraba a mi alrededor.

Un ruido me hizo saltar del suelo donde estaba durmiendo. Con la bestia amartillada en las manos, miré a mi alrededor asustado, esperando a quienquiera que saliera de algún lugar detrás de los árboles. El bosque en el que me encontraba me era conocido desde mi infancia y no había forma de que nadie me hubiera seguido, a menos que, por supuesto, conociera los senderos. Respirando profundamente, bajé a la bestia cuando vi que el ruido era, de hecho, ramas secas de árboles que, el caballo que había robado, se había roto con sus patas. Haciendo una cara para él, me acerqué a él para acariciar sus oídos. Me miró como si estuviera pidiendo perdón y luego volvió a pastar.

—Eres un buen chico —dijo moviendo la cabeza y sonriendo.

En el momento de mi fuga, todo lo que podía pensar era en saltar por encima de la parte trasera del primer caballo que vi y salir galopando hacia el bosque. Afortunadamente el animal pertenecía a un explorador, pues, además de la bestia, había una vaina con una espada de repuesto y una bolsa de suministros. Entre ellas, una manta que había usado para descansar en uno de los árboles. Afortunadamente, mi hermana Aila tuvo tiempo de enseñarme a sobrevivir en el bosque o dondequiera que estuviera. A los dieciséis años, ya era un arquero perfecto. No me gustaba vivir como un pájaro y odiaba el estado en que mi madre había puesto a Aideen, así que decidí buscar innumerables maneras de intentar liberarla. Salir todos los días a esconderme para aprender las formas en que este bosque podría llevarme. Sabía que si me casaba con Alistair, Aideen moriría pronto, encerrada en una mazmorra, ya que la idea de mantenerla en la habitación era mía. Gracias a Dios que estaba casada y muy bien cuidada. Puede que no lo parezca, pero siempre ha sido la más frágil de nosotros.

Me incliné para doblar la manta y presioné fuertemente la capa alrededor del cuerpo. La noche era fría y no podía encender fuego para no llamar la atención. Revisando la alforja, descubrí que

había una botella de piel de oveja. Caminando hacia la orilla del río, donde decidí quedarme hasta que llegué a los límites de Inverness y encontré el camino a Dunhill, llené el olor. Tarde o temprano tendría que dejar el bosque para seguir el camino, así que llevaba días intentando perder a los soldados enviados por mi madre. Aunque estaba muy cansado, decidí reanudar el viaje. Sostuve la bolsa de flechas en mi cintura y crucé el arco, que le robé a un caballero, sobre mi pecho por seguridad. Desaté las riendas del árbol, monté en el caballo y luego regresé al sendero a lo largo del río. Apenas había empezado a montar cuando oí a otros caballos quejarse. Mirando hacia atrás, vi el resplandor de las antorchas y algunos soldados armados se acercaban.

—¡Maldita sea! —Susurré entre los dientes. —¿Cómo me encontraron?

Esa fue la segunda vez que los soldados lograron localizarme. Ya estaba frustrado. Estaba seguro de que era imposible, pero cada vez era más difícil sacarlos de mi camino. Sin tener tiempo para pensar, simplemente prendí fuego al caballo y empecé a escapar de nuevo. Mirando hacia atrás, noté que estaba siendo seguido por soldados ingleses. ¿Qué hacían en Escocia? ¿Se las había arreglado Roy para aliarse con King Phillippe? Eso no sería posible, ya que oí que Alistair se había ocupado de que no llegaran cartas ni mensajeros a Inglaterra.

—¿Sra. MacBride? ¡Alto! —Uno de los soldados, gritó a lo lejos. —Tu madre desea hablar contigo.

—¡Pero ni siquiera muerto! —...grité disparando la flecha de una bestia...

Después de descubrir que en realidad soy la hija del bastardo que abusó de mi hermana, que me llevaran con mi madre fue lo último que quería. Especialmente sabiendo que tenía planes de casarse con un idiota. Sabía lo pomposos e ignorantes que eran los señores ingleses, especialmente los duques. Todos quieren la corona y el primo del rey no sería diferente. Probablemente me usaría como trofeo, desfilando por la cancha conmigo como si fuera una mascota. Lo he visto cientos de veces en los banquetes de mi madre. Mucha de esa gente repugnante tenía esposas a mi edad. ¡No me casaría con un viejo, pero no con una mujer muerta!

Otro grito de advertencia fue dado y el dardo de una bestia fue lanzado contra mi caballo. Deseaban detenerme a toda costa. Volviéndome hacia uno de los soldados, apunté a mi bestia y le disparé. Golpeé lo que estaba frente a mí y su grito resonó antes de que se cayera de su caballo, chocando con el suelo. Volví a armar a la bestia y disparé a los otros que aún me perseguían. Una flecha atravesó el aire y la sentí cuando golpeó mi brazo derecho rozando. Dejé salir un grito de dolor, pero mantuve el control del caballo.

—¡Alto el fuego! —gritó un soldado. —Saben que la quieres viva.

Esa frase me daba escalofríos. Volví a disparar a otro caballero.

—¡Maldita sea! ¡Nos va a matar a todos! —volvió a gritar el soldado. —Tenemos que salir del camino.

Señalando a los otros que vinieron después de mí, se separaron y de repente desaparecieron. Fruncí el ceño, pero me mantuve firme. Incluso con ese dolor infernal que me tomó el brazo, mantuve las riendas muy firmes y forcé el galope. Entonces aparecieron soldados delante de mí asustando al caballo y haciendo que se inclinara.

—¡Maldita sea! —Grité asustado.

Al controlar el caballo, me las arreglé para mantenerme en él. Sin pensarlo, saqué la espada del dobladillo y apunté a la bestia con la otra mano.

—¡Fuera de mi camino! —Ordené con voz firme. —No sé cómo me encontraste, pero Dios no lo quiera si intentas detenerme. Mataré a cada uno de ustedes con la punta de esta espada o la flecha de esta bestia.

Había al menos cinco caballeros en el asedio que me miraban con desprecio.

—No queremos hacerle daño, pero no dudaremos. —uno se acercó y se acercó. —Ven con nosotros y te aseguro que no te pasará nada malo. Puedes confiar en mí.

Me he reído un poco.

—¿Yo? ¿Confiar en un inglés? ¡Ni siquiera muerto! —...pronuncié con libertinaje. —De hecho, no deberías estar aquí. El rey los matará si descubre que han cruzado la frontera y están ayudando a un traidor. No es la causa de tu rey, así que piérdete antes de que se entere.

—¡Ese viejo decrepito no tiene la fuerza para detenernos!

Otro soldado se rió. Atrapando a la bestia, le apunté a la frente, que se tragó y dejó de reír.

—El rey que ahora gobierna esta tierra no es un decrepito, sino un guerrero muy valiente. También lo harán todos los súbditos que no se inclinen ante ningún inglés. —Gruñí.

—¡Cuidado, Sra. MacGregor! —El hombre que extendió su mano dijo sonriendo —la reina que ocupa el trono también es inglesa, así que también sirves a Inglaterra.

Gruñendo, agarré a la bestia con más fuerza.

—¡No soy y nunca seré un MacGregor! —Disparé con enojo. —Soy Annabel MacBride, hija de Loch MacBride y nadie me lo va a quitar. Mucho menos un tirano loco. Podría matarlo, pero primero, lo mataré a él primero.

Levantando mi barbilla desafiante, apreté el gatillo de la bestia, pero la flecha no dio en el blanco. Se reían mucho. Entonces arrojé a la bestia al suelo y tiré del arco sobre mi cabeza y preparé tres flechas.

—¡Fuera de mi camino! —dijo preparando el alcance. —¡Ahora!

—¡Basta de bromas, jovencita! —Gritó uno de los hombres, señalando a los demás.

—No estoy bromeando! —dijo entre dientes. —¡Y no me llames chica!

Sacudiendo la cabeza, el capitán hizo una señal para que los soldados se acercaran a mí. No esperé por su acción y disparé las flechas. Dos se pegaron al pecho de uno de los soldados que tenía delante y el otro al pie del otro que había saltado del caballo.

—¡Atrápenla! —gritó el capitán.

Antes de que más soldados vinieran hacia mí, agité mi espada en el aire. Tirando de las riendas, empujé al caballo hacia adelante y así fue, hasta que pude abrirles el camino. Un tercer soldado vino a pie y trató de agarrar mi pierna, pero lo golpeé con la espada. Pasando a los otros dos con facilidad, pude galopar al caballo. Intenté poner distancia entre nosotros, pero parecían tener el mapa del sendero en sus cabezas. Tal vez mi madre los instruyó. Llegué a una bifurcación que nunca había visto antes y sin pensar en dónde terminaría, entré. Los copos de nieve cayeron finamente a través de los árboles y temblé con el viento frío que soplaba.

—¡No me acuerdo de esta manera! —Susurré mirando a mi alrededor.

El tramo se oscureció y las copas de los árboles se entrelazaron entre sí, lo que limitó el paso de la luz. El aire parecía pesado y sofocante.

—Se supone que eso no debería estar aquí. —Susurré, ya tenía miedo de ver que estaba perdido. —Pensé que era sólo un bosque.

El miedo me consumió de repente, pensando que podría estar perdido. Tuve que volver al sendero junto al lago, así que me detuve un momento para respirar. Permaneciendo en silencio como Aila me había enseñado, me concentré en el viento que no soplaba demasiado fuerte, pero era suficiente para hacer ruidos terribles. Sentí una punzada en el brazo y la vista empezó a ser borrosa. No podría perder el conocimiento ahora, o correría el riesgo de ser capturado. El viento sopló más fuerte esta vez, volando mi pelo. Suspiré de nuevo. El ruido cortó los árboles y forcé

mi visión en un hueco entre dos de ellos. Sonreí cuando me di cuenta de que el viento iba en esa dirección como si me mostrara el camino. Tuve que tener cuidado, porque podría haber un cañón. Poco a poco puse el caballo en movimiento y lentamente pasé a través de la hendidura para no lastimar al animal ni arañar mis piernas y brazos. El hueco, de hecho, eran dos árboles con poca copa, que nacían uno al lado del otro, formando un zigzag. Eran muy jóvenes, así que no tenían la misma altura que los demás. El pasaje era estrecho, pero plano. Sólo las raíces de los árboles como un obstáculo. Suspiré cuando vi que había salido en una colina no muy empinada. Eso me trajo alivio y fui feliz. Sonreí cuando me aseguré de haber encontrado el camino más abajo de donde estaba.

—Muchísimas gracias! —Susurré, levantando los ojos al cielo.

Me había perdido en ese camino por culpa de esos soldados, pero al menos iba en la dirección correcta. Respiré profundamente cuando sentí un gancho y cubrí mi brazo sangrante. Decidí que sería más seguro volver a entrar en el tenedor y descansar un poco, pero primero....

Algo andaba mal y tuve la ligera impresión de que encontraría la razón para que me siguieran tan fácilmente. Bajando del caballo, tomé una de sus patas y la levanté. Tan seguro como que el mañana nace cada día, ese caballo tenía una herradura con una marca diferenciada. Así es como los soldados se las arreglaron para localizarme. Sacando un cuchillo, miré al caballo y respiré hondo.

—Lo siento, pero voy a tener que quitarme eso o ambos vamos a morir. —Dije de una manera dolorosa.

Pareciendo entenderme, el caballo bajó la cabeza, concentrándose en el pequeño foco de hierba que no estaba cubierto de barro o hielo. Con paciencia empecé a quitar el trozo de metal que protegía sus pezuñas. Una a una, después de un tiempo, quité las herraduras y las arrojé colina abajo haciendo que cayesen al río. Mirando hacia atrás, vi que había muchas marcas que borrar.

—Supongo que tendremos que bajar la colina. —Susurré acariciando el rostro de la bestia, que susurró con comprensión.

Respirando hondo, me levanté de nuevo y empecé a descender. Antes de eso, sin embargo, le rogué a Dios que me protegiera y me perdonara por las vidas que tomé esa noche. Buscaba refugio, dormía y por la mañana continuaba hasta encontrar mi destino.

Capítulo 02

Bruce

Parecía frustrado por el camino que estaba siguiendo. Quería golpear mi cabeza contra uno de los árboles a mi alrededor hasta que se desangrara. Estaba acostumbrado a seguir a las tropas y a luchar contra los guerreros. Hacer estrategias para los asedios era lo que me entretenía, y no seguir a las chicas insensatas sin cerraduras en sus lenguas.

—¡Papá, ten piedad de mí! —Susurré una oración.

Dudaba de que Annabel MacBride estuviera viva, ya que había estado en el bosque durante días. Si Alistair no hubiera roto la tradición, sería Annabel quien estaría a tu lado ahora. El amor hacía cosas estúpidas a la gente y yo quería vivir libre de ello. A pesar de mi opinión sobre la boda, sólo me arrepentí por la ambiciosa suegra que él había arreglado y por la boca de trapo de la cuñada.

Siempre pensamos en MacBride como brujas. Vivían enclaustrados como los grandes hechiceros de las leyendas que rodean nuestro país. Vimos que estábamos equivocados y que eran chicas comunes y corrientes. Bueno, que todavía tenía dudas sobre Annabel. En el fondo, esa mocosa de pelo plateado escondía una hechicera dentro de ella. La forma en que se dirigió a mí en el bosque y luego en el baile, me puso furiosa y desconcertada. Cada vez que hablaba, sólo un poco de desdén podía ofenderla. Ninguna mujer me había hablado así antes. Primero, porque yo era un duque. Segundo, porque fue muy intimidante.

Miré a mi alrededor cuando oí el susurro de los caballos. Me sacó de mi sueño. Frunciendo el ceño, salté del lomo de Esperanza. Con la mano en el mango de la espada, me acerqué a lo que me llamó la atención. Tres caballos pastaban a lo largo del sendero, mientras que dos hombres yacían en medio del camino. Los empujé y me di cuenta de que estaban muertos, como los otros dos por los que había pasado. Uno de ellos tenía un par de flechas clavadas en el pecho, mientras que el otro había sido golpeado por una fuerte espada en el centro de su cabeza. El golpe había sido tan preciso que su casco se había roto.

—¿Quién pudo haber hecho eso? —Susurré sorprendido.

—Un demonio de pelo plateado con ojos tan fríos como las aguas del Mar del Norte.

La débil voz que susurraba provenía de uno de los árboles más cercanos. Un hombre se apoyaba en ella con una cara pálida y una flecha en el talón. El charco de sangre alrededor de su pie mostraba que había estado allí durante mucho tiempo.

—¿Dónde está la chica? —Me pregunté, acercándome.

—No lo sé. No lo sé —la voz salió arrastrada. —Todo lo que sé es que derribó a cuatro de mis hombres y huyó hacia allí.

Señaló el camino de vuelta al norte. Miré el suelo, que estaba muy húmedo, pero tenía varias marcas de patas de caballo. Uno de ellos me llamó la atención. Reconocí la marca de la herradura

como uno de los caballos del Señor.

—Eres un escocés —dijo que volvería para evaluar los rasgos del hombre. —¿Por qué estás vestido como un soldado inglés?

—¡Mátame! De mi boca no oirás nada. —susurró.

—¡En absoluto! —dijo que se le acercaba de nuevo. —No ensuciaré mi espada con la sangre de traidores. ¡Muere lentamente!

El hombre se rió.

—¡Hipócrita! Has estado ensuciándola con nuestra sangre durante mucho tiempo. —se tomó un descanso. —Sólo sería uno más, Capitán.

Miré al hombre que se estaba riendo. Su voz me molestó, pero sabía exactamente de lo que estaba hablando. No me arrepentí de lo que hice en el pasado, pero sabía que ardería en el infierno debido a la crueldad y frialdad de mis acciones.

Respirando hondo, volví a mi caballo dejando al hombre a merced de una muerte lenta. Cabalgando, seguí las huellas en la dirección que él me había mostrado. Terminaron en el borde de una colina no muy empinada. Me di cuenta de que todavía estaba en Inverness y que sólo había pasado por alto el castillo. Si Annabel montaba ese caballo, intentaba despistar a los jinetes que caminaban en círculos. Eso fue arriesgado, porque podía morir de hipotermia. La temperatura bajó considerablemente cada instante, aunque los rayos del sol parecen débiles detrás de densas y negras nubes. Pronto volvería a llover, así que tendría que ser lo más breve posible. Miré a mi alrededor, pero las huellas desaparecieron en ese momento. Respirando hondo, cerré los ojos. El viento soplaba en mi dirección. Tal vez eso fue lo que la llevó allí. El sendero que apareció justo debajo de la colina, bordeaba el lago. Sabía que tomaría el camino a Dunhill.

¿Por qué elegiría ir por ese camino? Había otros senderos mucho menos peligrosos y más cortos que ese. Annabel tardaría días en llegar a su destino.

—Y hasta dijeron que tenía un gran sentido de la orientación! —Susurré.

Bajé la colina a galope, pero tengo que hacerlo. Esperanza nunca había fracasado en las carreras más largas ni en las más arduas persecuciones. Luego llegué a la base y la puse en trote. Cuando llegamos a la bifurcación que tomaría el camino, me detuve para descansar y darle agua al caballo. El río estaba frío, pero la temperatura era reconfortante. Me quité la capa que llevaba puesta y aproveché para mojarme la cabeza. Cuando me agaché de nuevo, sentí que el aire estaba siendo cortado y un zumbido pasó cerca de mi cabeza. Levantándome, desenvainé la espada.

—¿Quién va a venir? —Grité.

El silencio se cernía de nuevo y yo seguía mirando para ver si veía algún movimiento. Me acerqué al caballo y capturé a la bestia que llevaba conmigo.

—¡Sal, cobarde! —Grité de nuevo.

El silencio rondaba de nuevo, pero otra flecha cortó el aire. No era la flecha de una bestia, era la flecha de un arco. No podía ver de dónde venía y mantuve a mi bestia apuntando. He estado caminando fuera de la orilla.

—¡Quédese donde está!

Una voz melodiosa me advirtió y me hizo parar.

—¿Annabel MacBride? —Grité un paso adelante.

Otra flecha cortó el aire y golpeó el suelo delante de mi pie izquierdo.

—¡Dije que no te acerques más! —gritó de nuevo. —No sé quién es Annabel. Sólo soy un caminante.

—¡Entonces sal! Quizá me ayude a encontrarla.

Hubo un nuevo momento de silencio cuando pareció considerarlo.

—Tengo monedas para intercambiar. —...dijo que sacudiendo la piel que llevaba en la cintura... Hizo un tintineo debido a las varias monedas de plata que yo llevaba.

Un movimiento en uno de los arbustos me hizo estar alerta y sostuve mi mano contra el gatillo de la bestia. Una mujer envuelta en una capa roja se me acercó. El pelo era negro y trenzado. Aunque era joven, tenía algunos moretones en la cara. Eran delgados y se asemejaban a cortes hechos con un cuchillo o una daga. Aunque la ropa era muy voluminosa, no parecía gorda, porque sus brazos y su cara no coincidían con su talla. Eso me hizo raro y estaba en alerta.

—No quiero tus monedas —dijo que se acercaba. —No sirven aquí, pero puedes hacerme compañía. ¿Tienes algo de comer?

—No, pero sería demasiado peligroso quedarse aquí —dijo bajando a la bestia.

—No te preocupes. No te preocupes. Los soldados han estado aquí mucho tiempo.

Se acercó al río y disparó una flecha. Sacando un pez, la mujer se volvió hacia mí.

—Yo limpiaré el pescado, pero tú enciende el fuego.

Sonreí, me calme y me quedé con la bestia. Después de un tiempo había conseguido una docena de peces, nos sentamos alrededor del fuego y comimos. Aproveché el silencio para evaluarlo. La mujer se había trenzado el pelo, empezando a ponerse gris en la raíz. Era largo y casi les tocaba las rodillas. Los ojos eran de un hombre negro brillante, pero cansado. Aunque parecía tener cierta edad, demostró ser muy hábil con el arco.

—¡Para! —Dijo ella. —Sé lo que estás haciendo y te aseguro que no conseguirás mucho.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Me estás evaluando para ver si no estás en una emboscada y la respuesta es no.

—¿Lo es? ¿Cómo puedo confiar en la señora?

—Les di de comer a los dos, ¿no? ¿Qué quieres de mí para asegurarte de que no soy sólo una anciana?

Sonriendo, agité la cabeza.

—¿Y si eres una bruja?

—Bueno, en este caso, no estás muy lejos de la verdad. —me sonrió, lo que hizo que mi expresión cambiara a seria. —Joven, sólo soy un caminante. Si quieres saber quién soy, pregúntame.

La miré con sorpresa. Realmente se me cruzó por la cabeza que ella podía tender una emboscada y yo estaba listo para que varios soldados saltasen de los arbustos.

—¿Cómo puedes saber lo que pienso?

—Soy un adivino, pero no tendría que serlo para llegar a esta conclusión. —sonrió con dientes perfectos. —Deberías ser un poco más cuidadoso, porque eres un hombre transparente con tus pensamientos.

Franzi la frente con diversión.

—No me di cuenta de que tenía esa habilidad.

—No es habilidad, es un defecto.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Sabichona! —Me levanté para encender más el fuego. —Si es un acertijo, ¿por qué me atacaste? Estoy seguro de que sabes quién soy.

—Sí, pero no tendrías que ser un acertijo para saber quién eres. Lo atacé porque no lo reconocí de inmediato. Pensé que querías hacerme daño.

—¿Es eso cierto?

—Todos conocen al primo del rey. Un hombre tan intrépido que la muerte misma le teme. Lo

llaman el Caballero Negro.

Sonríale con desdén.

—¿Y qué más has oído de mí?

—Es el segundo duque de Duvengar y el tercero en la línea de sucesión al trono de Escocia.

Me he reído un poco.

—Sobre eso, eres un adivino terrible. Soy el segundo en la línea y no el tercero.

—Lo siento por tu gracia, pero el niño que crece en el vientre de tu majestad se vengará y se convertirá en la próxima reina que gobierne esta tierra. —se tomó un descanso. —Será grandioso, pero tendrá una larga vida llena de opciones y obstáculos.

Esas palabras me sorprendieron. Estábamos preservando la vida de Aideen y del niño, así que nadie sabía de su embarazo. Queríamos mantenerlo en secreto por culpa de Roy. La niña que creció en el vientre de la Reina era nuestra única esperanza de evitar una guerra contra los ingleses, especialmente si podíamos llevar la noticia de que ella era la heredera de ese trono. Además, el embarazo era reciente y no sabríamos el sexo del bebé hasta después de su nacimiento. ¿Cómo es que esa mujer sabía tanto?

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunté asombrado. —Nadie conoce esa información.

—Como dije, soy un acertijo. —se detuvo a beber una copa del vino que le ofrecí y que tenía en una botella. —Eso pasa de vez en cuando. Ha pasado mucho tiempo desde que fui golpeado por esas voces. Sólo vine a hablar contigo porque insisten en alertarte.

Me lo tragué, pero confieso que tenía curiosidad.

—¡Dímelo entonces! ¿Qué me dicen sus voces misteriosas?

—Si quieres ir tras la chica, ve en esa dirección o de cualquier otra manera y la encontrarás. No será difícil, ya que tu destino es salvarla. —se tomó un descanso. —Así como su destino es salvar al Señor.

—¿Salvarme? —Me he reído un poco. —Créelo! No necesito que me salven de nada ni de nadie. Es la gente la que debería cuidar de mí.

La señora se levantó y me tomó en serio.

—Tu alma negra está llena de arrepentimientos. Ella debe ser salvada o sufrir en el purgatorio después de una muerte lenta y dolorosa. —agitó la cabeza —la niña será su salvación, porque tiene la misma sed de sangre que lo consume día tras día. El pasado chocará con el Señor, causando que él recuerde sus pecados y dolor más grandes. Sus convicciones serán puestas a prueba y usted debe tomar una decisión. Una elección que, si es mal concebida, traerá más arrepentimiento. La chica será tu cura.

Empezó a alejarse de donde estábamos.

—¡Espera! —Grité y ella se detuvo. —¿Qué quieres decir con que será mi cura?

—Debe recuperar lo que perdiste hace mucho tiempo —dijonriendo. —Su luto no durará para siempre, Capitán. Aunque el Señor lo desee tanto, dejará de hacerlo en el momento oportuno. Es tu destino y tu fortuna encontrar a la chica.

Hizo un gesto con la cabeza y se dio la vuelta, dándome la espalda.

—Gracias por su compañía y su gran comida, pero he dicho demasiado. Ahora vete y no tengas miedo de la flecha que apunta a tu corazón. Será ella quien cambiará su destino para siempre.

Me quedé quieto, parado, mirando a la mujer que caminaba sin mirar atrás. Se puso la capucha sobre la cabeza y se clavó la ballesta en el pecho. Lo siguiente que supe es que estaba fuera de mi vista.

—¡Qué mujer más extraña! —Susurré.

Volviendo al fuego, usé arena para apagarlo y salvé al resto de los peces. Al menos he tenido una comida decente desde que dejé Dunhill. Ignorando lo que la mujer había dicho, monté en el caballo y dejé que el viento hablara. Elegí el lado opuesto al que ella había señalado, porque el viento soplaba más fuerte en esa dirección. Eso indicaba que había un camino abierto que seguir.

—¡Que Dios me proteja!

Capítulo 03

Annabel

Despertarme apoyado en un árbol con cuerdas alrededor de mi cuerpo no estaba en mis planes. Había hecho una parada después de entrar en el bosque para un breve descanso antes del amanecer, pero terminé durmiendo demasiado. Me dolía aún más el brazo, ahora que una cuerda pasaba por encima de la herida. Aunque hice un vendaje, no tenía los elementos necesarios para una sanación adecuada y tendría que esperar hasta que llegara al castillo. Mirando a mi alrededor pude ver al menos seis soldados. Todos dormían tranquilos gracias al agua envenenada con hierbas que preparé y puse en la botella de repuesto que encontré en la alforja.

¿Cómo se habían multiplicado tanto? He perdido la cuenta de cuántos he matado desde que dejé Inverness. ¿Cómo se las arreglaron para encontrarme de nuevo? ¿Cómo entraron en Escocia sin ser vistos? No pueden ser ingleses. Se suponía que eran escoceses por orden de mi madre, pero ¿por qué vestirse con la ropa de los soldados ingleses?

Al parchar mis brazos, noté que mis manos estaban sueltas y que las cuerdas sólo sostenían mi cuerpo. Otra cuerda ató sólo mis tobillos, pero no me impedía tomar la daga que estaba atada a mi muslo. Doblando las piernas, las llevé al lado derecho. Con un poco de dificultad me subí a la falda del vestido hasta que revelé el mango de la daga. Fue un regalo de mi hermana cuando éramos niños. Cuidadosamente, sostuve el mango con ambas manos y comencé a cortar la cuerda alrededor de mi pecho. Había al menos tres vueltas alrededor de mi cuerpo, pero la daga estaba muy afilada. Poco a poco para no hacerme daño, fui cortando los lazos. Mi honda del brazo mientras empujaba y me tomó una respiración profunda para contener un gruñido. No sabía si había otros soldados alrededor. Después de lo que parecían horas, me las arreglé para liberarme. Reemplazando la daga en el dobladillo, junté mi falda y la levanté. Cuando estaba a punto de correr, me encontré con un pecho ancho cubierto de armadura.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó el hombre agarrándome de los brazos.

Levanté la barbilla para mirarle a los ojos. El hombre era demasiado alto para ser inglés y estaba seguro de que era escocés. No sabía si todos lo eran.

—Les dije a esos idiotas que no bebieran lo que había en la botella, pero no me escucharon y prefirieron arriesgarse a tener que ir al río. —disparó, agarró mis brazos y me puso sobre sus hombros. —Vi lo que hiciste allá atrás, y preferí no beber lo que había allí.

—¡Suéltame, pedazo de mierda! —Grité golpeándole en el hombro.

—Tienes una boca sucia para ser hija de una dama y un señor tan distinguido. —se detuvo por un instante mirando a los otros soldados que aún estaban durmiendo. —¡Montón de energúmenos!

Había recibido las hierbas de una extraña mujer que me había interceptado a la entrada del bosque y me había sugerido que lo hiciera. No estaban exactamente muertos, pero dormían durante mucho tiempo. No tenía idea de cómo esa mujer sabía que eso pasaría, pero estaba agradecida.

—Por suerte, no estoy hecho de eso. —Lo he debatido.

Sin dejar tiempo para que reaccionara, le saqué la daga que estaba atada a su cintura y se la clavé en la espalda. Con un rugido, el hombre cayó con las rodillas dobladas y soltó mi cuerpo. Aproveché la oportunidad de patearlo y cogí la espada. Me acerqué corriendo a mi caballo y lo monté, saliendo sin mirar atrás. Si todo saliera bien, llegaría a Dunhill antes de que se ponga el sol. Después de horas, logré cruzar el borde del bosque, pero aún no pude encontrar la bifurcación para el camino. Al menos no había otros soldados detrás de mí, lo que ya era un gran alivio. Ya estaba muy cansado y necesitaba un baño. El tiempo también estaba empeorando. Si no podía conseguir un refugio, la caballería bajo la lluvia. Como si pudiera oír mis pensamientos, el caballo se apartó del camino y se paró bajo un árbol verde con una copa no muy alta. Noté que había un pequeño claro allí. Antes de que decidiera si detener o no al caballo, se derrumbó conmigo.

—¡Cuidado! —Me quejé cuando me fui con él.

El caballo resopló y movió sus patas delanteras. Incluso me miró antes de poner la cabeza en el suelo. Al acercarme, vi que sus pezuñas estaban un poco agrietadas y una de sus patas estaba herida.

—¡Oh! ¡No! —Te susurré por la espalda. —¡Lo siento, amigo! Veré si puedo conseguir algunas hierbas para ayudarlo.

Sabía que ocurriría tarde o temprano después de quitarme las herraduras, lo que no ayudó. Respirando hondo, miré a mi alrededor hasta que pude encontrar algunas hierbas. Encendiendo un pequeño fuego, usé una de las pieles para calentar el agua. Cuando la infusión estaba lista, empecé a pasar por la herida del animal. Relinchaba, quizá con dolor, pero lo calmé con palabras. Rompiendo una parte del dobladillo de mi vestido, lo até para protegerlo. Era sólo un corte y pronto se pondría bien. Decidí quedarme allí hasta que se curara. Eso me retrasaría, pero me negué a dejarlo morir. Tiré de algunas ramas del árbol para aislarnos y cerrar un poco la entrada del claro donde estábamos. Eso despistaría a un poco a quienquiera que apareciera. Agarrando la manta, forré el costado del caballo y lo cubrí con mi capa. Me acosté sobre su espalda y me permití descansar un rato. Mientras miraba las hojas de los árboles que se entrelazaban para formar un techo de colores mixtos, empecé a pensar en lo que la extraña mujer me había dicho cuando me detuve a llenar las pieles antes de entrar en el bosque. Me había atacado con flechas que no daban en el blanco y luego me invitó a comer pescado, que ella misma había pescado en el río. Dijo que era un acertijo, que mi destino era liberar el alma de un hombre amargado y de corazón negro. No creía en brujas, mucho menos en acertijos, así que me reí.

El ruido de las pisadas en las ramas me asustó y me puso en alerta. Lentamente tiré del arco que estaba sujeto al sillín y agarré la bolsa de flechas. Me acuclillé entre las ramas y traté de ver quién venía. Mirando entre las hojas, vi que un soldado estaba parado a unos pasos de donde yo estaba.

—Si intentas esconderte de alguien, ¡estás fallando miserablemente! —Dijo con voz arrogante. —Puedo oír tu respiración desde donde estoy.

—¿Es eso cierto? Si te acercas, oirás mucho más que mi respiración. —Te amenacé.

—¿Como qué, por ejemplo? —me pidió que pasara por aquí.

Sin levantarme, disparé una flecha que se detuvo justo delante de su pie izquierdo y que le hizo interrumpir su paso.

—¡Dije que no te acerques más! —Gruñí entre los dientes —la próxima será justo entre tus ojos.

El hombre respiró hondo y se rió. Fruncí el ceño y pronto entendí de qué se estaba riendo. Otros tres soldados aparecieron detrás de él llevando bestias en movimiento.

—¡Oh, Jesús mío! Me pregunto si hay un pozo por aquí. —Lo he debatido. —¿De dónde saliste? ¿Por qué hay tantos?

Los hombres se rieron. Me quedé agachado con el arco listo.

—Annabel MacBride, debes venir con nosotros sin armar un escándalo. —él lo ordenó. —No nos pagaron para herirla, pero si intentas herirme a mí o a mis hombres, juro que tu madre la hará pedazos.

Tragué seco y cerré los ojos. La amenaza que hizo parecía seria. Aprieté el arco con fuerza. Levantándome, lo miré con una mirada desafiante.

—Puedes venir a buscarme entonces. —dijo. —No tengo intención de irme de donde estoy, y mucho menos de hacer las cosas más fáciles para ti.

—¡Me imaginé que no lo harías!

Sonriendo empezó a caminar hacia mí. Disparé la flecha a uno de los hombres con la bestia para reducir el número de personas armadas. La flecha agarró su pecho y cayó. El otro disparó la flecha, pero falló el blanco. El hombre de enfrente miró hacia atrás y se volvió hacia mí con furia en los ojos.

—¡Vas a pagar por esto, perra! —amenazó.

Toqué mi alforja tratando de atrapar flechas, pero se habían acabado. Los que quedaban sacaron sus espadas amenazadoramente y siguieron adelante. Tragué hasta secarme, porque esta vez estaba rodeado y acorralado. Traté de tomar la espada cuando tropecé con el pie del caballo, pero el hombre que me había amenazado me agarró el pelo tirando con fuerza. Grité, sosteniendo su mano que sostenía la parte superior de mi cabeza con un fuerte tirón.

—¡No me dijeron que era tan hermosa! —dijo que se acercaba. —Huele muy bien también! Sé por qué te escapas y creo que puedo resolver tu problema del matrimonio arreglado.

Abrí los ojos cuando entendí tus palabras y gruñí.

—¡Tócame y te arrancaré los ojos! —Amenacé con escupirle.

El hombre sonrió, acercándose su cara.

—Una vez que termine contigo, no tendrás fuerzas ni para gritar.

Levanté los ojos y con un gruñido le metí las uñas en la piel de la mano, que gritaba. El hombre me soltó el pelo abofeteándome. Caí al suelo y comencé a arrastrarme hacia atrás tratando de acercarme a la espada. Avanzó hacia mí y cuando estaba a punto de volver a atacarme, una flecha le atravesó la garganta y cayó de rodillas. Sentí la sangre salpicando en mi cara y miré asustado al otro hombre, que cayó de rodillas un poco más atrás, con una espada atravesada en el pecho. Puse los ojos en blanco cuando vi a un hombre vestido de negro de pies a cabeza. Su cara estaba cubierta con una capucha.

—Annabel MacBride, soy Bruce MacCalister, Duque de Duvengar y primo del rey. —se anunció con una voz profunda y profunda, con la mirada levantada para mirarme. —Estoy aquí a petición de la reina, tu hermana. Debo llevarla a salvo a Dunhill.

Me he reído un poco.

—Conozco al primo del rey y no es más que un idiota arrogante —dijode pie. —No sueñas como un idiota, pero agradezco tu ayuda. No necesito una escolta. Puedo ir por mi cuenta tan pronto como mi caballo esté recuperado.

El hombre resopló. Quitando la capucha, reveló el rostro conocido del primo de Alistair, a quien odié de inmediato. No podía recordar su nombre, sólo grabé sus rasgos, que pertenecían a

un hombre muy arrogante y oscuro. Los ojos eran de un azul oscuro casi negro, como los de Alistair. Tenía el pelo corto que volaba con el viento. La cara tenía un mentón cuadrado con una barba cercana, que unía las costillas.

Bruce se me acercó amenazadoramente y me agarró del brazo para ponerme de pie.

—Sabes, esa lengua afilada tuya te seguirá causando problemas —dijo que agarrándome el cuello para analizar el golpe que recibí. —No quería venir, pero la reina me rogó que la encontrara y la llevara a salvo. Te guste o no, ven conmigo. Si hago algo que nos dificulte viajar a Dunhill, tendré el placer de atarla y arrojarla sobre la espalda de mi caballo.

Puse los ojos en blanco ante tu amenaza.

—¡No me atrevería a hacer eso! —Yo disparé.

—¡Pruébeme, señorita! —desafió. —Y verás lo que puedo hacer.

Capítulo 04

Bruce

—¡Entonces nos entretenemos! Nunca he visto a alguien más arrogante e insensible que tú.

—No soy arrogante ni insensible.

—No? La forma fría en que le rompiste el cuello a ese caballo. ¿Por casualidad no tienes corazón?

—Tú eres el que me pidió que lo hiciera. ¿Qué es lo que querías? ¿Que le clavaría una daga en el corazón y lo dejaría morir lentamente?

—Por supuesto que no!

—Entonces no digas lo que no sabes.

Gruñó frustrada y se cruzó de brazos. La capa que llevaba era con la capucha en la espalda, dejando su pelo plateado en exposición. Estaban enredados como si acabara de despertarse. El vestido que llevaba estaba sucio con un bar roto y lleno de barro. No llevaba un par de botas, sino un par de zapatillas de deporte, que pensé que le darían frío a sus pies. Tuve que admitir que Annabel era una doncella poco convencional. Fue entonces cuando recordé a Aideen y su incommensurable valor.

Aideen estaba lejos de ser una gran guerrera, pero en poco tiempo pude ver su evolución. Cada día se convirtió en una experta en esgrima y equitación. Todo ello realizado con la máxima seguridad gracias al bebé. También pasó horas en la biblioteca luchando por aprender sobre política para lidiar con los conflictos de la gente y la guerra que tratamos de no dejar pasar. Por el daño que vi en el camino, estaba segura de que Annabel había sido entrenada por su hermana de la misma manera, pero por mucho más tiempo. Ella no parecía ser el tipo que resolvía las cosas con la espada, porque resultó ser una chica frágil.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Señor Oscuro! —Annabel empezó a hablarme de nuevo por ensoñación. —¿Qué hay del hecho de que me tiraste de mi caballo? ¿No crees que fue un poco estúpido y grosero?

—No. No, no, no, no, no, no, no.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Te caerías de todos modos, si tuviéramos que salir al galope. —Respondí con el ceño fruncido. —Me he ahorrado la molestia de tener que volver a recoger las piezas.

Un relámpago arañó el cielo iluminando los árboles. En segundos el día se convirtió en noche anunciando que pronto llovería. Otro riesgo volvió a iluminarlo todo y los truenos roncaban en muy lejos.

—¡Oh, mierda! —Gruñí cuando el caballo gruñó y se asustó. —Tenemos que encontrar refugio antes de que la tormenta se desplome.

—Traté de decir eso, pero alguien no me dejó. —Annabel tarareó de una manera perversa.

Agité la cabeza de un lado a otro y volví los ojos.

—Hay una posada no muy lejos —dijoseñalando hacia el frente de la carretera. —Podemos pasar la noche allí o quedarnos hasta que pase la lluvia. Por supuesto, está bien. La señora no se molestará.

—¡No soy la señora! —gruñó cerrando los puños. —Y no, no me molestaré en pasar la noche en una posada. Tanto es así que hay una cama caliente y una bañera de agua caliente, estaré muy contento.

Agité la cabeza de un lado a otro y golpeé las riendas para que Esperanza se moviera más rápido. Incluso antes de dar el primer paso, un zumbido pasó por mi oído. Miré hacia atrás en el tiempo para ver al menos ocho soldados armados con bestias que venían tras nosotros.

—¡Agárrate fuerte! —Lo pedí antes de espaciar a Esperanza con mi tacón.

Annabel me agarró el brazo con fuerza. Otra flecha atravesó el aire, pasando cerca de mi cabeza.

—Moriremos si no los perdemos. —Dije gritando. —Hay un claro justo enfrente. Podemos escondernos allí antes de seguir adelante.

—Bien, pero primero tenemos que seguir vivos —dijoella. —Puedo derribar algunos, pero será un poco incómodo.

—¿Cómo de incómodo? —Pregunté intrigado.

Antes de que me diera cuenta, Annabel comenzó a moverse en la silla de montar poniendo una de sus piernas al otro lado y de frente a mí. Sus pequeñas y delicadas manos tocaron mi cintura mientras intentaba equilibrarse.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

—Tendré que hacerlo como escudo —dijoella quitándose el arco de su hombro. —¿Tienes una alforja con flechas? Los míos se han ido.

—Sí, pero hay una bestia clavada en mi cintura y varias flechas clavadas en mi cinturón.

—Con eso bastará.

Ella sostuvo el arco en su hombro otra vez y poniendo sus manos dentro de mi capa comenzó a soltar a la bestia. La otra mano, se aplanó sobre mi espalda para equilibrarse mientras apoyaba su cabeza contra mi pecho. Aunque el tacto estaba sobre la tela, podía sentir el calor de su piel contra mi cuello y mi cuello temblaba. Lo tragué hasta secarlo con el pensamiento que me vino a la mente.

—¡Lo hice! ¡Lo hice! —Dijo en un tono alegre. —Mantén los ojos en la carretera y trata de perderlos. ¡Déjame el resto a mí!

Dicho esto, Annabel se inclinó hacia la derecha y disparó la primera flecha. Ella mantuvo su otra mano en mi cintura para evitar caer y sólo se la quitó cuando llevaba la bestia. Entonces oí el primer grito y estaba seguro de que uno de los soldados estaba en el suelo. Sonreí con satisfacción, pero luego me encogí cuando otro rayo golpeó el cielo. El trueno comenzó a hacerse más insistente y cayeron gruesas gotas de hielo.

—¡Oh, mierda! ¡No más flechas! —gritó ella. —Lo bajé de ocho a cuatro.

—¡Eso es genial! Creo que puedo perderlos en el claro.

—¡No es grandioso! —refunfuñó. —Quería derribar a todos. ¿Dónde están tus flechas?

—La alforja se fija al sillín. —para que pudiera oírme por encima del ruido de la lluvia. —Quédate quieto y mantente firme para que pueda concentrarme en el camino.

—¡No! Puedo matarlos a todos. —se estiró tratando de agarrar la alforja. —Si puedo desatar la alforja, podré derribarlos.

—¡Annabel, no! —Grité. —¡Cállate o nos tirarás del caballo!

Annabel no obedeció y siguió tratando de conseguir la alforja. Miré hacia atrás para ver cuán lejos estaban. Vi cuando un soldado se aprovechó de su posición y giró la bestia hacia ella.

—¡Maldita sea!

Soltando una mano de las riendas, pasé mi brazo alrededor de la cintura de Annabel y la puse contra mi pecho justo a tiempo. Con el aflojamiento de las riendas Esperanza se inclinó a un lado y me puso en la mira de la flecha. Sentí que la piel ardía tan pronto como la hoja penetró en mi espalda a la altura de la cintura. Sabía que no era un punto vital, pero podía desangrarme si no me lo quitaba rápidamente.

—¡Oh! ¡Dios! —dijo cuando oyó mi gruñido. —Te han dado.

—Sí, gracias a ti! —Grité por el dolor. —Si hubiera estado callado, nada de eso habría pasado.

—¡Estabas tratando de salvarnos, bastardo desagradecido! —regresó con indignación.

Ignorando a Annabel, entré en el claro. Tenía un plan y recé para que funcionara. Rápidamente e ignorando el dolor que sentía, me bajé del caballo y lo llevé detrás de un arbusto alto. Miré de un lado a otro y sonreí cuando noté que el claro estaba lo suficientemente oscuro como para escondernos a ambos. Debido a la lluvia no podían encender antorchas y yo sabía cómo esconderme como nadie más. Sacando a Annabel de la silla de montar con demasiada fuerza, la puse en el suelo y la presioné contra un árbol. Era muy pequeña en comparación con mi estatura y debido a la anchura de mi cuerpo, era completamente invisible.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —gritó ella.

—Quédate quieto o nos descubrirán —dijosusurrando.

—¿Es eso cierto? —debatí. —¿Crees que eres qué? ¿Invisible? Si nos quedamos aquí, nos encontrarán.

—¡Si no cierro esa boca descarada, me veré obligado a silenciarla con el uso de la fuerza! —Amenacé entre los dientes. —Entonces nos encontrarán.

—¿Y cómo planeas hacer eso?

—¿De verdad quieres que te lo enseñe?

Los ojos de Annabel se abrieron de par en par cuando entendió lo que estaba tratando de decir.

—¡No me atrevería!

—¿Quieres apostar?

El ruido de las ramas rotas la hizo agarrar mi camisa con fuerza. Annabel escondió su cara en mi pecho sofocando un grito cuando un soldado se nos acercó. Pude ver por encima de su hombro cuando empezó a buscar la luz detrás de nosotros. Estaba a punto de encontrar a Esperanza. Suprimiendo el vértigo, bajé mi cabeza al oído de Annabel y susurré.

—Toma la daga de mi cintura.

Ella asintió y bajó lentamente su mano hasta que llegó a mi cintura. Tirando lentamente de la daga hacia mi mano, Annabel se aferró de nuevo a mi camisa. Respiré hondo antes de darme la vuelta rápidamente y lanzar la daga, que golpeó la garganta del hombre. Otros soldados entraron en el claro desde el lado opuesto en busca de quien había derrocado al otro hombre. Había tres armados con espadas.

—¡Quédate aquí y no te muevas! —Susurré. Annabel asintió.

Debido a la oscuridad y a mi ropa negra era difícil de localizar. Me moví rápido y tuve a los árboles como aliados. A pesar del intenso dolor, no pude sucumbir. Dunhill estaba a sólo unas

horas de distancia y había prometido llevar a Annabel sana y salva, aunque yo quisiera matarla más tarde. Saqué la espada lentamente y cuando un soldado me pasó, le agarré la garganta y la corté con firmeza. Los otros dos entraron en pánico buscándome, pero no pudieron verme. Me alegré de que la tormenta se hubiera desplomado en ese momento. Me apoyé en un árbol cuando otro hombre pasó junto a mí. Agarré mi brazo tirando fuerte y crucé la espada firmemente hacia su pecho. El otro podía verme, pero era demasiado tarde. Me defendí del golpe y empezamos una lucha intensa. Usé la espada del hombre caído a mi lado para una doble defensa y ataque. Era un buen guerrero, tenía que admitirlo, pero yo estaba mejor preparada. Así que cuando lo hizo fácil, lo pateé y lo puse de rodillas. Sin pensar en nada, crucé ambas espadas como si fueran tijeras, le corté la cabeza y le hice separarse del cuello. El cuerpo cayó hacia un lado y oí un grito bajo y asustado detrás de mí. Annabel estaba de pie con ambas manos en la boca y los ojos bien abiertos. La miré fijamente, pero me di cuenta de que ella no le tenía miedo al hombre caído, sino a mí. Su mirada intensa y asustada me trajo una opresión en el pecho. Era como si desaprobara mi actitud bárbara. Di un paso para acercarme a ella, pero sus piernas pesaban y un dolor intenso me subía por la espalda. Di un grito, y antes de darme cuenta, estaba en el suelo. La oscuridad se apoderó de mis ojos y luego me rendí.

Capítulo 05

Annabel

—¿Un cumplido? ¿Viniendo de ti? Ni siquiera apreciaría que me ganara unas monedas. —
Disparé en un tono perverso.

Bruce mencionó haber respondido, pero hizo todo lo posible. Apresuradamente, acudí a él a tiempo para apoyarlo.

—¿No estás bien! Tenemos que llegar a la posada para que pueda quitar esa flecha.

—¿No! —Susurró. Su voz salió débil. —Tenemos que refugiarnos en el establo. Si los soldados aparecen y se encuentran con nosotros en la posada, pondremos en peligro las vidas de los que nos rodean. Por otro lado, si estamos en el establo, las posibilidades de encontrarnos serán mínimas.

—¿Cómo sabes que no nos buscarán allí?

—Por tu culpa.

—¿Mi causa?

—Sí. Las señoras no duermen en los establos, así que estaremos a salvo allí.

Una vez más solté un gruñido y solté a Bruce, que se golpeó el pecho contra el suelo embarrado y empapado.

—¿Por qué hiciste eso? —Gruñó, inclinando sus manos sobre el suelo para ponerse en pie.

—¿Porque eres un idiota arrogante! —Respondí entre los dientes. —¿Desearía que estuvieras muerto! Levántate solo si quieres.

Con esto, caminé hacia el establo y lo dejé tirado en el suelo. Me detuve delante del caballo y sonreí. Esperanza se quejó por mí, así que tomé las riendas y la llevé adentro. No había ningún establo cerca, pero había dos puestos libres y un montón de heno en una esquina. Me di cuenta de que haría una gran cama y que era bastante espaciosa. Sólo necesitaba una manta y todo estaría bien. Después del trabajo de poner el caballo en la bahía y quitar la silla de montar, me fui al exterior, decidido a llevar al imbécil adentro. Cuando salí por la puerta casi me caigo de espaldas con el frío que me atravesaba la columna vertebral. Bruce seguía en el mismo lugar, pero ahora estaba boca abajo.

—¿Bruce? —Le grité caminando. —Si esto es una broma para ti, te juro que terminaré el trabajo de los soldados.

Agachado a su lado, sacudí a Bruce, que acababa de gemir. Las manos estaban cubiertas de sangre y ya se estaba formando un charco alrededor de donde estaba la herida. Le toqué la frente y lo encontré febril. Me levanté y miré a mi alrededor. No había nadie en la calle en ese momento, pero el sonido de la flauta y las palmas resonaba desde el interior de la taberna. Todos deberían estar allí, o al menos los hombres. No quería ir allí por ayuda, pero estaba decidido a salvar a Bruce. Podría haber sido un sarcástico egocéntrico, pero me había salvado y yo no lo dejaría

morir así.

—¡Santo Dios! —dijo una niña saliendo de la posada. —¡Annabel! ¿Qué estás haciendo aquí? Escuché que había sido secuestrada por soldados ingleses.

Estaba muy apretado en el intento de reconocer a la niña, y me di cuenta de que era Abigail, la hija de mi antigua niñera.

—¿Abby? —Dije que corrieras a abrazarla. —¡Gracias a Dios, alguien que conozco! Necesito ayuda para llevarlo al establo.

Ella miró en la dirección de Bruce y se acercó a él.

—¡Ese es el Caballero Negro! ¿Qué estás haciendo con él? ¿No sabes que es peligroso? Mata a cualquiera que intente desafiarlo. Sin piedad, sin piedad.

Su voz de desesperación me hizo darme cuenta de que la fama de Bruce lo precedió dondequiera que estuviera. No podía apegarme al hecho de que estaba saliendo con un asesino sanguinario y hábil. Necesitaba ayuda y tenía que ser rápido.

—¡Cálmate, Abby! —dijo bajando para tomar uno de los brazos de Bruce. —Me salvó la vida y está herido. ¿Puedes ayudarme a llevarlo?

—¡Claro que sí! Llamaré a mi tío y te llevará a una de las habitaciones.

—No podemos quedarnos en la posada. Nos persiguen soldados escoceses vestidos de ingleses. —Dije que antes de levantarme. —En el establo estaremos protegidos hasta que se recupere.

—Sí, pero dentro de la posada, podría recuperarse mejor —dijo antes de correr hacia la puerta. —Llamaré a mi tío y después de que se ocupe de él, enviaré un mensajero al rey para que le diga dónde está su primo. Envió soldados para escoltarlos hasta el castillo.

—¡Sí, hazlo! —dijo estrechando su mano. —¡Gracias, Abby!

Abby entró corriendo y yo regresé para pararme al lado de Bruce. Extendiendo la mano, saqué un mechón de pelo que estaba sobre su ojo izquierdo. He estudiado tu cara angular. Era fuerte y su barbilla era cuadrada. La piel era muy pálida y contrastaba con la prenda negra que llevaba.

Abby apareció con un hombre grande y fuerte. Asumí que ese sería su tío, así que me fui. Con agilidad, levantó a Bruce en su regazo y lo llevó adentro.

—¡Tuvieron suerte! —dijo Abby dejando el frente y subiendo los escalones —la posada está vacía. Puedes quedarte en la habitación del tercer piso. Es grande y tiene dos camas. Los de fuera creen que es un ático.

El tío de Abby metió a Bruce en la cama y corrió a buscar todo lo que le pedí. Mientras esperaba, me tomé el tiempo para quitarle las botas y la camisa, que estaba rota en un lado del abdomen. Me impresionó la cantidad de cicatrices que tenía en el pecho. Todas fueron hechas con cuchillas muy afiladas. Uno en particular me llamó la atención. Ella estaba localizada en su hombro izquierdo y parecía que la espada se había cruzado. Cuidadosamente y con la ayuda de Abby, puse a Bruce de su lado.

—¡Oh, mierda! —Suspiré.

—¿Qué está pasando? —preguntó Abby.

—La flecha no se cruzó.

—¿No es eso bueno?

—No. Las flechas tienen pequeñas solapas que les impiden tirar hacia atrás si la persona es golpeada. —Hice una cara. —Si intentamos sacarlo, le destrozará la piel y empeorará su lesión. Tendré que revisarlo para romper la punta y luego sacarlo.

—Suena muy doloroso. —Abby especuló. —¿Y si dejamos que la herida expulse la flecha?

—Si hacemos eso, Bruce se desangrará hasta morir.

Abby se retorció las manos mostrando que estaba nervioso.

—¿Estás seguro de que no puedes quitarte esa cosa tirando?

—Absolutamente! —Miré a mi alrededor. —Dile a tu tío que necesitare una plancha caliente. Si puede encender el fuego y calentar la punta del atizador, eso servirá.

—Revolveré el fuego, pero ¿qué hará el hierro ardiente? —dijo Abby, dirigiéndose hacia la chimenea.

—Necesito detener el sangrado y la brasa hará que la curación ocurra rápidamente. Esto también evitará cualquier infección interna.

Abby puso los ojos en blanco y se puso pálida de inmediato.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío!

Le suspiré y le quité la plancha de las manos.

—Abby, necesito que vayas a casa de tu tío y me consigas los artículos que pedí rápidamente. —Puse la plancha en el carbón y dejé que la punta se quemara. —No podré cuidarte si te desmayas y te golpeas la cabeza en alguna parte.

Abby salió corriendo de la habitación. Al enrollar una sábana, se la puse en la espalda a Bruce en la dirección de la herida. Hice lo mismo con otra persona y lo puse en el frente. Eso evitaría ensuciar toda la cama cuando la sangre empezara a derramarse. El tío de Abby entró en la habitación trayendo la palangana con agua caliente y trapos limpios. También había aguja e hilo, que no necesitaría, y un ungüento hecho de hierbas. Al abrir la olla, la olí reconociendo las hierbas inmediatamente. Sonríele sonriendo para que se calme. Le expliqué lo que iba a hacer y él estaba dispuesto a abrazar a Bruce, porque sabíamos que se despertaría tan pronto como la flecha rasgara el otro lado.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Bruce, abriendo los ojos.

Su voz salió como un susurro.

—La flecha no se cruzó. —Yo contesté. —Tengo que revisarlo para sacarlo.

—¿Tienes una plancha caliente?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—Haz lo que sea necesario. —miró al tío de Abby, que estaba inclinado bajo el cabecero de la cama, listo para agarrarse de los brazos. —Ayúdame a no moverme. Odiaría lastimar la cara de la señora o de cualquier otra persona aquí.

Gruñí por tu comentario. El tío de Abby asintió con la cabeza y le dio a Bruce un pedazo de madera para morder. Eso ayudaría a contener el dolor. Luego se sujetó las muñecas.

—No esperaba despertarte en el proceso. —dijo, cogiendo el hierro y poniéndose a mi lado. —¿Listo?

—No. —Dijo, respirando hondo y poniendo la madera entre los dientes.

—¡Oh, genial!

Respirando profundamente, apoye una mano en su espalda y empuje con fuerza la flecha con la otra. Ella fácilmente cruzó la piel de Bruce haciendo que él pateara la cama mientras gruñía. Rompí la punta de metal para que no hubiera astillas de madera y tiré de la flecha en el lado opuesto. La sangre comenzó a fluir de la herida. Rápidamente tomé la plancha caliente y toqué la punta de la herida en el frente. Su piel hervía y vi cuando el sudor corría por su cara. Bruce intentó retorcerse, pero lo detuvieron. Fácil, hice el mismo proceso en la parte de atrás. Con el dolor, Bruce se desmayó de nuevo. Lanzando la flecha sobre un latón, puse el atizador en su sitio y me puse a limpiar la herida, que ahora marcaba la piel de Bruce de negro. Con la ayuda del tío de

Abby, le quité el resto de su ropa y lo bañé. Le puse ropa limpia que había sido prestada. Cambié las sábanas y lo cubrí con la manta que Abby había traído.

Después de todo el trabajo que hice, me miré en el espejo y vi que estaba cubierto de sangre. Estaba cansado y necesitaba un buen baño. Tomé la ropa que Abby había dejado para mí y fui a la bañera detrás de una gran pantalla. Me relajé en el agua caliente durante unos minutos y me pregunté qué sería de mí en cuanto llegara al castillo. Los acontecimientos, las revelaciones, especialmente el hecho de que Roy era mi padre legítimo, habían caído sobre mí de una sola vez. Respiré profundamente para contener las lágrimas, pero eran tercas y rodaban sobre mi cara una tras otra. Cuando estaba a punto de levantarme, oí un grito furioso seguido de un ruido hueco. Rodando en una toalla grande, salí lentamente de detrás de la pantalla.

—¡Déjala ir! —Bruce estaba gritando. —¡Los mataré por eso! ¡Juro que los mataré con mis propias manos si no la sueltan!

Bruce estaba gritando y luchando en la cama. Asustado, me acerqué a la cama. Me di cuenta de que estaba ardiendo y que estaba delirando.

—No hagas eso! —gritó de nuevo.

Las lágrimas fluyeron por su cara justo después de un grito de dolor. Era como si estuviera reviviendo un gran conflicto. Es la primera vez que veo llorar a Bruce desde que nos conocimos. Estaba sollozando de tristeza y la escena me rompió el corazón. Además de ser un guerrero, Bruce también era frágil y yo era el único testigo de ello.

—Mantenga la calma! —Susurré mientras el agua fría corría por su frente. —¡Todo terminará pronto!

Bruce suspiró sosteniendo una de mis manos.

—¡Fue mi culpa! ¡Todo es culpa mía! —Susurró desesperado. —¡Cora, no te mueras! ¡No te mueras, por favor!

Su voz estaba desapareciendo. Había dolor en su tono de voz y pronto me di cuenta de que estaba delirando sobre su primo. Por el tono de su voz, me di cuenta de que había sido muy importante. Las palabras de la mujer en el bosque me vinieron a la mente y cerré los ojos. ¿Bruce era el caballero de corazón negro que mencionó? ¡No! ¡No puede ser él! Esa vieja estúpida habló de un caballero solitario y Bruce no era más que un idiota arrogante. No podría ser él en absoluto. Además, no creía en las brujas, aunque ella dijo que era sólo un acertijo. Ahora, un acertijo habría dicho que vendría aquí de esta manera y con un moribundo gruñón.

Me levanté cuando vi que había vuelto a dormir tranquilo, pero la fiebre no había bajado. Volviendo a la pantalla, terminé de secarme y me puse el sencillo vestido que Abby me había regalado. Suspiré poniendo las manos sobre mi cintura y luego me fui a la cama donde Bruce estaba durmiendo. Gimió profundamente como resultado del dolor y la fiebre. Decidí quedarme a su lado hasta que la fiebre bajara, así que agarré un trapo y empecé a verter agua fría sobre su frente y cuello. Si no bajaba, tendría que bañarse en Bruce con agua fría y le costaría mucho trabajo. Después de lo que parecían horas de turnarse con Abby para cambiarse el agua y la ropa, la fiebre finalmente cedió. Cansado de mudarme a mi cama, decidí dormir a su lado. Si se despertaba al amanecer, yo lo escuchaba y podía ayudarlo tanto como fuera necesario. No tardó mucho, caí en un sueño profundo lleno de pesadillas con soldados y un caballero negro sin rostro.

Capítulo 06

Bruce

Dos días después...

Respiré profundamente cuando sentí que un dolor agudo me desgarraba el abdomen. Me rodea desde la cintura hasta la espalda en la misma dirección. Traté de moverme, pero el dolor aumentó. Automáticamente tomé mi mano donde sentí el puñetazo. Mantuve los ojos cerrados mientras rezaba para que ese dolor pasara. Suspirando, abrí gradualmente mis párpados. Parpadeé tratando de enfocar y apunté al techo de madera.

—¿Dónde? —Susurré. —¿Donde estoy?

Levantándome lentamente, pude sentarme al lado de la cama. La habitación en la que estaba era espaciosa. Había otra cama y una chimenea encendida. Hacía mucho calor y me sentía cómodo. Ese ambiente era muy diferente al de un establo, así que me sorprendió estar allí. Miré la cama donde estaba sentado y la manta de pelo de cabra que cubría mis piernas. Me pasé la mano por el pecho y me di cuenta de que llevaba una camisa de lino blanco. Tenía mangas largas y cuello en V. Ha pasado mucho tiempo desde que me vestí de blanco y me sentí incómodo. Cuando saqué la manta, me aseguré de llevar unos pantalones, también de lino, pero eran negros. Al menos algo que me gustaba. Levantando las piernas de la cama con dificultad, pisé el suelo de madera con los pies descalzos. De pie, usé la pared para sostenerme y caminé lentamente hacia la gran ventana de la habitación. Afuera caía una ventisca con vientos no muy fuertes, pero peligrosos. Me di cuenta de que estaba en el mismo pueblo donde llegué la noche anterior. Inmediatamente recordé lo que pasó antes de que perdiera el conocimiento. Annabel quitándome la flecha del abdomen; un hombre enorme sosteniéndome; un dolor insoportable que nunca antes había sentido y el rostro de Cora en mis sueños. Hacía mucho tiempo que no soñaba con ella y había sido tan real que parecía que mi prima había estado a mi lado toda la noche.

Mirando hacia otro lado, miré a mi alrededor. No había señales de Annabel en ninguna parte. Me fijé en la pantalla con una toalla colgante. Había un espejo de pie entre la pantalla y un tocador. Caminé hacia él, que estaba en el lado opuesto de la habitación, justo enfrente de la otra cama. Olí rosas cuando pasé junto a la toalla colgante. No sé por qué, pero saqué la tela y me la llevé a la nariz. Cerré los ojos cuando imaginé la suavidad de la piel que esa toalla había tocado. Luego vi a Annabel bañándose. Grunhi colgando la toalla en su sitio. No tenía tiempo para pensamientos como esos, mucho menos para una mujer. Especialmente una como Annabel. Mimada, llena de voluntades, atrevida.... enumeré sus faltas mentalmente mientras volvía mi atención hacia el espejo. Estar enojado con ella me impidió pensar en lo hermosa que era. Su

pelo, color plateado, trenzado, la hacía parecer una niña. Esos ojos azules eran perdición y cada vez que me miraba, quería sumergirse en ellos. No podía permitirme involucrarme con la hermana de la reina. No sólo eso, sino que hubo otros factores que me impidieron hacerlo.

Respirando hondo, agité la cabeza de un lado a otro y levanté la camisa para ver el daño que había causado la flecha. Sería una de muchas cicatrices en mi cuerpo, pero la peor de ellas no se mostraría. Había varias marcas de batalla. La mayoría hechos con espadas, algunos con puños y puñales. Nunca me habían disparado antes, así que no tenía idea del dolor.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La voz de Annabel resonó por toda la habitación y me hizo girar hacia ella. Estaba vestida con un vestido sencillo, sin mangas y con un escote cuadrado de color pastel. Llevaba un delantal atado a la cintura, zapatillas de deporte en los pies y el pelo atado con un pañuelo. Llevaba una bandeja que puso encima de un aparador.

—No deberías estar de pie —dijocaminando hacia mí. —¿No sabes que de repente puedes caer y golpearte la cabeza?

—Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. —Respondí seco. —Sólo trato de entender lo que hacemos en un cuarto de la posada cuando dije que deberíamos quedarnos en el establo.

Me miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos.

—Eres muy desagradecido, ¿lo sabías? —Annabel despedida. —Si no fuera por mí, estarías tirado en el suelo, bajo esa lluvia y muriendo de tanta hemorragia. Lo menos que puedes hacer es agradecerme por salvarte la vida.

—¿Gracias? Por lo que sé, es tu culpa que estemos aquí y mi herida. —...acusó de una manera perversa.

—¿Mi culpa? —ella disparó un tiro acercándose. —¿Cómo te atreves a decir que fue mi culpa? Debido a mi habilidad, Su Gracia sólo tuvo que enfrentarse a tres hombres en vez de a más.

—¡No estoy de acuerdo! —dijo sarcástico. —Con las habilidades que poseo, puedo enfrentarme a un batallón y matar a todo el mundo, así que no había necesidad de que la señora corriera ese riesgo y pusiera mi vida en peligro.

Fruncí el ceño cuando sentí un dolor intenso en el abdomen. Un vértigo se apoderó de mi cuerpo y tuve que aferrarme a la pared detrás de mí.

—¿Has visto lo que he dicho? —Annabel corrió a apoyarme. —No deberías estar de pie, ni siquiera exaltándote así. Todavía se está recuperando de la flecha.

Diciendo eso, me llevó a la cama y me ayudó a acostarme. Por un lado, estaba agradecido por el cuidado de Annabel. Por otro lado, todavía estaba furioso porque ella desobedeció mis órdenes.

—No estaríamos aquí si no fuera por tu terquedad. —Dije mientras me cubría las piernas. —Debo apresurarme a sacarnos de esta posada lo antes posible. Cuando amanezca, nos iremos a Dunhill.

—Ni siquiera por encima de mi cadáver irás a ninguna parte, antes de que te curen o antes de que lleguen los soldados. —ella disparó poniendo sus manos sobre su cintura.

—¿Soldados? —pregunté frunciendo el ceño. —¿Qué soldados?

Annabel suspiró y se dio la vuelta en la cama. Tomó la bandeja y la puso en mi regazo. Había un tazón de sopa, algo de pan y fruta.

—Bueno, Abby sugirió que lo trajéramos para que puedas ser mejor tratada. Le pidió a su

primo que fuera a Dunhill a llevarle un mensaje a Alistair. —Annabel tomó una cuchara y probó la sopa para ver si estaba demasiado caliente. —Pensé que llegarían hace dos días, pero la ventisca ha empeorado mucho y creo que Alistair está esperando a que pase la tormenta para enviar a sus hombres.

Ella sopló el líquido y luego me lo ofreció. La desaprobé por la cuchara. Me sentí como un niño tonto siendo alimentado.

—¡Dámelo a mí! —dijo tomando la cuchara de su mano. —Puedo hacerlo todo yo solo. No soy un niño y tampoco yo. Me estoy muriendo.

—¡Déjame hacerlo! —dijo tirando de su mano.

—¡Annabel, no soy un bebé! ¡Debería comer solo!

—¿No es así? Sí, a mí me parece un bebé testarudo y gruñón. —sacó el tazón de la bandeja. —Ahora dámelo antes de que lo derribes.

Con un gruñido, puse la cuchara dentro del tazón y la tiré con fuerza. Ya no era muy bueno estar en esa cama, no dejaría que Annabel me diera de comer como si fuera incapaz. Debido al tirón que le di, el tazón se le escapó de la mano y todo el líquido cayó sobre el vestido de Annabel. Me disparó con su mirada y gruñó de pie.

—¿Viste lo que hiciste?

—¿Yo? ¡Tú eres el que tiró del tazón! Si hubiera hecho lo que te dije, la sopa no se habría derramado.

Una vez más, su mirada me indignó. Respiró hondo y cerró los puños con ira.

—¿Sabes cuánto tiempo me llevó cocinar esa sopa?

—¿Tú? ¿Cocinando? —Lo desprecié con una risa. —Me imagino el sabor de esta cosa. Me alegro de que lo hayas derramado.

Una mezcla de tristeza e ira cruzó la mirada de Annabel. Entonces me arrepentí de haber dicho lo que dije. Nunca he sido tan grosero o poco atractivo con una mujer antes. Ni siquiera las prostitutas con las que solía divertirme de vez en cuando.

—Sabes, te equivocas conmigo.

—¿Qué parte?

—Aunque fui criada para ser una dama, eso no significa que sea inútil —dijomientras recogía el tazón vacío y limpiaba el vestido.

—¡No dije que fuera inútil! —Disparé un tiro frío. —Me refiero a que tu educación no concuerda con la imagen que intentas transmitir. Para mí, la señora no es más que una niña mimada.

Annabel resopló indignada y se golpeó el pie contra el suelo. Tomando el cuenco, la bandeja, pero dejando la cesta con frutas, se dirigió a la puerta.

—Al menos come la fruta —dijosin mirar atrás. —Puedo ser una niña mimada, pero no es porque el Señor sea un ser despreciable por lo que debo dejar que muera de hambre. Te daré más sopa.

Dicho esto, Annabel salió cerrando la puerta detrás de ti. No dejaba de mirarlo con expresión de sorpresa. No importa lo que yo dijera, Annabel siempre tenía la última palabra en su lengua. Siempre parecía dispuesta a desafiar a alguien o en caso de que la desafiaran.

—¡Chica maltratada! —Susurré, agarrando una manzana y dando un mordisco. —¡Maldita sea!

Un dolor agudo subió a través de mi pecho en el lado donde estaba la herida, así que traté de encajar en la cama. Gruñí para soltar la manzana y poner mis manos en el lugar con la esperanza de que ayudaría a detener el dolor, pero no ayudó. Empecé a respirar hondo y luego, con cuidado,

me levanté. Cuando estaba a punto de dar el primer paso hacia la puerta, me sentí devastado por el vértigo y asombrado. Intenté apoyarme en la cama, pero eso sólo empeoró la situación y me caí. En el proceso, me golpeé la cabeza con la madera a un lado de la cama. Sentí que algo corría por mi frente y me puse la mano en la cabeza. El golpe le hizo abrir un corte que pronto empezó a sangrar. Como si la flecha no fuera suficiente, ahora había otra herida en mi cuerpo.

—Escucha, me apetece arrancarte el pelo, pero no soy tan cruel como mi madre....

Annabel entró en la habitación y se detuvo en el instante en que me vio caer con la frente sangrando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Estás sangrando —dijo ella con voz atónita. —¿Cómo te caíste de la cama?

Me acostó de nuevo y volví a poner mi cabeza en la almohada.

—¡La herida duele mucho! —dijo, poniendo una cara. —Traté de levantarme para llamar a alguien, pero me caí y en el proceso, me golpeé la cabeza contra la madera de la cama o contra el suelo. No estoy seguro.

Annabel resopló pasando su mano por mi frente para evaluar el daño.

—Traeré un trapo para limpiar eso —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta. —¡Quédate quieto, por favor!

Asentí con la cabeza al estar de acuerdo. Decidí que sería mejor obedecer esa vez, y cerré los ojos. No sé cuánto tiempo estuve en esa posición con los ojos cerrados, pero de repente olí rosas y pensé que estaba en el cielo. Un paño frío me tocó la frente e inmediatamente me abrió los ojos. Annabel estaba concentrada en limpiar mi herida. Su pelo estaba suelto, sin la bufanda que los cubría antes. Ella se inclinaba sobre mí y me di cuenta de que el perfume venía de ellos.

—El corte no era profundo —dijosin mirarme. —Pondré un preparado herbal para detener la hemorragia y no infectarme.

Tiró el paño en el cuenco y, tomando un pequeño vaso que contenía una crema verde, metió dos dedos en el interior trayendo una generosa porción. Annabel me lo llevó a la frente y comenzó a esparcir la mezcla.

—¿Cómo sabes que eso curará el corte? —Le pedí que cerrara los ojos.

—Mí abuela paterna era curandera y sabía todo sobre hierbas. Plantar, cosechar y preparar. Todo en la medida correcta, para todo lo que sana....

—¡Mata también!

Annabel suspiró.

—Sí. —Susurró. —Lo que no pudo enseñarnos, lo anotó. Se enseñaba todo sobre el secreto absoluto. Aideen tiene más talento con las hierbas que yo.

—¿Por qué tus abuelos decidieron ocultar sus conocimientos? —pregunté, manteniendo los ojos cerrados.

—¡Por nuestra madre! —ella disparó. —Ravena no aprobaba que usáramos armas o nos ocupáramos de las tareas domésticas. Ella dijo que esto era trabajo para los sirvientes y que no era graciosa, una dama portando un arma, pero siempre tenía una pequeña bestia y una daga en la mano.

Se tomó un descanso para coger la ropa.

—Aila era la única a la que se le permitía salir sola, por lo que pasaba más tiempo con nuestros abuelos, ya que vivía huyendo a su casa. —sacudió la cabeza haciendo una mueca. —Creo que mi madre pensó que podría ser atacada por lobos y morir. Aila tenía un inmenso talento para decir lo que pensaba y desafiar a Ravena.

—¿Igual que tú? —Disparé sin pensar.

Annabel suspiró y lanzó una sonrisa torcida. Me quitó la sábana y luego me levanté la camisa. Sentí algo frío contra mi piel y encogí mi estómago inmediatamente. Comenzó a frotar esa crema sobre la herida y pronto empecé a sentir un poco de entumecimiento. Se rió de mi cara y siguió adelante.

—Creo que heredé algunas de las actitudes de mi hermana cuando se fue. —Annabel se encogió de hombros. —Asumí la responsabilidad de proteger a Aideen en su ausencia, así que continué con el entrenamiento que ella había comenzado. Quería estar preparado por si acaso...

Annabel se detuvo y luego tomó el vidrio y lo selló.

—¡Será mejor que descanses un poco! —dijo que salir de la cama. —Traje otro tazón de sopa por si tienes hambre, y una jarra de agua. Te sugiero que lo bebas para que no tengas fiebre. Contrariamente a lo que crees, soy una excelente cocinera.

Annabel tomó el lavabo y se dirigió a la puerta.

—Prometo guardar silencio de ahora en adelante, ya que mis opiniones le desagradan. Volveré en un momento, pero si necesitas algo, grita mi nombre. Creo que sabes lo que es.

Así que se fue de la habitación otra vez. Suspiré con alivio, porque el latido de mi frente ya estaba empezando a disminuir. Mirando el cuenco, hice una cara, pero la tomé de todos modos. Mi estómago roncaba, a pesar de las náuseas que iban y venían. Esa sopa no puede ser tan mala como pensaba. Me llevé la cuchara a la boca para asegurarme de que no estuviera tan mal. Al contrario, estaba delicioso. En realidad, nunca he comido nada tan bueno como eso antes. Mientras devoraba esa sopa, me preguntaba qué tan injusta había sido para Annabel. Pronto me vino a la mente la historia de Aideen y decidí intentar ser un poco más amigable con ella. Después de todo, ambos estaríamos allí indefinidamente, porque no sabíamos cuándo pasaría la ventisca.

Después de tomar la sopa, decidí dormir un poco y cerré los ojos. Pronto la imagen de Cora pobló mis sueños y me sentí en el paraíso. Esta vez no estaba sola y pude ver un ángel con pelo largo y rizado, color plata. Para mi sorpresa, el ángel tenía la misma cara que Annabel y me sonrió. Me desperté cuando me di cuenta de que había soñado con Annabel de forma involuntaria. Respirando hondo, miré a mi alrededor y noté que ella aún no había regresado y que yo había dormido por un corto período de tiempo.

—¡Maldita sea! —Susurré, volví a la cama y puse las manos sobre mis ojos. —¿Qué diablos fue eso?

Cansado de obtener una explicación, volví a cerrar los ojos y esta vez me quedé dormido sin sueños. Sólo esperaba que fuera permanente y que no volviera a soñar con Annabel. Desafortunadamente, no somos dueños de nuestra voluntad, y más tarde esa misma noche, la cara angelical de Annabel volvió a poblar mis pensamientos, pero de una manera poco convencional.

Capítulo 07

Annabel

Unos días después...

—¡Buenos días! —dijo Bruce tan pronto como me vio entrar en la habitación.

—¡Buenos días! —Respondí seco.

Bruce estaba de pie, mirando por la ventana. Ya podía moverse sin sentir tanto dolor, pero yo seguía intentando a toda costa hacerle descansar.

—Te traje algo de comer —dijo poniendo la bandeja sobre la mesa entre las camas. —Esto ayudará a aumentar su fuerza.

Agitó la cabeza.

—¿Quién lo cocinó?

—¡Oh, yo! —...respondí poniendo todo sobre la mesa. —Ha sido un gran pasatiempo.

—Agradezco su atención, pero ya me siento bien y prefiero no arriesgarme. —contestó él.

De repente dejé de hacer lo que estaba haciendo para mirarlo con indignación en mis ojos.

—¿Estás rechazando mi comida otra vez?

—¡Sí, lo estoy!

—¿Por qué razón?

—¡Porque estás tratando de envenenarme!

Fruñí el ceño ante esa acusación y me crucé de brazos.

—No lo entiendo. No lo entiendo. ¿Qué te hace pensar que estoy tratando de envenenarlo? Si hubiera querido matarlo, habría sido más fácil dejar que se ahogara en su propia sangre en lugar de ayudarlo a recuperarse.

Bruce dejó salir una risa fría y se acercó a mí.

—Sé que pones algo en la comida, porque cada vez que como, tengo sueño y acabo cayendo en un sueño profundo que no me permite recordar nada cuando me despierto.

—¿Por qué haría eso?

—No lo sé, pero te pareces a esas chicas que se aprovechan de nosotros cuando dormimos —dijoen una nota acusatoria. —Lo sé, porque conozco a uno que...

No le dejé terminar su frase y cuando lo vi le estaba dando una bofetada.

—¿Por qué hiciste eso? —Preguntó entre dientes. —¿No sabes que no deberías pegarle a un hombre en la cara?

—Me has ofendido una vez más, como lo has hecho desde que nos conocimos. —Respondí secamente dando un paso atrás. La mirada de Bruce estaba llena de ira y me hizo sentir

vulnerable. —¡Es un hombre desagradecido, arrogante y grosero!

—¡Y tú eres una bruja! —...disparó y siguió viniendo hacia mí. —Me pide que no la juzgue porque es hija de una serpiente traidora, pero es tan egoísta como ella. ¿Qué haces cuando estoy dormido?

Mi respiración se aceleró cuando entendí tus observaciones.

—¡Espero que no estés insinuando lo que creo que eres! —dijo entre dientes. —No dejaré que me ofendas más de lo que ya lo has hecho. ¡Te lo advierto, podría matarlo!

—¡Sí, lo estoy! —dijo riendo. —Soy el primo del rey, un duque muy rico....

Lentamente dijo cada frase.

—¿No era el plan de Ravena casarla con un duque?

—¡Bastardo! —Grité.

El chasquido de mi puño en la barbilla de Bruce resonó por toda la habitación. El puñetazo me hizo chasquear los dedos y me estremeció la mano contra una cara de dolor.

—¡Buen golpe! —dijo riendo.

—¡No me acostaría contigo si fueras el único hombre sobre la faz de la tierra! —Gruñí. —Eres repugnante al pensar que me aprovecharía de ti de esta manera o de cualquier otro.

Bruce dejó salir una risa como si tomara mis palabras como un desafío. Pasó su mano sobre su barbilla y luego me miró intensamente.

—Sí, lo dudo mucho. —susurró. —¡Y hasta puedo probar mi teoría!

—¡Estás mintiendo!

—¿Lo es?

No había manera de huir o deshacerse de mí cuando Bruce cerró la brecha entre nosotros y me agarró la garganta con una de sus manos.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Gruñí con una voz sofocada.

—¡No! —Disparó, dejando claras sus intenciones.

Traté de esquivarme mientras él me empujaba hasta que me apoyé contra una pared fría. Entonces, mientras una de sus manos sostenía con fuerza mi garganta, la otra agarró con fuerza la base de mi cuello y su boca cubrió la mía con un beso furioso. Le agarré con fuerza de la muñeca, clavándole las uñas en la piel, pero cuanto más me esforzaba, más profundo se besaba. Me sentí impotente por primera vez en mi vida, pero en vez de tener miedo o estar desesperado, me encontré queriendo más. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba devolviendo el beso. Mis manos soltaron las muñecas de Bruce y le ató el cuello acercándolo. Me aflojó la garganta y me ató la cintura. Aunque estaba cubierto de metros de tela, podía sentir el calor de su pecho contra el mío. La barba de Bruce se frotó contra la piel de mi cara causando escalofríos por todo mi cuerpo. Podía sentir el tamaño de tu erección contra mi vientre. Mi corazón estaba acelerado y sentí un resfriado que atravesaba mi estómago y sacudía mis intestinos. Nunca había sentido algo así antes. De repente, nuestros desacuerdos y puntos de vista quisquillosos se habían dejado de lado y me olvidé de por qué estábamos discutiendo.

Bruce insertó su lengua en mi boca haciendo el beso aún más voraz. Me quejé cuando apretó mi cuerpo contra el suyo. Pero de la misma manera explosiva en que todo comenzó, Bruce interrumpió el beso. Apoyó su frente contra la mía y respiró sin aliento. Mantuve los ojos cerrados por temor a que fuera un sueño, hasta que realmente se convirtió en una pesadilla.

—¡Qué hermosa mentirosa eres! —susurró con una cínica sonrisa en sus labios. —Ninguna mujer se ha resistido a mí. Sabía que no sería diferente contigo.

Le llevó unos segundos darse cuenta de que Bruce me había besado por puro capricho. Ese

había sido mi primer beso y me sentí horrible por dentro cuando me di cuenta de que aunque había estado con Bruce, lo había disfrutado. Me tragué la necesidad de llorar y empujé a Bruce para poder irme. Bajando la cabeza me dirigí hacia la mesa, donde empecé a recoger las cosas que había traído.

—¡Valeriana! —Dije en voz baja.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Preguntó confundido.

—Puse valeriana en tu comida para mantenerte dormido. Has estado sintiendo mucho dolor y maldad por la tranquilidad. —Lo expliqué caminando hacia la puerta. —Tenía miedo de caerme de nuevo por un poco de vértigo y, al darme cuenta de que era un hombre fuerte, decidí darle valeriana para que pudiera dejar descansar su cuerpo. Es una hierba calmante, no un veneno.

Me detuve en la puerta a mi espalda por unos segundos y miré a Bruce.

—Sabes, ese fue mi primer beso y lo arruinaste con tus modales groseros, así que espero que te mueras —dijotomando un descanso. —Le pediré a Abby que te traiga la comida, por cierto, ella cocinará para ti de ahora en adelante.

—Annabel, yo...

—Buena suerte con tu recuperación!

Girando de nuevo, salí y tiré de la puerta con los pies hasta que oí que tocaba. Caminé por el pasillo, pasé las escaleras y sonreí a la gente como si nada hubiera pasado. Me hizo pedazos el hecho de que mi madre me hubiera hecho la imagen de un mensajero. Me toqué los labios mientras miraba un espejo que estaba en el pasillo. Estaban rojos e hinchados. Me ardía la cara como si hubiera estado demasiado cerca del fuego. Sonreí cuando recordé las palabras de Bruce antes de que me besara. Quería ponerme a prueba, pero terminó demostrando que a él también le gustaba. Lo sabías por tu erección. Si no hubiera parado, tal vez me habría poseído. Ese pensamiento hizo que se arrastrara por mi cuerpo. El hecho de que Bruce se sintiera tan afectado como yo me dio cierto aliento.

—¡Srta. MacBride! —dijo el profesor Kaiser cuando se cruzó conmigo en el pasillo. —¿Está todo bien? ¿Necesitas ayuda?

Kaiser era un hombre muy amable y servicial. Nos habíamos quedado como amigos hace unas noches, cuando decidí sentarme en el tendedero y ver el movimiento en la calle. Se sentó a mi lado y hablamos durante horas. Kaiser nos había dicho que era un maestro que enseñaba a leer a las hijas de los señores, pero que hacía tiempo que había abandonado esta profesión y había empezado a enseñar en la aldea a niños pobres. Esto había ocurrido después de haber sido rescatado de un ataque de algunos mercenarios. Estaba al borde de la muerte y vagó por la carretera hasta que encontró la aldea. Abby y su tía lo curaron y le dieron refugio en la posada.

—Gracias, pero no es necesario. —Respondí sonriendo.

—¿Cómo está tu amigo? —Preguntó con una sonrisa de simpatía.

Hubo contacto con el Kaiser sobre Bruce y nuestro ataque. Se había sorprendido y sorprendido al mismo tiempo al descubrir que el Caballero Negro se alojaba en la posada. Sabías que esa información se suponía que era confidencial, pero ¿qué tenía de malo decirle eso a un profesor?

—Se pondrá bien. —Respondí fingiendo entusiasmo. —Se está recuperando bien, gracias a la valeriana que he ministrado y a otras hierbas que uso para aliñar. Pronto podremos continuar nuestro viaje.

—Esas son buenas noticias. —me dijo que parara para abrir la puerta de la cocina y así poder pasar. —Tengo que irme ahora, porque hoy enseñaré en la iglesia.

—¡Claro que sí! —dijo asentándose. —¡Que tengas un buen día!

—¡Para la dama también!

Suspiré cuando me apoyé en el mostrador y crucé los brazos. El recuerdo de los labios de Bruce sobre los míos se apoderó de mis pensamientos y yo gruñí, volviendo a ocuparme para tratar de olvidar. El día era lento, al igual que la semana. Abby había accedido a llevarle comida a Bruce, lo que me facilitó mucho mantenerme ocupada con los otros huéspedes de la posada, que no eran muchos. Cada vez que tenía que acudir a él para limpiar y rehacer el vendaje, ignoraba a Bruce y sólo hablaba de lo que era necesario. Eso fue suficiente para cabrearlo, pero no me importó. Todo lo que quería era alejarme de él y salir de ese lugar lo antes posible.

Bruce MacCalister era el tipo de hombre que odiaba. Arrogante, egocéntrico, mandón. Como todo escocés, no ocultaba su lado obstinado y brutal. Cada vez que pensaba en ese maldito beso, recordaba la sensación que había causado y me sorprendía suspirando. Me enojé mucho porque pensé que podía sentir algo por ese idiota.

Miré a los niños que se estaban divirtiendo en la nieve, ahora no tan intensamente como cuando llegamos. La ventisca disminuirá mucho y ahora la nieve caerá suavemente. El camino hacia la frontera seguía cerrado y algunas aldeas estaban aisladas. Fue el caso de Sgurr, donde estábamos hace unas horas desde Dunhill. Al final del día, en vez de ir a mi cuarto y mirar la cara gruñona de Bruce, me sentaba en el balcón y leía un libro que me prestó la maestra. Eso me distrae hasta la hora de dormir. Cuando entré en la habitación antes de acostarme, fui a ver a Bruce. Era como un toro. No parecía que le hubieran disparado hace unos días.

—¡Buenas noches, Srta. MacBride! —dijo Kai, el mozo de cuadra. —Esta noche hace más frío que la última.

—¡Buenas noches, Kai! —Respondí sonriendo. —Sí, así es!

—¿Necesitas un abrigo? Puedo conseguir uno, si quieres.

—¡Gracias, Kai! Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien.

—¿Te gustaría venir conmigo a la taberna?

—Lo siento, pero estoy muy cansada —dijosonriendo. —Prefiero quedarme aquí y leer un libro.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Que tengas una buena noche!

—Gracias!

Kai asintió antes de ir a la taberna, donde pasaba las noches. Había sido un gran amigo, además de Abby. Tenía el pelo rojo y la cara pecosa. Sus ojos eran tan verdes como los de mis hermanas. Deben haber sido dieciséis. Todas las noches me invitaba a la posada y no se cansaba de no oír ninguna respuesta. Un ruido me asustó y me di la vuelta en la silla para ver qué era. Sonreí cuando vi a Abby acercarse.

—No se cansa, ¿verdad? —dijo con un aire de desánimo. —Quería que me mirara como te mira a ti.

—¡No estés triste, Abby! —dijo dando palmaditas en la mano. —Si todavía no se da cuenta de lo especial que eres, sólo puede ser un tonto. ¿Por qué no le dices cómo te sientes?

Abigail puso cara de sentada a mi lado. Tenía el pelo rubio, los pechos llenos y los ojos negros brillantes. Era una chica preciosa en plena juventud.

Nos conocimos cuando ella tenía sólo nueve años y trabajaba en la cocina de Inverness con su madre. Nos hemos hecho buenos amigos desde entonces. Nuestra diferencia de edad era de sólo cinco años y ella me enseñó todo lo que aprendió de Tracy. Era la mejor cocinera de todo el feudo de Inverness, así que mi madre la amaba. Debido a su salud, tuvo que irse y terminó siendo

expulsada. Fue una gran sorpresa descubrir que Tracy había logrado construir un hermoso establecimiento en medio del camino a Dunhill.

—¡Tengo miedo, Annabel! —Dijo con voz triste. —No podía empezar a hablar sin tartamudear. Estoy seguro de que te sorprendería antes de que le dijeras algo a Kai.

Me he reído un poco. Abby estaba realmente muy asustada y en la misma proporción en que estaba exagerando.

—¡Abby, no exageres! Tienes tus encantos, sólo haz que se dé cuenta y Kai se enamorará de ti. —Yo contesté. —Ya que no puedes hablar, ¿por qué no intentas llamar su atención y dejas que dé el primer paso?

—¡Ya lo he intentado! —Dijo frustrada. —He estado frente a él con mis mejores vestidos, que no son muchos. Incluso traté de ponerlo celoso bailando con su hermano Karl en el último festival.

Respiró hondo antes de apoyar la cabeza en una de sus manos que estaba en el brazo del banco en el que estábamos sentados. Abby siempre estaba jugando a ser encantadora con Kai, que era demasiado ciega o demasiado tonta para no darse cuenta de que suspiraba por él cada vez que aparecía en la cocina.

—Soy realmente desafortunado o muy tímido.

Dejé salir una risa y Abby hizo una cara. Hubo un momento de silencio y la risa de los niños se hizo fuerte. Y Abby lo rompió cuando comenzó a hablar de su trabajo en la posada; cómo su tío era aburrido y gruñón; y su primo era muy mandón. Quería salir de allí, pero no sabía por dónde empezar.

—¡Lamento lo que pasó entre tú y tu madre! —dijo ella. —Ravena nunca fue una mujer muy sensata.

—Sí, pero esta vez fue más allá de todos los límites posibles e imposibles.

—Nunca imaginé que podría arrastrarla a un matrimonio a cambio de beneficios.

—En realidad, casarse estaba fuera de discusión cuando me llevó a Dunhill. Me sentí muy aliviado por la decisión que Alistair había tomado.

Abby me miró con incredulidad. Seguí adelante.

—Sé que fue un pensamiento egoísta, pero no quería casarme con un príncipe. ¿Quién lo dirá con un duque? —dijo, bajando la cabeza. —Los hombres son seres despreciables y ciertamente seré tratado como un trofeo ridículo.

Abby suspiró cuando vio pasar de nuevo a Kai. Me hizo un gesto con la mano sonriéndome, pero ignoró la presencia de Abby. Inclino la cabeza con tristeza y se levantó.

—¡Me voy a dormir!

—¡Está bien! ¡Está bien! Puedes irte y yo cerraré más tarde.

Se giró para entrar y entró en el hueco de la escalera. Me quedé en el balcón unas horas más leyendo, hasta que decidí entrar y dormir un poco. Ya hacía demasiado frío y necesitaba una manta. Subí las escaleras rezando para que Bruce estuviera dormido y me asusté tan pronto como abrí la puerta.

—¿Profesor?

—¿Annabel? —Kaiser se dio la vuelta asustado. —No esperaba que vinieras a la habitación tan temprano. ¿Qué estás haciendo aquí?

Kaiser estaba de pie junto a la cama de Bruce. En sus manos había una daga que comenzó a golpear con impaciencia contra su mano izquierda. Aguanté la respiración.

—¡Esa es mi habitación! —Yo disparé. —¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué está armado con una daga?

Capítulo 08

Bruce

—¡Vamos, Morvan! ¿Aquí es donde te escondiste? —Dije con voz fría. —Eso te hace un cobarde, ¿lo sabes? ¿Dónde está ese amigo tuyo? ¿Cuál es el nombre de nuevo? ¿Oliver?

Morvan respiraba con dificultad y tragó hasta secarse. Apretó el mango de la daga que estaba sosteniendo con fuerza, como si ella pudiera protegerle.

—¡Él también es un cobarde! —Continué con la provocación.

—Gracias a ti y a Alec! —Gritó con ira. —Si no fuera por ese bastardo manipulador, mi hermano seguiría vivo.

—Tu hermano estaba muerto incluso antes de que Alec hiciera lo que hizo. —Dije con frialdad. —¿Te acuerdas? ¿Cuando violaste y mataste a mi prima?

Gruñó Morvan. Él mantuvo su mirada incrustada en la mía. Sus ojos rebosaban de odio. Sólo nosotros dos sabíamos de lo que estábamos hablando. Era como si estuviéramos contando una historia que nadie había leído. Por eso Annabel intervino con su voz confusa.

—¡Espera! ¿Te llamas Morvan? —preguntó ella —dijo que su nombre era Kaiser. ¿Kaiser? ¿Dónde he oído ese nombre antes?

Annabel estaba tendida en el suelo, apoyada en sus codos y mirando la escena con ojos confundidos. Noté que le corría sangre por el cuello y me di cuenta de que estaba herida, probablemente en la cabeza. Sin pestañear, avancé hacia Morvan y le golpeé la cara con el mango de la espada. Él, que no esperaba esa actitud, cayó al suelo. La daga que llevaba hacía ruido en el suelo, asustando a Annabel.

—¡Miserable bastardo! —Le grité apuntando con mi espada a su garganta. —Su nombre no es Kaiser, es Morvan. Kaiser era su hermano. Ambos eran mercenarios a instancias de Roy. Ellos son los que mataron a mi primo de una manera cobarde.

—¿Mercenarios? —Annabel susurró. —Fuiste tú quien estuvo con Roy el día que fue herido por mi hermana y expulsado de Inverness. Mi madre los guió en su huida.

Morvan se rió mirando a Annabel.

—Sabía que podías oírlo todo a escondidas. —dijo. —Siempre ha tenido una forma de llegar en el momento equivocado, como en el bosque. ¿Recuerdas el bosque?

Annabel se tiró al suelo y se puso de pie. Ella vino a Morvan y agarró el cuello de su camisa.

—Tú eres el que me detuvo, ¿no? —gruñó. —¡Bastardo! ¡Pensé que era un soldado, pero eras tú!

Le dio un puñetazo a Morvan, quien cayó al suelo de nuevo. Se acercó a la daga y golpeó rápidamente el brazo de Annabel.

—¡Maldito seas! —gritó, poniendo su mano en su brazo y retrocediendo.

Morvan se puso de pie, disfrutando de mi momento de distracción.

—Annabel, ¿estás bien? Te pregunté si estabas preocupada.

—Sí. Sólo fue un corte.

Miré a Morvan con ojos asesinos. No tuve tiempo de reaccionar, porque Morvan me golpeó y me hizo retroceder. La espada se me escapó de la mano y él avanzó para conseguirla.

—¡Annabel, sal ahora mismo! —Grité.

Annabel asintió con la cabeza y trató de salir corriendo de la habitación, pero Morvan tiró la daga que se pegó a la pared, asustándola, y Annabel la esquivó.

—¡Morvan, eres un cobarde! —...me he excitado. —¡Déjala ir! ¡Tu lucha es conmigo, ignorante!

Morvan se rió.

—Es gracioso que me llames cobarde. —dijo. —Por lo que sé, fue por cobardía que capturaron a mi hermano.

Lo revisé para desarmarlo y Morvan me golpeó con la daga. Lo esquivé a un lado y me dio una patada. El golpe se apoderó de mi herida y caí al suelo, pero primero lo golpeé y le hizo perder su espada. Recuperándome rápidamente, agarré la espada y avancé, pero Morvan fue más rápido y agarró a Annabel por detrás sosteniendo a su rehén.

—¡Dime qué le hiciste a mi hermano! —le disparó en los dientes. —Dime lo cobarde que puedes ser.

—¡Suelta a Annabel o no responderé por mí mismo! —...te ordené que procedieras.

Hizo un movimiento repentino y penetró la punta de la daga en su garganta. Eso la hizo abrir un corte en la piel de Annabel y ella gruñó cuando sintió que la sangre fluía.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Abby cuando entró en la habitación. —¡Llamaré a mi tío!

—¡Si das un paso, mataré a la chica! —Dijo con frialdad. —¡Ven aquí y siéntate!

Abby me miró y asentí. Se sentó en la cama y jadeó cuando vio que la sangre fluía por la garganta de Annabel y se dirigía hacia el escote.

—¡Capitán, dígame qué le hizo a mi hermano! —Dijo fríamente Morvan. —dile a las damas de aquí lo cobarde que es el hombre que tanto admiran.

Miré fijamente a Morvan y se rió.

—Eso es correcto! Conozco su fama como las putas y, aunque vive rodeada de ellas, su falta de tacto con las chicas de la familia. —que despreciaba. —¿Prefieres los más experimentados?

—No exactamente! Me encantaría ser la maestra de cada uno de los que vienen a mí, pero no está en mi naturaleza engañar a las niñas por una sola noche, cuando puedo pagar sin mucha pérdida —dijosarcástico. —Además, no está en mí cumplir con ninguna obligación que se me imponga.

Annabel me miró con una mirada llena de desprecio. Sabía que recordaba el beso que le forcé. Había notado su reacción y me sorprenderá con la reacción de mi propio cuerpo. Si no me hubiera detenido, ciertamente lo habría poseído en el suelo o contra la pared, sin ninguna ceremonia. No estaba en mí ensuciar el honor de ninguna doncella, especialmente cuando se trataba de Annabel MacBride, hija de Roy MacGregor. No quería la mala sangre de un MacGregor maculando la casa de los MacCalister. Cuanto más lejos de Annabel me quedaba, mejor sería, pero no la dejaría morir a manos de ese sinvergüenza.

Morvan hizo otro movimiento repentino, hiriendo a Annabel y ella gritó.

—¡Morvan, te lo advierto! Si lastimas a Annabel, te mataré de la forma más cruel.

—¿Sabes lo que se siente al perder sangre? —susurró al oído de Annabel.

—No. —Annabel respondió con la voz embargada.

—Dile lo que se siente —dijo que me miraba. —Dime lo malo que es que te dejen morir lentamente. ¡Dilo!

Respiré profundamente dejando caer un gruñido.

—El cuerpo se duerme como si toda su fuerza se desvaneciera lentamente con cada gota desperdiciada. —Respondí cerrando los ojos. —Su piel se vuelve pálida, hasta que pierde el conocimiento y su corazón se detiene. Entonces morirás.

—Exactamente! —dijo sonriendo —la manera más sádica de hacer esto es atando a su víctima y haciendo varios recortes estratégicos, pero con respecto a su padre, puedo atarla de cabeza. Eso disminuiría considerablemente su sufrimiento.

Amenazó con volver a cortarle el cuello a Annabel y la desesperación se apoderó de mí.

—¡Para! —Pregunté con voz atormentada. —Dije que lo llevaría a juicio, pero mentí. Maté a Kaiser antes de que llegáramos a Dunhill.

—¿Cómo es eso?

—Le até los pies a un árbol y le hice cortes por todo el cuerpo. Me senté frente a él y vi cómo moría lentamente, día tras día.

Gruñó Morvan.

-- Encontré el cuerpo de Kaiser en el mismo estado en que lo había dejado. Ni siquiera un entierro decente, ese bastardo se lo dio a mi hermano —dijo con voz fría. —¿Ves eso? ¡No soy el único cobarde aquí! El Caballero Negro que tanto respetas, no es más que un sádico.

—¡No más que tú! —dijo Annabel con voz fría. —Tu hermano se merecía todo lo que Bruce hizo él y algo más. No habría actuado de otra manera.

—¿Qué es lo que has dicho? —Preguntó Morvan con voz enfadada.

—Sé lo que le hicieron a Cora en el borde de ese lado. —ella siguió hablando. —En el lugar de Bruce, en lugar de hacerlo sangrar, yo habría visto cómo se ahogaba desesperadamente, pero el capitán era mucho más creativo.

Morvan gruñó.

—¡Putá! —gritó levantando el puño con la intención de golpear a Annabel en el pecho, pero ella fue más rápida y, aprovechando la oportunidad, golpeó de cabeza contra la nariz de Morvan, que golpeó la pared. —¡Putá!

—¡Fuera! ¡Fuera! —Le he ordenado que se ponga en contra de Morvan. —¡Ahora!

Annabel agarró la mano de Abby y corrieron hacia la puerta. Morvan y yo empezamos una pelea. Había mejorado mucho sus ataques. Creo que te comprometiste después de la muerte de tu hermano. Solían pelear juntos. Kaiser siempre distrae a su oponente para que Morvan pueda apuñalarlo por la espalda. Morvan y su hermano tenían la reputación de ser los hombres más cobardes y crueles que Roy tenía. Sin embargo, yo era mucho más hábil y le saqué los golpes de su daga con mi espada.

El ruido del jarrón que se rompía contra la cabeza de Morvan y la ventana que se rompía tan pronto como se la tiraba, era el punto álgido de la pelea. Mirando desde arriba, concluyó que se había caído sobre un montón de heno, pero que estaba mareado y no podía levantarse. Cruzando la habitación con mi espada en la mano, salí corriendo de la posada. Dando la vuelta al edificio, encontré a Morvan de pie frente a la pila de heno y mirando a todos los lados. Ciertamente planeé cómo salir de allí.

—¿Vas a alguna parte? —Pregunté irónicamente. —¡Todavía no he terminado contigo!

La sangre fluyó de mi frente a causa de un corte y me froté la mano para evitar que cayera en

mi ojo. Morvan soltó una carcajada mientras respiraba profundamente.

—Sabes, matar a tu primo así fue quizás el trabajo más placentero que Roy ha hecho por mí. —se rió aún más fuerte.

Levantó la mirada para mirarme y se puso de pie.

—Escuché cuando Annabel dijo que usaba valeriana en su comida. Sé los efectos que está teniendo, y vi mi oportunidad.

Miré a Annabel, que se estaba acercando a Abby.

—No esperabas que dejara de drogarme, ¿verdad? —Disparé irónicamente. —¡Tan cobarde como tu hermano!

—¡Mala suerte, en realidad! —contestó sarcásticamente y escupió la sangre. —Hablas como un héroe, pero eres un monstruo. Un monstruo como yo.

—¡No soy como tú!

—¿En serio? ¿Qué es lo que te molesta cada noche? —que provocó. —Dime que no tienes pesadillas.

Cerré los ojos con fuerza. Morvan sabía que tenía pesadillas sobre el día de la muerte de Cora y por varias otras razones. Sabía que me atormentaba porque me arrepentía todos los días.

—¿Ves? —Susurró irónicamente. —Eres tan monstruo como yo. La diferencia es que no me arrepiento de nada.

—¡Hay algo de lo que nunca me arrepentiré!

Con un gruñido, levanté mi espada y avancé para darle a Morvan un golpe mortal, pero un grito desesperado me detuvo.

—¡Alto! Annabel gritó. —¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

—¡Ese hombre mató a Cora, Annabel! —dijo sin mirarla. —No se merece un segundo extra de vida.

El suspiro de sorpresa e indignación de la gente que estaba alrededor, fue al unísono. Del silencio comenzó a surgir el zumbido y pronto un coro de revuelta empezó a gritarme para que lo matara. Cora era muy querida por todos y tenía el hábito de visitar todos los pueblos que podía. Todos conocían su reputación de benevolencia y caridad. Cuando la noticia de su muerte corrió por los feudos y las aldeas de las Tierras Altas, hubo una conmoción de ningún tamaño. Muchos lloraron su partida durante días. Fueron semanas de luto, especialmente en Dunhill, donde Alec y yo nos estábamos recuperando porque casi perdemos la vida, y Alistair estaba consumido por el dolor de perder a su hermana.

—No! —Annabel gritó una vez más mirando a la gente que la rodeaba. —¡Tenemos leyes! ¡No somos bárbaros!

Ella se me acercó.

—Los soldados de Alistair, sus subordinados, deben llegar en cualquier momento, ahora que la nieve se ha disipado. Por muy malo que sea Morvan y a pesar de todas sus barbaridades, merece un juicio justo y debe ser llevado ante el rey.

—¡Ese hombre no merece un juicio! —Yo disparé. —¡Annabel, intentó matarla!

Annabel se detuvo a suspirar.

—¡Todo el mundo merece un juicio! —dijo ella tocando ligeramente mi puño. —Mata a este hombre y tendrás que vivir con esta culpa de nuevo. Salva su vida y salvarás tu alma con un acto de benevolencia. Cora aprobaría su actitud, pues no querría verle sufrir más.

—Ya vivo con la sangre de su hermano. Yo también podría salir con ese bastardo.

—Bruce, no te permitas seguir viviendo así.

—¿Y cómo vivo yo?

—¡Tormentoso!

Me quedé paralizado por tus palabras y tu voz de preocupación. Noté que sus palabras encerraban hasta a la gente que pedía su muerte. Giré la cabeza para mirar a Annabel. Había preocupación en sus ojos. Su expresión era suave y paciente. Algo me dijo que estaba dispuesta a quedarse allí toda la noche, hasta que me di por vencida y todos se fueron a sus casas. Recordé las palabras del viejo acertijo y miré la mano de Annabel sobre la mía. Fue entonces cuando me di cuenta de la suavidad del tacto. Calentó mi piel y se llevó mi cuerpo con alivio. Sin darme cuenta, bajé mi espada y asentí hacia ella.

—¿Alguien tiene una cuerda? —Pregunté, mirando a mi alrededor. —También necesitaré un lugar seguro donde pueda arrestarte hasta que lleguen mis soldados.

—Hay una trampilla debajo de la cocina, que servía como almacén —dijo el tío de Abby. — Lo usamos para almacenar comida en caso de un ataque a una aldea. Sólo hay una manera de salir y entrar. Una pequeña ventana enrejada sirve para hacer circular el aire. Creo que podemos arrestarlo allí.

—¡Ya está bien! —Respondí asentándome.

Usando una cuerda que el establo me había tirado, até las manos de Morvan. Lo agarré de los brazos y lo arrastré a la posada. Kai, el mozo de cuadra, abrió la trampilla y lo arrojé allí como a un gusano. Morvan se cayó de todos modos y gruñó de dolor.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Le susurré a Annabel tan pronto como estuvimos solos. —Tenías razón sobre Morvan. No me traería ninguna gloria matarlo.

—Hmm! ¡No oí bien! —dijo sonriendo de una manera perversa y golpeando su dedo índice contra su oreja. —¿Puedes repetir lo que dijiste?

—¡No presiones, MacBride! —Dije con voz seria. —¡No empujes!

Ella dejó salir una risa, pero luego hizo una cara. Me acerqué a ella y con las yemas de los dedos evalué la herida en su cuello y cabeza.

—Necesitas puntos de sutura —dijo al pasar su mano a través de la piel herida. El cuerpo de Annabel tembló y suspiró.

—Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien —dijo que contenía la respiración y cerraba los ojos. —No es nada que no pueda manejar.

—¡Estoy seguro de ello!

Se alejó un poco de mí y se retorció los dedos. Sabía que estaba asustada. Simplemente no sabía si era porque sabía que podía intentar besarla de nuevo o por lo que le dije sobre la muerte de Kaiser.

—¡No me tengas miedo, Annabel! —dijo tomando sus manos —lamento cada día el camino que he tomado. Créeme!

—¡Yo sí! ¿Por qué elegiste ese camino?

—¡Yo no lo elegí!

—¡Bueno! —me sonrió dándome un brazo. —Debemos limpiar esas heridas antes de que se infecten.

Me reí de la sutil manera en que ella cambió de tema. Annabel era una mujer increíble.

—¡Estoy de acuerdo!

Empezamos a subir las escaleras.

—¿Sabes qué? ¡Te lastimaste demasiado! —dijo ella irónicamente. —Me siento como la madre de un niño travieso.

—¡Ahora has herido mi ego! —dijo fingiendo ser ofensivo.

Nos reímos un poco.

—¡Gracias por salvarme la vida!

—¡Adelante!

Ese había sido el contacto más amistoso que habíamos tenido durante todo el tiempo que estuvimos juntos. Confieso que estaba disfrutando y rezando por más momentos de comprensión como ese. Estaba distraída cuando sentí que mi brazo pesaba y Annabel se hundía.

—¡Annabel! —Lo llamé golpeándole en la cara. Acaba de gemir.

Tomando a Annabel en mis brazos con facilidad, corrí hacia arriba. Le pedí a Abby que preparara todo para limpiar esa herida. Necesitaría un baño también, así que le pedí mucha agua caliente. Respirando hondo, puse a Annabel en la cama y sonreí, removiendo su cabello rubio que cubría uno de sus ojos. Aun sabiendo que Annabel había sufrido mucho durante su infancia, con todas las exigencias de Ravenna, la juzgué mal. Después de lo que había hecho esta noche, impidiéndome acumular un poco más de oscuridad y pecado en mi alma, tenía que darle las gracias. Miré la cara de Annabel y fruncí el ceño cuando volví a recordar el camino. ¿Annabel sería la mujer que libraría mi alma de la oscuridad? No estaba tan segura de eso, pero de todos modos, después de esa noche, pensé que Annabel merecía un poco más de mi respeto que el desprecio que le dirigí.

—¡Bueno! Me has cuidado todo el camino hasta aquí y te lo agradezco. —Susurré amorosamente en su pálida cara. —Ahora es mi turno de corresponder.

Capítulo 09

Annabel

Dos días después...

Abrí los ojos lentamente, dándome cuenta de que estaba en la habitación. Había tenido otra pesadilla el día que vi a Roy MacGregor atacando a mi hermana. Vivir con culpa por no poder conseguir que los guardias la ayudaran, me ha hecho tener pesadillas durante varios días desde entonces.

Respiré hondo y decidí olvidar el mal momento y me levanté de la cama. Un gancho en la frente me hizo ponerme la mano en la cabeza. Logos los recuerdos del ataque de Morvan vinieron a la mente. Tenía un vendaje en el brazo y me dolía el cuello. Sus palabras sobre ser un monstruo me dieron náuseas. Aunque estaba de acuerdo con Bruce y con un inmenso deseo de que pusiera fin a la infelicidad de Morvan, no podía permitir que se convirtiera en una persona aún más atormentada, como ya lo había visto. Salvar la vida de Morvan era algo que no tenía en mente, pero era mejor que él tuviera un juicio justo y Bruce, una conciencia limpia.

Mirando a mi alrededor, me di cuenta de que la habitación en la que estaba era muy diferente a la anterior. Además de tener una sola cama, también había una bañera. Miré al vestidor con varios artículos de limpieza y belleza. Todos estaban sellados. También había algunos vestidos sencillos, pero muy bonitos y de buen gusto, dispuestos en el pequeño armario.

—¡Qué hermoso! —Susurré mientras pasaba mi mano por un vestido amarillo claro con encaje. —Me pregunto qué pasó mientras dormía.

Oyendo ruidos del exterior, fui a la ventana. Me di cuenta de que estaba en el segundo piso y no en el tercero. Había un grupo de hombres que se turnaban para cortar la madera. Hacían pilas y madera, mientras que otros las llevaban a algún lugar fuera de mi vista. Había un movimiento inusual en el exterior. Mis ojos se cruzaron con un par de ojos azules oscuros que no me di cuenta de que me estaban mirando.

Bruce sonrió cuando se dio cuenta de mi asombro. Estaba sin la camisa que llevaba puesta. Había una banda alrededor de su cintura, que probablemente había sido cambiada limpiando la herida. El ancho pecho brillaba de sudor, probablemente por el esfuerzo, porque era uno de los que llevaba un hacha y se revelaba en el corte de la leña. Las cicatrices que llevaba en el pecho brillaban mientras el sudor fluía a través de su piel de color marrón claro. Lo había visto sin camisa antes, pero esa visión hizo que toda mi sangre se calentara y un rubor se apoderó de mi cara. Bruce también usó un par de botas y...

—¿Kilt? ¿Cómo consiguió una falda escocesa del clan MacCalister? —Susurré mientras

reconocía los colores del tartán que indicaban el clan de la familia de Alistair.

Eso fue muy extraño, porque la única ropa que tenía desde que llegamos era su ropa negra y la que le había prestado el primo de Abby. Tuve que estar de acuerdo en que se veía mucho mejor con las prendas tradicionales de nuestro país que con pantalones, ya que la mayoría de los hombres empezaron a adherirse. Al darme cuenta de que me encontraba frente a él durante demasiado tiempo y, lo que es peor, con la boca abierta, agité la cabeza y decidí concentrarme en mi baño.

Después de lavarme y rezar durante horas para que no fuera Bruce, el responsable de cambiarme el vestido por un suéter que no sabía de dónde había salido, bajé las escaleras. Pasando por el pasillo, deseé buenos días a todos los que me saludaron y me dirigí a la cocina. Me detuve abruptamente cuando entré por la puerta principal y vi a dos guardias. Estaban parados uno a cada lado de la parada.

—Han estado atrapados así durante mucho tiempo y no importa lo que digamos, no salen para nada —dijo Abby asustándose. —Lo he intentado todo, pero ni siquiera se mueven.

—Son los guardias de Alistair y sirven a Bruce. No se moverán a menos que él se lo diga. — Respondí sin quitar los ojos de la puerta. —¿Cuándo llegaste aquí?

—¡Dos días! —ella respondió poniendo sus manos sobre su cintura. —Hay más ahí fuera. Están haciendo la seguridad del pueblo.

—¿Dos días? ¿Como dos días? —dijo frunciendo el ceño. —Morvan me lastimó anoche, ¿no?

—¡No! Has dormido durante dos días. —Abby se rió. —Bruce ha estado cuidando de ti desde que perdiste el conocimiento. Nunca he visto a nadie más dedicado, excepto cuando se trata de cambiarse de ropa. Yo fui el responsable de eso.

—¡Oh, gracias a Dios! —Respiré profundamente de alivio y puse mis manos sobre mi pecho. Abby se rió.

—Ven, te serviré el café, amigo mío —dijoy me llevó a la mesa principal. —Todos han comido, pero tengo todo listo para ti. Órdenes expresas.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de quién? —Pregunté confundido.

—¡Mío! —Bruce respondió de pie en el umbral de la puerta que dividía las habitaciones. —¿Puedes traer algo para mí también? ¡Me muero de hambre!

preguntó Bruce y Abby asintió en consecuencia. Lo miré fijamente rezando para que se vistiera y para mi alivio, había puesto una camisa debajo de la tartana. Para mi sorpresa, una camisa blanca.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó.

—No, en absoluto? —Respondí con una sonrisa forzada, disfrazando mi nerviosismo.

Bruce me llevó a la mesa, donde se sentó justo después de que me acomodara en una de las sillas. Dos guardias estaban en la puerta, donde permanecieron en silencio.

—¿Qué está pasando? —pregunté frunciendo el ceño. —¿Qué me he perdido?

—Se desmayó justo después del arresto de Morvan como resultado de sus heridas. Le pedí a Abby que me ayudara a limpiar la herida. —Abby apareció con algunas cosas y las puso sobre la mesa. Ella le sonrió y luego se fue. —Me ayudó mucho en unos momentos.

Bruce me miró de arriba abajo con una sonrisa cínica y volteé los ojos. Agarró una rebanada de pan que devoraba rápidamente y luego cortó otra. Bruce comió vorazmente y con gran satisfacción. Parecía un niño frente a una mesa de dulces.

—Come despacio o acabarás con un síncope. —Dije con voz de asombro. —Parece como si nunca hubieras visto comida.

—Es porque tú no lo hiciste. —se burló, terminando de devorar la rebanada de pan y cortando otra.

—¡No puedo hablar contigo! —dijo de pie. —Creo que te gusta hacerme enojar.

Bruce me tomó de la mano cuando tiré la servilleta y me levanté, amenazando con dejar la mesa.

—¡Quédate! —preguntó. —Estaba bromeando cuando hablé de tus habilidades culinarias. Quédate porque necesitas comer. Déjame retirarme.

Respiré profundamente. Tenía mucha hambre.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Me quedaré si tú te quedas.

Bruce asintió y se sentó de nuevo. Tomó la rebanada que había cortado y comenzó a probarla. Sacudiendo la cabeza, agarré una manzana y empecé a cortarla. Abby apareció con una tetera y la dejó en la mesa.

—¿Ordenaste el cambio de habitación también? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí. No podía dejar que se quedara en una habitación toda sucia y desordenada. —respondió levantando la cabeza. —Además, no quería que siguieras reviviendo esos eventos. Ahora que mis hombres están aquí, me siento segura en la posada. He decidido usar mis poderes para darte algo de consuelo.

Fruncí el ceño otra vez.

—¿Cuándo empezaste a preocuparte por mí? —Pregunté con voz confusa. —Sí, porque hasta hace unos días, me odiabas e incluso tenías la intención de matarme. ¿Recuerdas tu reacción a la valeriana? Incluso me llamó bruja.

Bruce hizo una cara.

—¡Bueno! Puede que no lo parezca, pero soy una buena persona cuando quiero serlo. —Bruce respiró hondo y dejó de comer. —Además, me salvaste la vida dos veces, lo que me deja con una deuda enorme.

—¡Tres! —Lo corregí levantando tres dedos delante de él. Bruce puso los ojos en blanco.

—Muy bien, ¡tres veces entonces! —estuvo de acuerdo asintiendo con la cabeza como si fuera a desaprobar, pero luego sonrió.

—Gracias!

—No para eso, ¡pero ahora come!

De acuerdo con él, me quedé en silencio mientras comía. Tomé la tetera y llené la taza con té. Bruce volvió a comer con la misma satisfacción. Se le necesitaba incluso cuando era el momento de cortar un trozo de pastel. Cuando tomé el té, reconocí el sabor.

—¿Qué está pasando? —me preguntó viendo mi cara por sorpresa.

—Ese té...

—¿Qué está pasando? Es té de arándanos. —él disparó. —Dígale que no está mal, porque le costó mucho trabajo encontrar una morera para hacer el té.

—¿Lo recogiste?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¿Por qué es eso?

—¡Porque es tu favorito!

—¿Cómo sabes eso?

—Chico, haces muchas preguntas, ¿sabes? —se rió, agitando la cabeza de un lado a otro. —Aideen dijo que era su té favorito y siempre lo compartiste. No tenías que ser un genio para saber que también te gustaba el té.

Sorpresa, estaba mirando a Bruce. No había moreras cerca. Debe haber cabalgado durante horas para conseguir una morera.

—Gracias, por su amabilidad! —Susurré agarrando la taza y sorbiendo un poco más del líquido.

—Como dije, podría ser amable de vez en cuando. —me sonrió y siguió comiendo.

Estuvimos en silencio por unos momentos, pero necesitaba saber algo. Todavía me intrigaban los vestidos y las cosas que encontré en la habitación.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Has hecho tantas, que una menos uno no hará ninguna diferencia.

—¿Los vestidos también fueron idea tuya?

—Sí. —Respondió sin soltar otra rebanada de pan. —Hay una pequeña tienda en este pueblo y tengo algunas partes. Pensé que te sentirías más cómodo con algunos objetos femeninos también. Abby me ayudó a elegirlos y organizarlos, pero creo que es por poco tiempo.

—Sí, supongo que sí. —Respiré profundamente, porque echaría de menos a Abby tan pronto como me fuera. —Creo que quiere irse lo antes posible, ahora que los soldados están aquí. Después de todo, tienes que escoltar a un prisionero.

—¡Tu error! —dijo que se está poniendo serio. —Mi compromiso es contigo. Le prometí que la llevaría a salvo, y lo haré. Así que envíe a Morvan al frente con la otra parte de los guardias.

Lo miré con asombro y suspiré.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¿Cuándo nos vamos?

—Si no te importa, mañana por la mañana. —responde. —Les prometí que nos quedaríamos para una fiesta. Incluso estoy ayudando a cortar la leña para el fuego.

—Sí, lo vi desde la ventana —dijolevantando la ceja. —No sabía que tenías esa habilidad. Siempre pensé que lo hacían por ti.

—Ahora eres tú quien me está juzgando. —lo despidió con desdén y cruzó los brazos hacia atrás. —No crecí para ser un niño mimado, y tampoco mis primos. Mi tío nos enseñó a cortar la madera, tal como su padre lo había hecho a él y a mi padre cuando eran niños.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —Lo dije casi en un susurro y bajé la cabeza. —No quise ofenderte.

Bruce estiró el brazo y con la punta del dedo índice me hizo levantar la barbilla.

—No te ofendas! —Dijo en voz baja. —Nunca mires para otro lado cuando me hables. Eres el único al que se le permite hacer eso.

Tomó su mano y suspiró al pasar sus dedos entre las hebras de su pelo negro.

—Si lo desea, podemos irnos hoy.

—No. Abby me había hablado de esta fiesta. Será muy agradable quedarse y participar.

Bruce hizo una cara que llevó su mano a la herida en su abdomen.

—Hablando de ayudar, ¿realmente crees que estás en posición de hacer tal esfuerzo? Esa lucha contra Morvan es suficiente, y ni siquiera sé cómo no terminó con puntos abiertos.

—Muchas gracias por su preocupación, pero estoy bien. —...respondió honestamente. — Duele un poco. A veces me molesta, pero puedo decirte que estoy bien.

—¡Bueno! Si usted lo dice...

Estuvimos en silencio unos momentos más. De repente me encontré observando la forma en que Bruce comía. Era muy educado, diferente de muchos hombres de los clanes, que tenían el hábito de comer como ogros y solo necesitaban usar sus pies para eso. Bruce era metódico, organizado incluso a la hora de poner comida en el plato o simplemente pasar mantequilla en una

rebanada de pan. Comía con tanta satisfacción que era imposible no quedar impresionado.

—¿Por qué me miras tan fijamente? —preguntó, asustándose.

—Nada! La forma en que come, con tanta satisfacción... —Respondí sonriendo. —Hasta el día de hoy sólo he visto a los niños comer así.

—¿Quieres decir que soy un niño?

—¡No! ¡Lejos de eso! —Me tomé un descanso. —Siempre he seguido varios banquetes ofrecidos por mi madre y la forma en que los hombres comen me ha enfermado. Incluso mi padre.

Una punzada de tristeza con palabras muriendo en mi boca. Loch podría ser como una mascota de mi madre, pero era el único padre que conocía de verdad. Bajando la mirada, respiré hondo tratando de contener las lágrimas. Bruce se levantó de la silla y vino hacia mí con sólo dos pasos. Se agachó a un lado de mi silla y me cogió las manos.

—Escucha, normalmente no hago eso, ¡pero lo siento! De verdad! De verdad! —dijo enfatizando cada pausa. —Al principio la juzgué mal, porque no me gustaba mucho su descaro. Sus actitudes nobles y dedicadas me hicieron cambiar de opinión.

—¿Estás diciendo que te gusta mi manera descarada ahora? —pregunté arqueando la ceja.

—No exactamente, pero confieso que a veces pienso en lo divertida que es la situación y termino sin importarme. —sonrió.

—¿Diversión? Lo siento, Su Excelencia, pero no hubo nada divertido en ese beso. —Disparé de pie tan abruptamente, que terminé tirando a Bruce al suelo. —Lo siento, pero para un señor, eres terrible con las palabras, especialmente cuando tratas de disculparte.

Bruce gruñó cuando pasé junto a él golpeando sus pies. Dejé de cabrearme cuando lo oí reírse. Me volví enojado y puse las manos en la cintura.

—¿Puedo preguntar de qué te ríes? —Pregunté con rabia. —Por casualidad, además de ser un hablador, ¿también soy un bufón de la corte?

Bruce se levantó riendo y comenzó a quitar el polvo del suelo que se había adherido a su ropa.

—No es eso! —dijo. —¿Te has dado cuenta de que todas nuestras conversaciones civilizadas siempre terminan en una discusión sin razón alguna?

Miré fijamente su graciosa expresión y suavicé su rostro. Bruce tenía razón sobre esa observación. Siempre terminábamos discutiendo por alguna tonta razón. Pronto mi sonrisa se convirtió en una risa divertida como la suya. Ambos nos reímos unos segundos, hasta que Bruce se me acercó.

—Escucha, lo siento, soy un idiota y no puedo disculparme. —suspiró. —Cuando evitaste que matara a Morvan, me di cuenta de lo equivocado que estaba al juzgar su manera impulsiva cuando, de hecho, actuó de la misma manera. Si no fuera por ti, habría satisfecho a la masa y a mi ego con esa acción.

—Más aún, tu ego es un enorme pozo sin fondo. —Debatí, pero luego sonreí. —Lo siento si digo lo que pienso. Era la única manera de que mi madre se concentrara en mí y dejara a Aideen en paz.

Bruce suspiró y me miró fijamente durante unos segundos.

—Mira, sé lo triste que es tu historia, y no creo que quieras recordarlo ahora.

—¡En absoluto!

—¡Oh, genial! ¿Por qué no te unes a nosotros y nos ayudas a organizar la fiesta? Creo que a Abby le gustaría algo de ayuda en la cocina.

Sonríele sacudiendo la cabeza.

—Confiesa que te gustó mi comida.

—¡Bueno! Para una doncella traviesa, hasta que no cocine tan mal.

Me reí y lo besé impulsivamente en la mejilla.

—Gracias! Eso es todo lo que quería oír.

Bruce levantó las cejas y agitó la cabeza. Me di la vuelta y luego me dirigí a la cocina. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Bruce me llamó.

—¿Annabel?

—Oh, ¿sí?

—Siento lo de la noche que te besé y todas esas cosas horribles que dije. —se detuvo con una mirada seria. —Fui cruel e insensible.

Respiré profundamente sobre mis hombros.

—¡Está bien! ¡Está bien! Creo que me merecía tu ira. No deberías haber puesto valeriana en tu comida sin tu consentimiento. Podría haberlo envenenado si tuviera alguna alergia a la planta.

Bruce mantuvo su mirada tan fija en la mía que casi me hipnotizó.

—¡No lo entiendes! —Dijo con voz oscura. —Dije que lo siento por todo lo que dije sobre lo malo, pero no por besarla.

Me quedé allí mirando el lugar vacío que había dejado cuando salió de la habitación. No podía creer las palabras de Bruce y no sabía qué pensar. De repente, una sensación de euforia se apoderó de mí. No queriendo pensar en ello, decidí ir a la cocina y ocuparme.

Capítulo 10

Bruce

Sentado en uno de los bancos del balcón de la posada, observé la alegría de la gente durante un baile alrededor de la fogata. Algunos bailaban a la puerta de la taberna, disfrutando de la música que venía de fuera y se mezclaba con la que venía de dentro. Todo estaba preparado al aire libre en el centro del pueblo y justo enfrente de la posada. Había un grupo que tocaba las canciones típicas escocesas de una manera muy animada. Me llevé la taza a la boca para beber un sorbo de la cerveza que le había ganado al dueño de la taberna. Él había conocido a mi padre cuando yo era muy joven y dijo que me reconoció tan pronto como entré en la aldea. Dijo que estaba sorprendido por mi llegada e intentó suavizar los comentarios de algunas personas que no confiaban en el Caballero Negro. Los ojos de algunos habitantes seguían siendo hostiles, sospechosos o llenos de miedo. Ya me había acostumbrado a esas miradas, ya que había creado ese personaje feroz y despiadado para los campos de batalla, pero nunca pensé que él tendría una reputación entre los aldeanos y que ella sería tan mala. Siendo el guerrero que era, no me importaban esos detalles. Hasta ahora!

Había pasado todo el día ayudando en lo que podía y sintiéndome útil de una manera reconfortante. No he visto una fiesta así en meses, porque para un jefe de guardia comprometido en una pelea, no le quedaba mucho tiempo para divertirse. Excepto en burdeles o tabernas donde podía beber en compañía de chicas hermosas. Hace mucho tiempo mi mente estaba ocupada con estrategias de batalla y venganza. Todo el clan MacCalister quería la cabeza de Roy más que toda la gente que habitaba las tierras altas y algunos aliados. Había razones obvias para tanto odio y crecí en medio de él. Así que estar entre gente tan alegre y ajena era reconfortante y extraño. Mirando a su alrededor, no parecía que hubiera tropas sitiadas alrededor de Edimburgo, ideando estrategias para entrar en la fortaleza. También había pequeñas tropas asediadas a lo largo de la frontera, teniendo cuidado de que ningún traidor atacara a Dunhill y tratara de matar a Aideen. Todo, en ese momento, inspiraba o respiraba paz y alegría. Una paz que hacía tiempo que había olvidado o renegado.

Levanté la jarra de cerveza en otro brindis colectivo con los cantantes. Mi mirada atravesó la multitud deteniéndose en dirección a una hermosa rubia. Me la devolvió y se preparaba para disparar una flecha a un blanco. El vestido de colores suaves no ocultaba sus curvas y su postura perfecta mostraba que sabía lo que hacía. El cabello plateado estaba atorado en una larga y gruesa trenza que llegaba hasta su delgada cintura. No necesitaba mucho para saber que era Annabel. Inspiró delicadeza y salvajismo al mismo tiempo, así que recordé la mañana en que nos conocimos. Cuando me subí al caballo, no tenía idea de que ese ángel había premeditado y ayudado a escapar a Aideen. Pronto descubrí que detrás de esos hermosos ojos brillantes, había un demonio escondido y que me había estado atormentando desde el momento en que puse mis

ojos en Annabel.

Contuve la respiración cuando un tipo salió de la taberna y caminó hacia ella. Seguí con la mirada y me levanté lentamente. Había algo en su mirada que no me dejaba satisfecho ni cómodo, así que, dejando la taza a un lado, bajé las escaleras sin quitarle los ojos de encima al hombre y caminé hacia Annabel. Se detuvo a tus espaldas y te dijo algo en la oreja. Esto fue suficiente para que ella perdiera la concentración y sus manos se resbalaron causando la caída del arco. La cuerda se soltó en el momento equivocado al golpear la mano que la sostenía, sin que ésta esperara. Annabel gritó de dolor y dejó caer su arco al suelo. El hombre se rió mientras ella sostenía el puño. Sabía lo doloroso que era ese golpe, porque a menudo soltaba la cuerda en el momento equivocado cuando empecé a aprender a usar el arma.

—¡Déjame ver! —...te pedí que le tomaras la mano con delicadeza. —Vamos a necesitar agua fría.

—¡No! ¡No toques! —me suplicó, encogiéndose de hombros e intentando sacarla, pero yo la sostenía firmemente de la muñeca. —¡Me duele mucho!

Había una línea roja que marcaba la base de su mano y su pulgar. Annabel lloró por el dolor que sentía.

—¿Estás bien? preguntó el hombre cuando te vio empezar a llorar.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué hiciste lo que hiciste? —...me retorcí empujando al hombre... —¿No viste que lastimaste a Annabel?

—Lo siento, no quise hacerte daño. —se tomó un descanso antes de mirar a Annabel. No había compasión ni preocupación en su mirada. Escenificó una disculpa por haber sido observado por varias personas. —Sólo era una broma. No esperaba que fallara el objetivo real,

—¿Una broma? —Gruñí con enojo y cerré el puño preparando un puñetazo. —Esto no es una broma para una dama, ¡bastardo inútil!

El puñetazo le dio tan fuerte en la nariz que tiró al hombre al suelo. Nunca medí mi fuerza cuando estaba enojado y le pegué tan fuerte que se desmayó. La sangre empezó a fluir por su cara.

—¡Jesús! —Annabel exclamó asustada.

La miré y luego a la gente que me rodeaba. Todos me miraban asustados. Al darse cuenta de la incomodidad de la situación y deseando que las festividades continuaran, los músicos tocaron de nuevo y todos se dispersaron. Algunos amigos del hombre lo sacaron y lo arrastraron a la taberna. Respirando hondo, me volví hacia Annabel, que estaba sujetando su muñeca.

—¡Perdona mi mal genio! Lo vi de lejos cuando se acercó a ti y la distrajo con algo que dijo. —Dije con una voz llena de pena. —Tal vez hizo una apuesta con sus amigos para que se perdiera un partido que ni siquiera jugaban, sólo por diversión estúpida.

—¡Está bien! ¡Está bien! De todos modos, gracias por venir a rescatarme. —suspiró cuando tomé su mano para observar mejor la herida. —No fue realmente el susto lo que me sorprendió, pero las palabras que dijo hicieron que se me revuelva el estómago.

Caminé con ella hasta el banco donde había estado sentada.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo agradeciendo a la mujer que había traído un paño blanco limpio y una palangana de agua. —Me lo imagino, pero, ¿cuáles fueron sus palabras exactamente?

Ella suspiró y luego puso los ojos en blanco y puso una cara asquerosa.

—Dijo que tenía una flecha mucho mejor entre las piernas y que la diversión valdría mucho más.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡Qué maldito bastardo! —...me he excitado poniéndome de pie. —Voy a ir allí para terminar lo que empecé y matarlo de una vez por todas para que no repita un

acto así contra otra dama.

—¡No! —Me disparó sosteniendo mi brazo y luego me hizo una cara de dolor. —Recibió lo que se merecía y apuesto a que no quiere volver a hacerlo.

Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Susurré.

Entonces me arrodillé de nuevo delante de ella para seguir vendándole la mano. Annabel se ahogó cuando el frío tocó su piel. Aunque llevaba un vestido de manga larga, noté que su piel se deslizaba en el momento en que la toqué, a través del escote cuadrado, que dejaba parte de su hombro y su cuello al descubierto. Sonreí internamente y traté de concentrarme en lo que estaba haciendo. Se recostó en la pared de madera y me miró. Cruzando el otro brazo justo debajo del busto, Annabel se quedó en silencio durante unos momentos. Algo la llamó la atención y se rompió el silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacer tantas como quieras. —Le respondí de una manera irónica. —Responderé a las que sean relevantes.

Annabel puso los ojos en blanco, pero no dejó de hacer la pregunta.

—¿Cuántas cicatrices tienes? —Fruncí el ceño con sorpresa. —¿Puedes hablar de ellos?

Sonríe a la pregunta, un poco demasiado curioso. A nadie le han interesado mis cicatrices.

—¡Bueno! En realidad, nunca he contado, así que no tengo idea de cuántos tengo.

—¿Son todos de batalla?

—Con una excepción, las otras fueron adquiridas en campos de batalla o en duelos.

—¿Cuál no lo era?

—¿Por qué la pregunta?

—Porque, excepto por mi hermana, nunca he visto a un hombre llevar tantas marcas en su cuerpo.

—¿Tantos? —Pregunté con una sonrisa desenfrenada y levanté la cabeza para enfrentarlo. —¿Viste a cada uno de ellos?

Annabel se sonrojó y pronto me di cuenta de que entendía la pregunta.

—Yo... ¡Huh! —tosió ahogándose y tartamudeó tratando de responder.

Dejé salir una risa sacudiendo la cabeza. Estaba disfrutando viéndola sonrojarse y ruborizarse. Ahora sabía cómo se sentía la gente escuchando sus tonterías. Respiré profundamente antes de empezar a hablar. Te meterías en un asunto delicado por mí.

—La cicatriz en mi hombro izquierdo. —Respondí tirando la tela y tomando la otra para enrollar su mano. —Cora quería aprender a cazar y como no sabía usar el arco derecho, terminé golpeándome con una flecha.

Me tomé un descanso sonriendo.

—Estaba desesperada cuando me vio sangrar y fue muy doloroso. Al principio quise matarla, pero terminamos riéndonos de la situación después de que todo pasó. La forma en que pudo calmarnos fue extraordinaria. Era difícil no perdonar tus travesuras o tus tonterías.

—Amabas a Cora, ¿verdad? —preguntó ella.

Respiré profundamente de tristeza y asentí con la cabeza. Era difícil hablar de mi primo y lo evité tanto como pude.

—Tanto que nunca pensé que podría volver a amar.

Sonrió como si entendiera adónde quería llegar.

—Estaba enamorado de ella. —Annabel concluyó. —He oído muchas historias similares. Eso

suenan muy romántico.

—Sí. Puedes imaginarte que, ver a dos hombres violar y luego degollarte, no fue algo muy agradable. —Yo contesté. —aunque no fuera por Cora, habría sentido el odio de la misma manera. Eran animales y nunca podrían ser tratados como hombres.

—Pero aún así merecen un juicio justo. —ella disparó.

Annabel bajó la cabeza y cerró los ojos por unos segundos.

—Escucha, no quise parecer insensible cuando te pedí que no mataras a Morvan. —se detuvo como si buscara algo en su memoria y su mirada se puso triste. —Sé muy bien cómo es la sensación de impotencia que ha mencionado.

Respiré hondo y con el dedo índice levanté su cara para que me mirara.

—¡No fue tu culpa! —Hice hincapié en ello. —Fue Ravena quien retiró al guardia y detuvo el rescate. Hiciste lo que creíste correcto y necesario para salvar a tu hermana.

—¡No lo entiendes! —Dijo con voz amarga. —Yo fui el que ayudó a Aideen a salir del castillo. Le enseñé los pasajes y cómo volvería. Si no lo hubiera hecho, nunca la habría atacado.

—Roy lo haría con o sin ayuda. En realidad, lo intentó otras veces con la ayuda de Ravenna. —Yo contesté. —Conozco a ese sinvergüenza y unido a una mujer como Ravena, se ha vuelto aún más peligroso.

Me sentí como un tonto cuando traté de consolar a alguien que tenía la misma sensación de culpa en su pecho que yo. No pude convencerme de que la muerte de Cora no fue culpa mía ni de mi incompetencia para protegerla, ni de Alec. ¿Cómo convencer a una chica de que se deshaga de la misma sensación?

Annabel suspiró, lloriqueando después de eso.

—Gracias! —susurró intentando sonreír. —Deberías escucharte más a ti mismo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Dije confundido. —No lo entiendo. No lo entiendo.

—Cora no murió por tu culpa ni por la de ninguno de tus primos —dijoen voz baja. —No creo que ella quiera que te martirices por ello, como sé, que Aideen odia verme sufrir por razones similares.

—No existes, ¿lo sabes?

Annabel dejó salir una risa y, olfateando, secó sus lágrimas con el dorso de sus manos.

—¡Oye, ven aquí!

Tiré suavemente de Annabel hacia mi pecho. Se arrodilló en el suelo y aceptó el abrazo anidando, sin reticencias. Pasé mis brazos alrededor de ella y acaricié su cabello. Lo balancearía de un lado a otro como un nido de niños asustados. Solía hacer eso con Cora durante las tormentas. Le tenía mucho miedo a los relámpagos y esto duró hasta los dieciséis años, cuando se sintió demasiado adulta para protegerse en los brazos de su primo o hermanos. Fue a partir de ese momento cuando empecé a perderla.

Annabel se alejó de mí y, respirando hondo, sonrió aparentemente con más calma. Se quedó mirándome fijamente durante unos segundos. Sus ojos claros brillaban con más intensidad aún. Annabel era muy hermosa, por dentro y por fuera. Ya sea en un momento de tormenta o en su frágil forma, podía encantar de la manera más sorprendente posible. Sin pensar levanté la mano y con el pulgar, traze el camino de las lágrimas hasta sus labios carnosos. Annabel cerró los ojos y jadeó con mi toque.

—Como dije, no me arrepiento de haberla besado. —Susurré. —No puedo negar que estoy deseando que llegue otro momento como ese.

Contuvo la respiración mordiéndose el labio inferior. Poco a poco me acerqué a él y comencé

a extender suaves besos en su delicada cara, hasta que llegué a sus labios y besé la esquina derecha. Ella contuvo la respiración cuando mis labios tomaron los tuyos en un beso lento. Quería probarlo y provocar tus instintos. Annabel soltó mi muñeca y llevó sus manos a mi cabello presionando su cuerpo contra el mío. Puse mi mano en su espalda y la acerqué aún más. Soltando su cara, tomé la otra mano y la sostuve con fuerza, antes de poner mi lengua en su boca y profundizar el beso. Escuchar el gemido de Annabel contra mis labios me trajo una emoción que se extendió por todo mi cuerpo. Llevé mis manos alrededor de su cuello y devoré sus labios como si tuviera hambre. Sentí que Annabel se rendía más y más a mí. Su cuerpo exudaba lujuria, no muy diferente al mío. Levantándome sin dejar de besarla, tomé a Annabel en mis brazos con facilidad y destreza. Entrando en la posada, fui con ella a su habitación. No podía pensar y ella no me detuvo cuando la llevé a la cama y empezó a aflojar los hilos que tensaban su vestido. Besé su regazo y sentí como ella contenía la respiración mientras bajaba la parte superior, dejando el espectáculo lleno y voluminoso de pechos. Uno por uno, los besé, chupando lentamente y frotándoles los pezones. Annabel gimió arqueando el cuerpo y me apretó el cuello. De rodillas, me quité la camisa y le solté los brazos del vestido. Saltaré sobre ella de nuevo para besarla y Annabel aprovechó la oportunidad para tocar la piel de mi pecho. Jadeo ante tu tímido pero suave tacto. Ella sonrió alrededor de algunas de las cicatrices en mis brazos y tembló cuando mi barba tocó el contorno de su cuello. Rápido, terminé de quitarte el vestido, los calcetines y tu combinación.

—¡Linda! —Susurré con lujuria cuando la vi desnuda.

De pie entre sus piernas, besé su regazo, sus pechos, su estómago y me quedé en su ombligo. Sostuve la delgada cintura a ambos lados mientras atormentaba la pequeña cavidad con la lengua. Se retorció doblando su cuerpo y haciéndome más fácil acariciarla. Subí de nuevo para besarla. Toqué suavemente su vientre y vi a Annabel retorcerse cuando alcancé el pequeño brote entre sus piernas. Asustada, intentó cerrar las piernas, pero yo la tranquilicé besándola de nuevo. Comencé una caricia en círculos, de una manera suave, y aumenté la velocidad de mi tacto, hasta que oí a Annabel gemir aún más fuerte. Sonríe con satisfacción cuando me agarró los hombros con fuerza. Penetré mi dedo índice en su vagina, haciendo que Annabel gritara entre mis labios. Comencé un lento movimiento de ida y vuelta y poco a poco fui acelerando a medida que sentía que se estaba relajando. Después de un tiempo de provocación, inserté un segundo dedo y lo guardé rápidamente. Se movía al mismo ritmo.

—¡Bruce! —Susurró entre gemidos y sibilancias.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —Dije sonriendo cuando me di cuenta de que pronto se burlaría de mí.

Annabel se retorció y con un grito llegó al clímax. Se cayó en la cama con el cuerpo exhausto, pero yo quería más. Quitándole los dedos, me levanté y me desabroché los pantalones. Annabel miró a mi miembro de una manera asustada y yo sonreí ante su reacción. Arrodillándome a su lado, la besé de nuevo y acaricié su clítoris de nuevo. Pronto Annabel gimió, mostrando que estaba lista para mí otra vez. Lentamente, penetré tu vagina con mi miembro. Ella jadeó cuando sintió que estaba empezando a estirarse. Le besé la mejilla, susurrándole al oído para que se relajara. Ella me clavó las uñas en los brazos y yo solté un gruñido poniendo su cara alrededor de su cuello. Me quedé quieto por unos momentos hasta que me di cuenta de que el dolor había desaparecido. Nunca he desflorado a una virgen antes, y para mí, eso fue lo máximo. Tuve que controlarme para no burlarme antes que ella y arruinar el momento. Annabel estaba apretada y sentí que las paredes de su vagina se contraían alrededor de mi extremidad. Ella jadeó cuando empecé a almacenar lentamente. Annabel se relajó aún más y yo me quejé cuando empezó a seguir mi ritmo. Estaba siendo más cauteloso de lo normal. Mi mente estaba nublada por el sonido de los

susurros y gemidos de Annabel en mi oído. Ella agarró mis nalgas pidiendo más y yo le contesté. Empecé a aprovisionarme más rápido y Annabel echó la cabeza hacia atrás. Tuve que aspirar la piel sensible de su cuello y subirle las piernas, dándome un poco más de acceso y permitiendo un almacenamiento más profundo. Nuestros cuerpos comenzaron una danza frenética del mismo ritmo. Fue entonces cuando sentí que Annabel llegaría a su clímax, cuando aceleré sus movimientos. Gritó, cayendo con la cabeza en el colchón. Me burlé de ella de inmediato, dejando caer mi peso sobre ella. Jadeando, puse mi cabeza contra su hombro y Annabel me abrazó. Nos quedamos así durante un tiempo, hasta que la realidad cayó sobre mí.

—¿Qué hice? dije en un susurro y me puse de rodillas.

De pie, me alejé de la cama y me puse los pantalones. Annabel me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando? —preguntó de una manera confusa.

—¡Oh, mierda! ¡Realmente eres una bruja! —Chillé golpeando el tocador detrás de mí. —Soy un hombre de guerra. No nací para asumir la responsabilidad de un matrimonio o criar una familia. ¡Eso nunca debería haber pasado!

En el momento en que dije esas palabras, me arrepentí amargamente cuando noté la conmoción en los ojos de Annabel. Contuvo la respiración, tragó sus lágrimas y tiró de la colcha sobre su cuerpo desnudo.

—Annabel, yo...

—¡Si yo soy una bruja, tú eres un demonio! —Dijo fríamente. —¡Por favor, salgan!

El miedo se apoderó de mí cuando me di cuenta de que había culpado a Annabel por un acto deliberadamente mutuo. Sabía que nunca podría compensar mi error ni obtener su perdón por mis acciones. El dolor y la tristeza en sus ojos lo dejaron muy claro. Aún así, lo intenté.

—Annabel, perdóname por mi ruptura —dijo que se acercara a mí. —Mis palabras fueron crueles y...

—¡Te dije que te fueras! —Dijo fríamente. —¡Vete y déjame en paz!

La voz fría y dolorosa atravesó mi corazón. Se me cayeron los hombros cuando me di cuenta de que, por un impulso estúpido, había perdido, quizás, a la única mujer que me hacía querer más. Respirando hondo, intenté acercarme, pero ya era tarde.

—¡Fuera de aquí! —gritó ella. —¡Ahora!

Sin saber qué hacer, tomé mi camisa y mis botas y salí de la habitación de inmediato. Me apoyé en la puerta después de golpearla y cerré los ojos. Tuve un gruñido cuando escuché los sollozos de Annabel, que había empezado a llorar. Con el pecho tomado por la ira y el remordimiento, me puse la camisa y me dirigí a la posada. Decidí beber para tratar de olvidar. Quizá pueda hablar con ella a la mañana siguiente.

Capítulo 11

Annabel

Respirando hondo para contener mis lágrimas, abracé a Abigail en un gesto de despedida. Parecía que no nos volveríamos a ver. De hecho, podía verla cuando quería, ya que Dunhill estaba a pocas horas de ese pueblo.

—¿Dónde está mi caballo? —Pregunté en cuanto salí de la posada.

Bruce estaba preparando los animales, y además de su caballo, sólo había los caballos de guardia, que no eran pocos. Se había vuelto a poner su ropa negra y eso incluía una capa con capucha. Tuve que torcerme el brazo cuando estuve de acuerdo conmigo mismo en que Bruce se veía mucho mejor vestido con esas túnicas negras. El color coincidía con su grueso cabello que tenía el mismo tono. Por la forma en que estaban arruinados, le dieron una apariencia salvaje.

Los recuerdos de la noche anterior trajeron calor a todo mi cuerpo. Decidí ignorarlos respirando profundamente. Me sentí como un tonto al entregarme a Bruce. No imaginé que mi primera noche con un hombre pudiera ser tan mágica y perfecta, hasta que Bruce me acusó de haberle seducido. Era como si me hubiera poseído en contra de mi voluntad. Después de que saliera de la habitación, me desmayé en lágrimas y lloré toda la noche. Cuando amaneció, decidí que no le daría el gusto de saber lo herida y dolida que estaba. Odiarlo de nuevo era un camino mucho mejor y menos doloroso. La indiferencia lo mataría, pero ciertamente lo haría lamentar lo que me hizo a mí.

—Hemos venido juntos, ¡así que volveremos juntos!

La voz autoritaria de Bruce había regresado. Ese tono arrogante y decidido me causó más ira. Sabía cómo provocarme y cabrearme.

—¡Prefiero morir antes que tener que compartir la silla de montar contigo! —dijo entre dientes.

Volviendo a la posada, me senté en el escalón y me crucé de brazos.

—Annabel, por favor, sé que estás enfadada conmigo, pero no tenemos mucho tiempo —dijo pasando las manos por encima de su cara. —No hay muchos caballos disponibles. ¿Podrías venir aquí y montar el caballo para que podamos irnos?

—¡Entonces iré con uno de los caballeros! —Yo disparé.

Todos miraron a Bruce, que se delató.

—¡Tú vienes conmigo! —enfaticó.

No me moví y lo ignoré. Respiró y tomó una daga clavada en su cintura, con su espada y una bestia, y caminó hacia mí, en pasos anchos y decisivos. Esa actitud no me asustó, pero me preocupó cuando se agachó frente a mí.

—Escucha, estoy tratando de ser un buen caballero, pero se me está acabando la paciencia. —Susurró con una profunda, profunda voz. —¡No estaré a merced de tus piratas!

—¿En serio? —Dije de una manera perversa tratando de disfrazar mi nerviosismo. —Por si no te has dado cuenta, no me importa lo que pienses.

Bruce me miró fijamente durante un rato. Empezó a reírse, confundiéndome. No entendía la frente de Franzi, pero su actitud no duró mucho. Me asusté al caminar sobre mí, lo suficientemente cerca como para que su nariz casi tocara la mía. Con un golpe seco, clavó su daga en el bosque junto a mi pierna izquierda y me miró muy enojado.

—¿Vendrás conmigo para siempre, o tendré el inmenso placer de atarte y arrojarte sobre la espalda de ese animal, como un saco de patatas? —amenazó —la elección es toda suya!

Sin creer lo que oí, lo miré fijamente durante un rato. Sus ojos azul oscuro se volvieron negros. Vi que Bruce estaba luchando contra una tormenta dentro de tí. Una ira de la que realmente no sabía de dónde venía ni cuál sería su propósito. De lo único que podía estar seguro era de que hablaba muy en serio y no dudé de que Bruce cumpliría con esa amenaza. Aún así, no le agradecería saber que le temía a sus palabras.

—Primero, —dijo agarrando sus hombros y empujándolo, de modo que Bruce se cayó sentado en el suelo. —Te dije que te alejaras de mí. Segundo, no te atrevas a amenazarme de nuevo.

Mientras trataba de recuperarse, rápidamente atrapé a la bestia que estaba pegada a su cintura y me puse de pie. Atropellé a Bruce, quien me delató, y me acerqué al caballo. Antes de cabalgar, me ajusté la bestia a mi cinturón alrededor de mi cintura y miré hacia él.

—¿No vas a venir? —Pregunté provocativamente. —Creí que tenías prisa.

Los soldados se rieron, haciéndole gruñir. Saltando, se puso de pie. Con pasos amplios y decisivos, Bruce alcanzó el caballo y montó la silla de montar detrás de mí. Contuve la respiración cuando él pasó uno de sus brazos alrededor de mi cintura y tomó las riendas de mis manos.

—¡Déjeme conducir, señora! —dijo susurrándome al oído. —Te advierto que no te atrevas a usar la bestia que me quitaste.

Crucé los brazos resoplando.

—Creo que hemos estado en este lugar demasiado tiempo. —Me quejé. —Todo lo que quiero es llegar a Dunhill de inmediato, tomar una larga ducha y deshacerme de todo lo que este pueblo ha representado.

Sentí que el cuerpo de Bruce se estiraba y me delató. Él refunfuñó algo que yo no entendía y permaneció en silencio durante gran parte del camino.

El viaje a Dunhill fue sofocante. Me molestaba la presencia y la proximidad de Bruce. Se esforzó por mantenerme apoyada en su pecho mientras sostenía mi cintura con su otra mano. Era estática y mi cuerpo ya empezaba a dolerme.

—¿Por qué no te relajas? —preguntó. —No la dejaría caer de mi caballo, aunque me costara la vida.

—¡Tira! ¡Me halagan tus palabras! —Lo devolví irónicamente. —No sabía que te preocupabas tanto por mí que pusiste tu vida en peligro.

Bruce se rió provocativamente.

—No es por ti por quien estoy preocupado, es por mi salud. —Regresó en un tono burlón. —Si llego al castillo sin ti, la reina me arrancará la piel.

Gruñí con enojo y luego le golpeé un codo en la cintura, justo donde se estaba recuperando de la herida.

—¡Maldita sea! —gruñó. —¿Por qué hiciste eso? ¿No sabes que todavía me duele?

Solté una carcajada y estiré la mano para llevármela al pecho. Sentí dolor en el momento en

que lo estiré sobre el escote de mi vestido, así que lo agité.

—Bien hecho! —me susurró al oído. —Se hace aquí, se paga aquí.

Solté un gruñido y luego me crucé de brazos delante del pecho. Me concentré en observar el paisaje alrededor del sendero que estaba al borde de un acantilado. Estábamos a la cabeza mientras los guardias nos escoltaban. No sabía si guardaban la espalda de su idiota capitán o si el valioso cargamento era realmente yo. Todo lo que pude averiguar fue que estaban muy atentos a todo. La mano comenzó a latir de una manera muy dolorosa, trayendo lágrimas a mis ojos. Ya estaba debilitado por la noche anterior, no necesitaba una herida estúpida para hacerme llorar. Olfateé, al mismo tiempo, que estaba sosteniendo la mano herida.

—¿Tanto te duele? —preguntó Bruce con voz preocupada.

—Sí, desde ayer, en realidad. —Yo contesté. —Está palpitando mucho.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Daré el aviso del desfile para que podamos ocuparnos de ello.

—¡No tienes que hacerlo! —dijo que no estaba de acuerdo. —Ya casi llegamos. Podemos ocuparnos de eso cuando estemos a salvo en Dunhill.

—¡Insisto!

—¿Por qué es eso?

—Porque me preocupa ver que te duele.

—¿Qué extraños!

—¿Qué es lo raro?

—Pensé que no era más que una bruja para ti. —Disparé irónicamente. —¿Cómo puedes estar seguro de que no trataste de engañarlo para que lo hiciera solo? Tal vez estas lágrimas son falsas y sólo estoy tratando de confundirte, para que tengas un mínimo de compasión.

Sentí a Bruce conteniendo la respiración. Graznó bajo en un incomprensible susurro.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Haremos lo que quieras —dijoen un tono lleno de pena. —En mi defensa, siento mucho lo que dije. No quise hacerle daño.

—¡Ahora es demasiado tarde para sentirlo! —Dije exasperadamente. —Sólo quiero que termine y me olvide de todo.

Bruce asintió con un suspiro que sonó triste. Permanecemos en silencio el resto del camino. Comencé a agradecer a Dios que sabía que vendría pronto y que nunca más tendría que volver a mirar a los ojos a Bruce MacCalister, aunque sabía que lo conocería en algunas ocasiones. Sonríe con tristeza al pensar en las palabras de esa mujer en el bosque. Por un momento pensé que el caballero que mencionó podría ser Bruce. Esas palabras no eran más que un error y esa vieja loca no era más que un falso acertijo que sólo quería engañarme.

Sonríe cuando vea la torre de Dunhill. El éxtasis invadió mi cuerpo pensando que vería a mi hermana de todos modos. El camino terminó en el pueblo y todos se detuvieron para pagar a Bruce y a los hombres que lo acompañaban. Me di cuenta de lo querido que era en el feudo de su primo e imaginé cómo sería Duvengard. Nunca había estado allí, pero mi papá dijo que era un lugar fabuloso. Cruzamos el puente que conectaba el pueblo con el castillo y nos detuvimos en el patio de entrada.

—Vale, vale, vale, vale, vale, vale. —dijo, bajando del caballo y extendiendo sus brazos para ayudarme a desmontar. —Sanos y salvos como se prometió!

—Gracias! —Respondí con un tono seco. —Debes estar feliz, ya que te librarás de mí.

Bruce agitó la cabeza en negativo, cerrando los ojos al mismo tiempo que respiraba profundamente. Había una mezcla de frustración en su tono cuando gruñó con fuerza en los puños.

—Annabel, yo...

—¡Annabel!

El grito ansioso de mi hermana interrumpió lo que Bruce decía y nos hizo mirar en la dirección de Aideen. Llevaba un vestido verde con un cinturón adornando su cintura. Había una pequeña alforja atada a ella, dejando el mango de pequeñas dagas a la vista. Sonreí con sorpresa y la abracé cuando se acercó.

—Me alegro de que estés bien —dijo que me apretara. —Casi me muero de preocupación, hermana.

—¡Te extrañé tanto! —Susurré entre lágrimas y sonrisas. —¡Lo siento por todo!

—¡No lo sientas! Lo importante es que está viva y bien. —contestó ella. Mirando a Bruce, Aideen sonrió y luego lo abrazó. —¡Gracias, Bruce! Sabía que la traería sana y salva. Espero que no haya sido tan difícil.

Tragué seco cuando Bruce miró en mi dirección. Agitó la cabeza dando una de sus sonrisas brillantes y seductoras.

—¡No fue ningún trabajo, Su Majestad! —contestó sin quitarme los ojos de encima. —Su hermana es muy hábil y sabe cómo cuidarse bien. Le debo mi vida, y dudo que pueda permitírsela.

Se tomó un descanso, volviendo a sonreír.

—Cualquiera se sentiría seguro a su lado.

La sorpresa de escuchar esas palabras me dejó atónito. Aideen me abrazó de nuevo, pero esta vez con más fuerza aún. Me olió las manos en el pelo.

—¡Bruce, mi primo! —Alistair dejó el castillo y abrazó a Bruce. —Me alegro de que hayas vuelto.... ¡y que estés vivo!

—¡Sí, tuve suerte esta vez! —contestó con sarcasmo.

—¿Cuándo no tienes uno? —Alistair lo devolvió y todos se rieron. —¿Por qué tardaste tanto?

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! Tuvimos una ventisca imprevista y hubo un ataque de algunos soldados. —explicó. —Puedo darle más detalles si lo desea, durante una buena cena.

Alistair se rió.

—Sí. Quiero saber un poco más sobre este ataque y estaré encantado de llenar este agujero que usted llama estómago. —se detuvo para girar los ojos. —Me temo que tenemos un problema que resolver.

Bruce frunció el ceño cuando vio un par de caballos que no estaban dentro del establo. Pareció reconocer los caballos y luego se volvió hacia Alistair.

—¿Qué hace aquí Lord Macintosh? —preguntó Bruce.

Miré a Aideen, que acaba de respirar hondo. Sabía que algo andaba mal, pero no podía imaginarme lo que podría ser. Por lo que yo sabía, los Macintosh eran aliados de los MacCalister desde la guerra contra los pueblos del norte. Era un anillo de boda que había durado años.

—¡Bruce!

La voz de una chica me llamó la atención y miré en su dirección. Era hermosa, con su largo pelo y ojos negros, color miel. Era delgada, con los pechos llenos escondidos en el generoso escote de un vestido azul marino. Me molestaba la forma en que prácticamente se arrojó a los brazos de Bruce cuando lo abrazó.

—Adelaide, ¡qué alegría verte! —dijo a cambio del abrazo. —Su Majestad, creo que ya conoce a Adelaida Macintosh.

—Sí, he tenido el placer! —Contestó Aideen. —Tu padre y Adelaide llevan casi una semana en Dunhill.

—¿Una semana? —Bruce frunció el ceño. —¿Pasa algo malo en Las?

—No, para nada! —dijo Adelaida con animación. —Estoy aquí porque me voy a casar.

—Felicitaciones! —Bruce sonrió abrazando a Adelaida de nuevo. —Realmente mereces ser feliz. ¿Quién es el afortunado?

—¡Vamos! ¿Quién? —se rió con desdén. —¡Tú, por supuesto!

Faltaba aire en mis pulmones tan pronto como las palabras salieron de la boca de Adelaida. Había una razón por la que Bruce se arrepintió de estar conmigo. Estaba comprometido con Adelaida. Sus palabras de que no podía comprometerse con una mujer cayeron como una bomba. Una vez más me sentí como un tonto.

—¿Annabel? —Oí a Bruce decir antes de que se me acercara.

—¡Respira, Annabel! —Dijo Aideen con voz preocupada. —¡Respira hondo, hermana mía!

Comencé a toser cuando el aire regresó a mi pecho y la sensación de desmayo comenzó a disiparse.

—¿Estás bien?", preguntó Adelaide.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo mirando a Adelaida. —¿Qué es usted?

—¿Sobre casarse con Bruce? —lo repitió frunciendo el ceño. —Estamos comprometidos desde que éramos niños.

Sin poder controlarme, empecé a reírme. Me tomé a Bruce en serio.

—Entonces, ¿eres un hombre de guerra? —Dije sarcásticamente. —Para mí, no eres más que un cobarde, miserable.

—¡Annabel, no es lo que piensas! —dijo mientras me miraba fijamente. —Ni siquiera sabía que...

No había tiempo para que continuara su discurso inútil. Sin pensarlo, le di una bofetada fuerte a Bruce. Escuché el suspiro de sorpresa de los que miraban, pero no me importó.

—¡No vuelvas a acercarte a mí! —...ordené, antes de disparar al castillo...

—¡Annabel! —Bruce gritó. —¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera!

Ignoré sus apelaciones y seguí corriendo. Ahora sabía que me habían rechazado porque estaba comprometido. Bruce MacCalister fue el mayor sinvergüenza que he tenido el desagrado de conocer y haría todo lo posible por olvidarlo. Odiarlo sería mi único objetivo ahora.

Capítulo 12

Bruce

—¡Annabel! ¡Deténgase ahora!

Ella no me escuchó y, ignorándome, continuó corriendo hacia el castillo. La alcancé justo al pie de la escalera principal del salón. Ella había estado en Dunhill antes, y aparentemente no había olvidado el camino que estaba tomando para llegar a las habitaciones de arriba.

—¡Te dije que te detuvieras! —dijo entre dientes. Sujetando su brazo izquierdo, la hice girar hacia mí. —¿Estás sordo? ¿No me oíste llamarte?

—Lo escuché perfectamente, pero si realmente me conociera a mí mismo, sabría que normalmente no recibo ni obedezco órdenes. —lo devolvió en un tono áspero y tiró de su brazo. —Especialmente si vienen de ti.

—¡Mira, no es exactamente lo que parece!

—Oh, ¿sí? —dijo ella irónicamente. —Entonces debo ser un idiota, porque he oído que estás comprometida.

Respiré profundamente, pasando una mano sobre mi cara.

—¡Está bien! ¡Está bien! Eso es lo que parece, pero, al mismo tiempo, no lo es.

Annabel frunció el ceño confusamente. Ella gruñó haciendo mención de empezar a subir los escalones, pero yo la abracé de nuevo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —ordenó ella. —¡Dije que no me toques! ¡Recuerda, todavía tengo a esa bestia!

Ella me empujó. Di unos pasos atrás cuando Annabel avanzó hacia mí enojada.

—Me hiciste creer que tenías la culpa de estar conmigo fuera de mí. Se burló de mí cuando dijo que no lamentaba haberme besado y seducido. ¿Qué persona acusaría a la otra por sus acciones? —se tomó un descanso. —Ahora ya no importa. El hecho es que me mentiste y me lastimaste. Aunque suene mal, nunca pensé que serías capaz de hacer lo que hiciste.

Annabel vomitó sus palabras. Lo peor es que tenía razón. Fui cruel al decir esas palabras y esta historia de que Adelaida era mi prometida no hizo más que reforzar mi lado malo. Aunque no lo tenga, hace que Annabel se lleve una impresión equivocada de mí. Sólo empeoró las cosas.

—Annabel, sé que fui muy cruel anoche, pero no mentí que no me arrepintiera de haberte besado. —Yo disparé. —Sólo lo dije porque...

—¿Por qué estabas comprometida? —se desquitó. —¿O por qué te arrepientes de haberte acostado con un asqueroso MacBride?

Las palabras llenas de odio de Annabel golpearon mi pecho como una daga, a través de mi carne y en mi corazón. Estaba profundamente herida y fue mi culpa. Nunca antes había pensado que fuera una MacBride. Era completamente diferente de Ravenna, Loch e incluso Roy.

—¡No te agaches así! —Dije con voz suave y profunda. —Por supuesto que no eres

repugnante. Eres mucho más de lo que crees.

—¡Sé lo que soy! —dijo entre lágrimas. —¡Un tonto de ensueño!

Cerré los ojos con fuerza. No podía imaginar cuánto dolor le había infligido, hasta que la miré a los ojos.

—Ya he visto y oído suficiente. —suspiró. —Todo lo que quiero ahora es un buen baño caliente y una cama, de donde sólo saldré cuando sea muy viejo y me avergüence menos de haber creído que podría....

Se tomó un descanso.

—¿Que podría qué? —Pregunté, pero Annabel estaba dando pasos hacia atrás y moviendo la cabeza de un lado a otro. —¿Que podría qué, Annabel?

—Olvidalo!

Con esto, Annabel me miró con odio y se dio la vuelta. Sosteniendo la barra del vestido, salió por la escalera hacia arriba. Vi cómo desaparecía de mi vista. Cerré los ojos, suspirando de cansancio. Debido a lo que dije anoche, me di la vuelta en la cama tratando de controlar mi deseo de ir a su habitación para pedirle perdón y abrazarla, pero sabía que Annabel me echaría otra vez. Nunca he conocido a una mujer tan intensa como ella. Para empeorar las cosas, me gustaría esa manera insolente y tus arrogancias. Sospechaba de mis verdaderos sentimientos por ella.

—¿Bruce?

La voz de Aideen me sacó de mi sueño. Se me acercó con una mirada de preocupación. Alistair estaba justo detrás, seguido por Adelaida y Lord Macintosh. Esas eran las dos últimas personas que me gustaría ver ahora, pero necesitaba entender la situación.

—Aideen preguntó con voz preocupada.

—¿Qué le pasó a Annabel para salir así? —dijo Alistair. —¿qué has hecho?

¡Maldita sea! Había olvidado el público que dejamos atrás. Ahora tendría que responder a preguntas que no quería o para las que no estaba preparado.

—¡Yo no hice nada, Alistair! Fue sólo un error, que pretendo resolver lo antes posible. —Dije evasivamente. —Annabel es un poco intensa y se toma las cosas literalmente. Debo haber dicho algo que ella interpretó con bastante hostilidad.

Aideen suspiró mirando al final de las escaleras.

—Desafortunadamente, mi hermana es bastante tormentosa a veces. —Aideen respondió poniendo una cara.

Sonreí cuando me senté y respiré un suspiro de alivio de que ella no continuara con las preguntas, pero Alistair me miró con una mirada de duda. Agitó la cabeza mostrando que no se había tragado mi explicación, pero para mi sorpresa, cambió de tema.

—¡Sí, eso es algo muy familiar! —dijo Alistair sonriendo a Aideen.

Le dio un codazo en las costillas fingiendo ser ofensivo. Me alegré de que se llevaran bien. Dejé salir una risa, calmando mis nervios que estaban en la flor de la piel. Volví a mirar por las escaleras. En los últimos días, Annabel y yo prácticamente hemos desarrollado una conexión. Ya me podía imaginar que estaba tumbada en la cama, golpeando sus almohadas y llorando copiosamente. Quería ir allí, abrazarla y consolar a Annabel. Quería decirle que lamento haberla lastimado, pero cómo hacerlo sin despertar sospechas. No quería empeorar las cosas y hacerles saber que me la había llevado. Tuve que resolver esa situación lo antes posible, con o sin su consentimiento.

—¡Ya creo que eso fue una gran grosería! —dijo Adelaida en tono reprobable. —Ese no fue, por lejos, el comportamiento de una dama. Ravena te regañaría si estuvieras aquí.

—Por suerte, no está aquí. —Disparé entre los dientes. —Annabel es una niña muy bien educada, así que me di cuenta, durante los días que estábamos atrapados en esa aldea y, a pesar del genio tormentoso que tiene, pude ver que Annabel será una esposa excelente y el orgullo de cualquier hombre que se case con ella.

Aideen me miró con una expresión admirada. Ella sonrió y, detrás de su sonrisa, pude ver que había un desconocido. Sólo esperaba que no se decidiera a hacer la pregunta que quería.

—Tu tono defensivo me hace preguntarme qué hay detrás de esta postura —dijo Adelaida con voz enfadada. —Si no te conociera, diría que has desarrollado sentimientos por esa niña.

El tono irónico y agresivo de Adelaida me molestó lo suficiente hasta el punto de ser duro con ella.

—¿Qué hacen en Dunhill y qué es eso del matrimonio? —Disparé con enojo.

Alistair me miró con sorpresa, pero su cara mostraba que también tenía curiosidad.

—Bueno, creo que podemos solucionarlo en la biblioteca —dijo Alistair.

Lord Macintosh asintió con la cabeza y nos siguió hasta la biblioteca. Adelaide fue con Aideen a otra habitación para que pudiéramos hablar a solas.

—Bruce, tu padre era un buen amigo mío —dijo Macintosh, comenzando su discurso. —Firmó un tratado diciendo que cuando Adelaide tuviera diecisiete años, debería casarse contigo.

Me detuve por esas palabras. Tomó un documento y me lo dio. Abriendo el documento, lo leí. El periódico decía que Adelaide y yo deberíamos casarnos cuando cumpliera 18 años. El acuerdo decía que la parte norte de la tierra de Macintosh debería pertenecer inmediatamente a Duvengar después de mi matrimonio con Adelaide. Al final de la página estaba la firma de mi padre y de Ector Macintosh.

—¡Esto sólo puede ser una broma! —Yo disparé. —mi padre nunca me habló de ese contrato. Ni siquiera sabía que estaba comprometida, mucho menos la de Adelaide.

—¡No es una broma y me ofendes hablando así! —disparó a Ector. —Su padre era un hombre muy honorable y me aseguró que su hijo también lo sería.

Esas palabras me golpearon profundamente. No quería dejar de cumplir con la obligación que mi padre me asignó, pero tampoco podía deshonorar a Annabel. No importa cuánto me odiara, haría lo correcto.

—Ector, te respeto y sé lo honrado que estaba mi padre. —Dije con firmeza. —Es exactamente porque he sido muy cortés al rechazar ese trato.

Alistair me miró con incredulidad.

—Lo siento mucho, pero no puedo casarme con Adelaide. —Disparé antes de proceder hacia la puerta.

—¡Eso sería una vergüenza para mi hija! —...se ha vuelto loco. —Nunca me he sentido tan ofendido en mi vida.

—Ector, tu hija se ha convertido en una mujer hermosa. Siempre ha sido cordial, amistosa y leal. —Me detuve, sonriendo cuando recordaba a mi amigo de la infancia. —Estoy seguro de que ningún hombre lo rechazaría.

—¿Cómo estás ahora? —él disparó.

Respiré profundamente mirando a Alistair.

—No la estoy rechazando, sólo tengo razones mucho mayores para no aceptar casarme con Adelaide.

—¿Y qué motivos serían esos?

—Lo siento, Lord Macintosh, pero este es un asunto sólo para mí. —Disparé antes de abrir la

puerta y me fui.

Al pasar por el pasillo, miré hacia arriba. No miré atrás cuando oí los pasos de Alistair que venían tras de mí con determinación. Sabía que vendría por mí de todas formas. En realidad, esperaba que lo hiciera.

—¡Bruce! —me gritó y caminó a mi lado. —¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué confrontar a Ector así?

—¡Lo siento mucho! —dijo suspirando. —No quise hacerlo enojar, pero no puedo casarme con Adelaide.

—¿Por qué no debería? —...me preguntó si se acercaría más. Alistair puso sus manos sobre mis hombros. —¿Es por la ruptura de Annabel? ¿Qué pasó entre ustedes dos?

Respiré profundamente. Alistair me conocía lo suficiente como para saber que nunca rompería la palabra de mi padre. Sabía que algo andaba mal. Dejando caer un grito, caminé hacia la pared más cercana y la golpeé tan fuerte que mi mano sangró por los arañazos hechos por las piedras.

—La besé y las cosas estaban sucediendo cuando me di cuenta... —Me detuve pasando las manos por encima de mi cara.

—Se acostaron juntos.

—No exactamente!

—¿Qué quieres decir?

—Estaba confundido después de... después de haberla poseído y haberle dicho cosas horribles. Le eché la culpa a Annabel por mi falta de control. Hice parecer que me había seducido cuando era al revés.

Alistair me miró en estado de shock.

—¿Tú qué? —Alistair disparó. —¿Cuántas veces me has regañado por lo de Rose? ¿Cuántos? ¿Por qué lo hiciste, Bruce?

—¡Estaba aterrorizada! —Disparé nerviosamente.

—¿Miedo de qué? —Alistair insistió. —Siempre has sido tan racional. Siempre había hecho las cosas de una manera muy honorable. Nunca lo he visto temerle a nada.

—¡Lo que siento por Annabel! —Disparé, dejando a Alistair aún más confundido. —Estaba confundido por lo que sentía, porque era algo nuevo que no podía explicar. Sabes que nunca he estado seriamente involucrada con ninguna mujer debido a esta maldita guerra, pero Annabel ha despertado algo en mí que me ha hecho querer más. Ese me ha dado un susto de muerte.

Empecé a caminar. Alistair agitó la cabeza de un lado a otro.

—¿La amas a ella? —preguntó.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo que dejar de caminar.

—¿La amas a ella? —Preguntó de nuevo.

Tragando seco, me detuve y respirando profundamente, puse las manos sobre mi cintura.

—¡Sí! Por fin he contestado. —Con toda la fuerza de mi corazón.

Alistair sonrió y, viniendo hacia mí, puso sus manos sobre mi hombro.

—Sé lo que sientes, porque yo he estado ahí —dijosonriendo. —No hay nada vergonzoso en amar a una mujer, especialmente a las de sangre caliente como Annabel MacBride. Sé cuánto odias a Roy, pero no dejes que se interponga en lo que sientes por ella.

—¡Alistair, ignoro el hecho de que es la hija de ese bastardo!

—¿Qué te impide casarte con ella entonces?

—¿No oíste lo que dije? —Me detuve para suspirar. —Annabel me odia por todo lo que le dije. Para empeorar las cosas, sé que tiene razón. ¡Soy una maldita calhorda!

Alistair se rió.

—¡No eres una maldita calhorda, primo mío! —dijo. —Hazlo de esta manera: convence a Annabel de que la amas y que lo sientes mucho. Dile que deseas reparar lo que hiciste casándote con ella.

—¿Y si no lo hace?

—Después de lo que he visto hoy, dudo que rechace tu petición. —se rió. —Pero si es necesario, obligarla a casarse.

Lo miré con expresión de asombro.

—¿Te has vuelto loco?

—Por supuesto que no! —él disparó. —Sé que con el tiempo y su encanto, Annabel terminará pensando diferente y la aceptará como su esposo. Sólo está enfadada ahora, pero pasará.

Puse los ojos en blanco. En el fondo, Alistair tenía razón y yo sólo necesitaba un poco de suerte, pero algo seguía molestándome.

—¿Qué hay de Ector y Adelaide?

—¡Déjame que me encargue de ellos yo mismo! —él disparó. —Concéntrate en domar a la bestia.

Dejé salir una risa llena de alivio. Estaba a punto de tener que enfrentarme a una bestia. Esperaba poder domarlo.

—¡Estoy cansado! —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro. —Necesito un baño y una buena comida. ¡Me muero de hambre!

Alistair se rió y me abrazó.

—¡Ahora eres tú de quien oigo hablar! —le dijo a la risa. —¡Bienvenido de vuelta, primo mío!

Acepté despedirme de Alistair con un apretón de manos. Fui al establo, donde cuidé de Esperanza. Quería estar un poco sola, y a veces hablar con ella hacía que todo fuera mejor. Sé que sonaba tonto, pero funcionó.

Luego fui a la cocina, donde recogí un tazón de fruta y queso. Volví al establo, donde me senté dentro de la bahía de Esperanza. Quería mantenerme lo más lejos posible de los ojos de Aideen. Conocía a la esposa de mi primo. Ella tenía el don de saber lo que estaba pasando en nuestras mentes y corazones. Tenía miedo de que ella viera lo que yo sentía por Annabel y me preguntara al respecto. Tuve que arreglar las cosas con Annabel antes de que Aideen me diera un sermón, como hizo Alistair.

Esa tarde, decidí pasar todo el tiempo que pude en mis aposentos. Después de un largo baño, decidí dormir un poco. El corte palpitaba mucho y eso parecía una gran razón para dormir. La imagen de Annabel pronto invadió mi mente, montada sobre mí, montada sobre mí. Convirtió mi sueño tranquilo en una dulce tormenta y abrí los ojos. Miré hacia abajo, sintiendo que estaba emocionado y resoplando.

—¡Oh, mierda! ¡Ahora necesito otro baño!

Capítulo 13

Annabel

Miré por la ventana de la habitación en la que me encontraba y suspiré mientras contemplaba la fría noche que empezaba a aparecer. No tenía intención de bajar a cenar y enfrentarme a la mirada de Bruce, pero si no lo fuera, Aideen se pondría triste y pronto se daría cuenta de que algo andaba mal. En los últimos días no estaba dispuesta a decir nada sobre mí misma e hice lo imposible para ocultar mi tristeza. Sólo quería olvidar, pero para eso, tendría que soportar unos días más de la presencia de Bruce.

Dejando el cepillo a un lado, me puse delante del espejo para terminar de trenzarme el pelo. Todavía estaba muy cansada, porque pasaba horas llorando de rabia. Dejé de trenzarme el pelo y decidí mantenerlo suelto. Fui al armario de madera y elegí uno de los vestidos que había traído. Había olvidado que fue Bruce quien los escogió, pero no podía seguir caminando en combinación. Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. Recé para que fuera uno de los empleados y no mi hermana. Cuando lo abrí, preferí que fuera Aideen. En su lugar, de pie frente a mí, estaba Bruce con toda su imponente altura. Llevaba una camisa blanca, pantalones negros y botas. Un tartán rojo cruzó su hombro derecho, sujetándolo a su cintura. Pronto me di cuenta de que la cena sería algo formal, ya que había un señor visitando el castillo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunté más o menos.

—Vine a escoltarte abajo. —respondió con calma. —Aideen me pidió que viniera a ver si estaba listo. Alistair insiste en tu presencia.

—¿Quién dice que te necesito para algo? —Lo devolví enojado. —Conozco muy bien el camino a la peluquería y puedo llegar sola a la planta baja.

Con eso, tiré de la puerta y luego la empujé hacia un lado para poder pasar. Bruce suspiró sin paciencia, pero yo lo ignoré. Me siguió por el pasillo.

—¿Descansaste? —Preguntó casi en un susurro.

—Escucha, si realmente quieres acompañarme, hazlo en silencio —dijo enfadado. —No puedo o deseo escuchar tu voz.

—¡Disculpe, señora! —que debatió. —Sólo intentaba ser cortés.

—No necesito tu cortesía —dijo que se detuviera. —Supongo que está bastante claro que no te necesito ni a ti ni a ningún otro idiota. De hecho, ¿no deberías acompañar a tu prometida?

Bruce no me respondió permaneciendo en silencio. Intentó ocultar una sonrisa, pero falló. Esa actitud me molestó, así que gruñí.

—¿Qué está pasando? ¿Te comió la lengua el gato? —Seguí provocándolo.

—Lo siento, pero pensé que querías mi silencio. —contestó con voz grave y luego volvió a sonreír.

Lo miré con incredulidad, que intentaba provocarme usando mis palabras contra mí.

—¡Por aquí, por favor!

Bruce se me adelantó y en lugar de bajar las escaleras, tomó una curva y continuó por el pasillo.

—¡La sala principal está por ahí! —dijo que se detuviera.

—¡Sí, ya lo sé! —se tomó un descanso. —No vamos a la sala principal, vamos a la sala de banquetes. Ahora, si caminas más rápido, llegaremos antes de que se sirva la cena.

Volviendo la mirada, lo seguí de nuevo. El castillo de Dunhill era muy grande y tenía que estar de acuerdo en que se perdería si Bruce no hubiera venido a buscarme, porque no recordaba a ese corredor la última vez que estuve aquí. Aunque encontré todos esos pasajes.

Me quedé mirando fijamente la espalda de Bruce. La camisa de manga corta dejó sus brazos al descubierto. Sus muñecas estaban adornadas con brazaletes de cuero. Mientras caminaba, sus manos estaban cerradas en puño junto a su cuerpo. Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo cuando recordé la noche que buscaba la habitación de Alistair. Una vuelta equivocada y salí al baño. Me sorprendió la grandeza y la belleza del lugar, tanto que me quedé muy lejos. Fue entonces cuando vi a Bruce, sentado en una especie de piscina climatizada, mirándome fijamente con aire viciado. En el momento en que lo miré, contuve la respiración, porque el agua sólo cubría hasta la cintura, dejando su ancho pecho en exhibición. Ella se había puesto ruborizada y nerviosa, hasta que él abrió la boca y dijo algo provocativo. Como siempre, terminamos discutiendo y volví al pasaje, pisando duros escalones, en busca del camino que me llevaría a Alistair. La memoria hizo que todo mi cuerpo se calentara. Le agradecí por ser moreno, así que si Bruce se volvía hacia mí, no vería el rubor en mi cara. De repente, puso una de sus manos sobre su abdomen, encima de donde estaba la herida. Gimió bajo, pero el pasillo estaba en silencio y pude oírle.

—¿Está todo bien? Pregunté preocupado.

—Sí, lo estoy —dijohaciendo algunas caras. —Todavía me duele un poco, pero no es nada de lo que deba o quiera preocuparme. Después de todo, tengo una novia que me cuida.

—¡Oh, genial! —Devolví la provocación. —Te recomiendo que le muestres que se ocupe de tu herida de ahora en adelante. Es decir, si tiene talento en ese sentido.

Bruce sonrió ante mi tono provocativo y no entendí por qué. Abrió el pasillo y me señaló la escalera para que la siguiera. Sin pensarlo, fui a donde él me dijo que fuera y empecé a bajar. La sala de banquetes era la misma que la fiesta de bodas de Aideen. La diferencia era que esta vez sólo había una mesa larga en el centro. Alistair estaba sentado al lado de la cama con Aideen a su derecha. A la izquierda estaban sentados Ector y Adelaida. Los hombres se pusieron de pie cuando me acerqué y mi hermana vino a verme.

—¡Mi hermana! —ella me abrazó. —Espero que hayas descansado mucho. Ojalá pudiera hablar contigo más tarde.

—¡Claro que sí! —Respondí sonriendo.

Aideen me tomó de la mano y me llevó a la silla que estaba junto a ella. Alistair se me acercó y me besó la frente antes de que me sentara.

—Ector, por si no te acuerdas, es Annabel MacBride, la más joven de Ravenna —dijocon una mezcla de orgullo. —Se ha convertido en una mujer muy valiente. Después de mi esposa, ¡por supuesto!

Todo el mundo se rió. Bruce, que vino lentamente, se sentó a mi lado. No lo entendí, pero vi furia en los ojos de Adelaida mientras se sentaba. Me miró como si quisiera matarme.

—¡Claro que me acuerdo de ti, Annabel! —dijo Ector. —Escuché las historias que involucraban a usted y a varios soldados. Pensé que Ravenna no aprobaba el uso de armas por

parte de sus hijas, por no hablar de su participación en el combate.

—¡Tienes toda la razón sobre mi madre! —dijo sonriendo. —Eso es exactamente por lo que fuimos entrenados para escondernos. Mi abuelo se aseguró de que supiéramos cómo defendernos.

Adelaide se rió.

—Esa idea tuvo que venir de un viejo como tu abuelo. —disparó con desdén. —Mi madre nunca estaría de acuerdo con la mía si yo actuara de la misma manera. Además, siendo la dama que soy, yo misma nunca aceptaría tomar una espada y tener un pensamiento brutal como el de un hombre.

Dejó salir una risa fría.

—¡Eso es exactamente por lo que tienes niñeras como escolta!

Adelaida frunció el ceño cuando todos se rieron. Ector, no pareció gustarte el comentario y resoplaste.

—¡No estoy de acuerdo con lo que piensas, Adelaide! —dijo Bruce, haciéndome estar alerta. —Me encantaría tener a alguien tan valiente y guerrero como yo de mi lado. Me gustaría ser tan afortunado como lo fue mi primo, tal como creo que Alec pensaría.

Adelaide le disparó a Bruce en la mirada y yo me la tragué hasta secarla. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba tan enfadada y atacando a Bruce en silencio? Pude ver que ella tampoco estaba satisfecha con mi presencia. ¿Adelaide sabía lo que pasó entre Bruce y yo? ¡No! No sería tan bajo como para divulgar algo tan íntimo. ¿Podría serlo?

—¿Así que te consideras un guerrero? —preguntó Ector.

Parpadeé, mirando hacia el imponente señor. Ector Macintosh tenía los ojos y el pelo negros. Era alto y fuerte, como Bruce y Alistair. Un hombre muy guapo para tu edad. Tenía un enorme feudo y ya había pasado por varias dificultades. Mi madre me había dicho que su matrimonio era un acuerdo con otro señor, para no perder su tierra. Había enviudado demasiado pronto y había criado a Adelaida lo mejor que pudo. Eso la convirtió en una niña muy mimada y sólo empeoró debido a su edad. Adelaida era más joven que nosotros, nunca había estado presente en los banquetes que mi madre promovió. Sospechábamos que Ector iba a fiestas, sólo para tratar de encontrar otra esposa rica. Había rumores de que su feudo era escaso y que perdía su riqueza día tras día.

—No exactamente! —Yo contesté. —No creo que me atrevería a entrar en una batalla si no fuera necesario. Al menos eso no es lo que quiero para mí.

—¿Y qué ansías para ti mismo? —Adelaide lo inmovilizó.

—¡Ahora sólo quiero comer! —Yo disparé. —Más tarde, quién sabe, una buena lectura acompañada de té.

—¿Pero qué pasa con el futuro, mi cuñada? —dijo Alistair. —¿Qué quieres para el futuro?

—¿Honestamente? —dijo suspirando. —No tengo ni idea de qué pensar sobre el futuro. He pasado por tantos contratiempos, que imaginar que algo bueno pueda venir a atacarme, realmente me asusta.

—¡Bueno! El futuro es incierto —dijo Bruce bebiendo un sorbo de vino. —Nunca sabemos cuándo nos va a pasar algo bueno, así que debemos estar preparados y atentos a todo lo que sucede a nuestro alrededor, para que no nos perdamos nada.

Miré a Bruce con sorpresa. Sus palabras estaban llenas de esperanza como si estuviera seguro de algo.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Alistair. —¡Un brindis por el futuro!

—¡Por el futuro!

Aunque participé en el brindis, no estaba muy dispuesto a hablar y me limité a responder a lo que me preguntaban. Alistair y Bruce intercambiaron miradas discretas y eso ya me estaba molestando. Conté hasta diez, esperando que me calmara, cuando Adelaida hizo un comentario sobre mi comportamiento. Por suerte para ella, no estaba de humor para pelear, así que sonreí y respondí cordialmente sobre lo que pensaba de su comentario.

—¡Bueno! Sigo pensando que es un poco primitivo para una mujer usar un arma. Aunque sea para defenderse. —Adelaida dijo, en una nota provocativa, volviendo al tema. —Entonces, ¿de qué servirían los hombres si no fuera para defendernos?

—Su pensamiento es bastante retrógrado, teniendo en cuenta que nuestro origen fue fundado y sacramentado sobre grandes batallas contra enemigos, que hoy, se suman a nuestra cultura. —Le respondí cordialmente. —Es correcto recordar que en varias batallas como ésta, muchas mujeres fueron líderes. Por lo tanto, en tiempos como los nuestros, no tengo que avergonzarme de saber cómo empuñar una espada y no tener que depender de un hombre para que me defienda de ningún peligro. Lo que sea que sea.

Bruce dejó salir una risa, haciendo que Adelaida resoplara. Aideen me miró como un espectador orgulloso, mientras que Alistair casi me aplaudió por mis palabras. Adelaida se agitó en la silla y estiró el brazo para cortar un trozo de cerdo.

—No creo que estaríamos en "tiempos como los nuestros" si no fuera por culpa de tu padre. —disparó con desdén.

Esas palabras me llevaron a la cúspide de mi irritación, pero traté de controlarme.

—¡Roy MacGregor no es mi padre! —Disparé entre los dientes.

—¿Es eso cierto? ¡Eso no es lo que he oído! —ella disparó.

—¡Sí, has oído mal! —Respiré profundamente. —Soy la hija del lago MacBride, y sólo él será mi padre.

—¿Estás seguro de eso? —Adelaida volvió a provocar.

Ya he tenido suficiente de su audacia.

—¡Ya basta, Adelaide! —disparó a Alistair. —Lord Macintosh, contenga a su hija o me verá forzado a expulsarle del feudo bajo la lluvia.

Las palabras de Alistair me sorprendieron. Parecía que tampoco disfrutaba mucho de la presencia de Ector y Adelaida en el castillo, pero ella estaba comprometida con su primo y él debía mantenerlo.

—¡Está bien, Alistair! —Dije suspiros, y me levanté. —Todavía me siento exhausto, así que debería retirarme lo antes posible.

—¡Pero, hermana mía, no has comido nada! —despidió a Aideen. —Terminarás enferma por eso.

—Lo siento, Aideen, pero no tengo hambre. —Dije de una manera dolorosa. —Vine al banquete, sólo para acompañarte.

—¡Te escoltaré a tus aposentos! —dijo Bruce de pie.

—Gracias, pero no es necesario. —Me tomé un descanso. —Como dije, conozco todos los caminos que este castillo esconde.

—Me imagino a dónde la han llevado "esos caminos".

Miré a Adelaida sonriéndome con desdén.

—¿Puedo preguntar por qué me ofendiste? —Disparé enojado. —Me has estado tomando el pelo desde que me senté en esta mesa. ¿Qué he hecho para merecer tu desprecio?

Adelaida sonrió durante unos momentos y contestó con frialdad.

—¡Él nació!

Dejando caer una risa despreciativa, tiré la servilleta sobre la mesa y me di la vuelta.

—¡Perdóname, pero no tengo que quedarme aquí y escuchar esto! —Me disparé a mí mismo.

—¡Fuera de aquí, de verdad! —disparó de una manera perversa. —Nadie necesita una puta por aquí. De hecho, ofendes la imagen de la reina de tu hermana.

Frunciendo el ceño, me volví abruptamente y lo miré con indignación.

—¿Qué es lo que dijiste? —Le pregunté.

—¡Lo que me oíste decir! —disparó mientras estaba de pie. —¿O crees que no sé que te acostaste con mi prometido?

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo Aideen sorprendido. —¿Te acostaste con Bruce?

Aguantando la respiración, miré a Bruce, que agitó la cabeza de manera negativa como si estuviera respondiendo a una pregunta silenciosa.

—¡Aideen, eso no es lo que estás pensando! —Bruce disparó con voz aturdida.

—¡Sí, lo es! —Adelaide disparó. —Como puede ver, Su Majestad, su hermana es una puta de primera clase.

—¡Cállate, Adelaide! —Bruce se ha vuelto loco. —Ni siquiera sabía que estábamos comprometidos cuando ocurrió.

Bruce cerró los ojos, gruñendo, en el momento en que pronunció sus palabras. Todos me miraron conmocionados. Eso fue lo mejor de mi día. La humillación que faltaba. Ahora todo el mundo sabía que mi reputación estaba empañada, aunque no me importaba mucho no tener un marido que me respetara. Si no quería casarme antes, ahora que sabía lo que se iba a usar, menos aún. Aunque me sentí humillada, decidí salir de esa habitación con la cabeza bien alta, porque me negué a bajarla para cualquier otra persona. Pero primero, me llevaría un premio conmigo.

Sonriendo fríamente, miré fijamente a Adelaida. Miró de lado a lado y frunció el ceño sin comprender. Me acerqué a la mesa de nuevo, manteniendo los ojos en la suya.

—¿Sabes qué, Adelaide? Es a causa de situaciones como ésta que le agradezco por poder defenderme!

Sin pensarlo dos veces, sostuve el cuchillo con fuerza y gruñí.

—¡Annabel, no! —Bruce gritó demasiado tarde, dándose cuenta de lo que haría.

Lo ignoré y al instante siguiente, estaba de rodillas sobre la mesa, sujetando con fuerza el cabello de Adelaida. Con el cuchillo en la mano, le arranqué el extremo de la garganta para mantenerla quieta. Adelaida parpadeó y vi que tenía miedo en los ojos.

—¡No me toques o te mato! —Grité cuando Ector, Bruce y Alistair mencionaron que se acercaban. —¡Ese bastardo necesita aprender una lección!

—Annabel, ¿qué estás haciendo? —Preguntó Aideen con voz sorprendida, pero yo la ignoré.

Reina o no, era mi hermana y me conocía lo suficiente como para saber que no toleraba el desafío.

—¡Piénsalo dos veces antes de ofenderme! —dijo Adelaida abofeteándola en la cara, quien, por miedo al cuchillo, no se defendió y sólo gruñó. —Puede que incluso sea una puta, pero nunca seré una malcriada y egoísta como tú.

Le gritó a la otra bofetada que le di.

—¡Detén a Annabel! —gritó Bruce agarrándome la mano y cogió el cuchillo. —¡Déjala ir, ahora!

Hice un gesto con la mano cuando sentí que me levantaban en el aire y me sacaban de la mesa. Bruce agarró mi mano que sostenía el cuchillo y se fue conmigo en sus brazos.

—¡Suéltame, imbécil! —Grité.

—¡Jesús! ¡Esa chica es un peligro! —dijo Ector evaluando el cuello de Adelaida.

—¡Voy a matarla! —Grité antes de que Bruce desapareciera conmigo por el portal del pasillo.
—¡Putá!

Aideen me miraba asustada. Nunca he tenido un descanso como ese antes, así que debe haber estado conmocionada. Volví mi mano hacia atrás y apreté la cintura de Bruce, que me gruñó. Así que me di la vuelta y le di un puñetazo.

—¡Dije que no me toques! —Yo disparé. —¡Maldito idiota! No bastaba con que me humillaras entre cuatro paredes, también tenías que hacerlo en público.

—¡No sé de qué estás hablando! —Bruce dijo que hacer una cara de dolor. —No quería hacerlo, y ni siquiera intenté humillarla.

—¿Cómo supo esa perra lo que pasó?

—¡No lo sé, Annabel! —él disparó. —Tal vez escuchó mi conversación con Alistair.

—¿Se lo dijiste a Alistair? —Disparé indignado.

—Lo hice, pero no por la razón que puedes imaginar. —Bruce se tomó un descanso. —Escucha, sé que cometí un error y que Adelaida no debería haber dicho eso, pero lo que hizo fue totalmente innecesario, Annabel. Adelaida es la hija de un señor y merece respeto. No deberías haber hecho eso.

—Ella merece respeto y yo no? —Pregunté con una voz embargada. —Que ella me humillara era innecesario! Nunca le he hecho daño, y nadie más lo ha hecho. No puedo permitir que alguien como Adelaida, que probablemente debería haber sido malcriada durante mucho tiempo, me disminuya de esta manera.

Cerré los ojos apoyándome en la pared del pasillo en el que estábamos. Decidí aceptar mi destino y alejarme de Bruce para siempre, porque lo que sentía por él sólo me hacía sentir mal y muy infeliz.

—Sabes, ¡estoy cansado de nuestras discusiones! Son infantiles y, al mismo tiempo, ridículos. —Me tomé un descanso. —Creo que está más que claro que no podemos seguir bajo el mismo techo. Estaba convencida de que podía esperar a que se fuera después de la boda, pero me di cuenta de que no funcionaría.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Hablaré con Aideen y pediré una escolta a Gretna Green mañana por la mañana —dijodándole la espalda para ir por el pasillo.

Bruce gruñó.

—¡Sobre mi cadáver!

No podía pensar cuando Bruce me tiró contra la pared y me presionó con su cuerpo. Antes de que pudiera pensar, me besó con rabia. Sus manos me sostuvieron en la cintura y me levantó. Todo estaba sucediendo demasiado rápido y para cuando me di cuenta, ya estaba devolviendo el beso. Lloré cuando me mordisqueó el cuello y agarró sus hombros, clavando mi uña en su piel. Bruce me quitó la falda del vestido y me penetró con fuerza. No tenía ni idea de cuándo se había abierto los pantalones, pero no me importaba, porque mi mente estaba nublada por el éxtasis que se apoderó de mi cuerpo. Cubriendo mi boca con una de sus manos, empezó a apilarme con fuerza. Me aferré a él, moviendo las caderas al mismo ritmo y de forma desesperada. Parecíamos dos animales y yo quería más y más.

—Más! —Susurré mordiéndole el hombro.

Bruce gruñó y comenzó a moverse aún más rápido. Con una mano, tocó mi clítoris, frotándose

frenéticamente. Me reprimí un grito, mordiéndote el hombro otra vez. Una ola de calor se apoderó de mis entrañas y explotó dentro de mí. Bruce llegó al clímax justo después de eso. Nos mantuvimos juntos durante mucho tiempo, hasta que nuestras respiraciones volvieron a la normalidad. Me puso de pie, y luego se recuperó. Bruce cerró los ojos, golpeando la pared detrás de mí.

—¡No te dejaré ir a ningún lado! —dijo entre dientes. —¡Eres mía!

Dicho esto, se dio la vuelta y salió del pasillo, yendo en otra dirección. Incliné mi cabeza contra la pared, segura de que nunca me libraría de lo que sentía por él. Ese acto dejó claro que debía irme lo antes posible. No quería ser el amante de Bruce. Lo amaba demasiado como para tener que compartirlo con otra mujer. Las lágrimas se apoderaron de mí y me tiré al suelo. Me quedé allí un tiempo, hasta que pude levantarme de nuevo. Secando mis lágrimas, caminé por el pasillo hasta llegar a la seguridad de mi habitación. Esa noche volvería a llorar por todo lo que sentía, pero por la mañana me iría para siempre.

—¡Y nadie me detendrá! —Susurré, apoyándome en la puerta.

Capítulo 14

Bruce

—¡Maldita sea!

Grité estrechando mi mano cuando lo que quedaba del arco me golpeó fuerte. Tiré de la cuerda tan fuerte que se rompió por la mitad. Había estado entrenando durante horas e ignoraba el viento frío que soplaba quemándome la piel. Era más bien un reflejo de mi falta de concentración. Miré las flechas que ya había disparado y respiré hondo. Muchos de ellos estaban fuera de objetivo, otros atrapados en objetivos que no lo estaban. Mi falta de concentración tenía un nombre, apellido, ojos azules, cabello plateado y un temperamento tan explosivo como el mío.

—¡Pobre arco! —dijo una voz melodiosa que me hizo cambiar de opinión.

Adelaide estaba de pie detrás de mí con una sonrisa. Su vestido era sencillo, pero la cantidad de adornos que llevaba superaba su belleza y la convertía en una chuchería exagerada. Aunque Adelaide era una mujer hermosa con el pelo largo, los ojos almendrados y los pechos llenos, tenía el hábito de vestirse demasiado para atraer la atención.

—No estoy en un buen día —dijo sonriendo a un lado.

—¡Bueno! Lo que sea que lo esté atormentando, no creo que el arco lo mereciera. —devolvió la sonrisa mientras movía el dedo índice.

Sabía que Adelaide tenía algo en mente. Esa sonrisa oculta de ella nunca me engañó y ella la poseía desde que era una niña. Fue con esos ojos gentiles y esa sonrisa falsa que pudo quitarle todo lo que quería a Ector.

—¿Qué haces aquí, Adelaide? —Pregunté, descartando el arco y cogiendo otro.

La sonrisa murió en los labios de Adelaide y me miró con una expresión más seria.

—de lo que quería hablarte ayer —dijo que se acercaba. —Lo siento por mi comportamiento, pero sabes que Annabel se lo merecía.

Cerré los ojos, respiré profundamente y me preparé para el shock, que sabía que estaba a punto de ocurrir.

—¿En serio? ¿Por qué crees que se merecía tu ataque infantil e irrazonable?

—¿Irrazonable? —disparó con voz fría. —¿Realmente crees que fue bueno para mí haber hecho un largo viaje para casarme con alguien que se acuesta con la primera oferta que llega?

—¿Adelaide? —Suspiré por una flecha. —Annabel no es un regalo, y ni siquiera sabía que estabas aquí, que diría que me casaría contigo.

Fruncí el ceño y, al perder la concentración con la risa que había soltado, volví a fallar en el blanco.

—¿Vas a seguir con esta historia que no sabías del trato?

Gruñí al acercarme a él y le agarré la garganta.

—¿Me estás acusando de ser un mentiroso?

—¡Me estás lastimando! —Dijo sin aliento.

—¡Te haré más daño si sigues llamándome mentiroso o si no dejas de ofender a Annabel! — dijo entre los dientes y la dejó ir con un empujón que hizo que Adelaida cayera mientras estaba sentada. —No habrá matrimonio entre tú y yo, así que quítate esa loca idea de la cabeza. Si quieres quedarte, quédate, pero no hay nada más que te mantenga en este castillo.

Adelaide me miró con furia. Era mi mejor amiga después de Cora cuando éramos niños. Conocía cada sonrisa torcida, cada mirada disfrazada y su genio inoportuno. Adelaida era hija única, así que tenía todo lo que quería. Especialmente después de perder a su madre tan pronto.

—¿Vas a seguir rechazándome por culpa de ese mocoso? —Preguntó con ira. —¡Ella es la que te sedujo, Bruce! ¿No lo entiendes? Ya sabes de lo que es capaz MacBride. No tienes ninguna obligación con ella.

Gruñí cuando escuché mis propias palabras repetidas por ella. Apretando el arco con fuerza, me acerqué a ella.

—No te estoy rechazando y no me siento obligado a nada —dijo entre dientes. —No deberías estar husmeando en las conversaciones de otras personas. No es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer.

—¡Tu padre estaría disgustado por lo que estás haciendo! —dijo ella con un gruñido.

—¡No, no lo haría! —Le disparé, así que le sonreí con una sonrisa fría. —Estaría orgulloso de mi decisión.

—Entonces, ¿estás dispuesto a casarte con esa cara de rata flaca?

—¡Deja de ofender a Annabel! —Amenacé de nuevo y ella se encogió. —No voy a mantener ese ridículo contrato y eso es todo. ¡Aléjate de Annabel o te arrepentirás por el resto de tu vida!

Adelaide me miró con ira, una mezcla de miedo e incredulidad. Me levanté cuando ella empezó a patear y a gritar furiosamente. Ignoré su ataque de ira y, colgando la alforja en mi hombro, salí con fuerza. Empecé a caminar hacia el establo. Mi vida sólo tenía espacio para un loco a la vez y afortunadamente, el primero de ellos, ya estaba muy bien ocupado por una rubia con boca carnosa y besos que conducían al paraíso. Entrando al establo, dejé la alforja colgada junto a la bahía de Esperanza.

—Hola, ¿señorita? —Susurré pasando mi mano sobre su espalda. —¿Tienes un minuto para escuchar a un viejo amigo?

Esperanza relinchó como para decir que sí. Ella era mía desde que yo era un niño. Ella era un potro cuando la recibí como regalo de mi padre y nos hicimos grandes amigos desde entonces. Agarrando un cepillo, tengo que cepillarlo. Siempre que necesitaba calmarme o centrar mis pensamientos, lo hacía. Comencé a compartir mis pensamientos con Esperanza hasta que me sentí más ligero.

Había dado órdenes expresas de que nadie dejara salir a Annabel del castillo y tanto Alistair como Aideen estaban de acuerdo con mi decisión. Estaba furiosa cuando intentó escapar esta mañana y los guardias la arrestaron. Todavía no había hablado con Aideen sobre lo que había pasado durante nuestra estancia en la posada y estaba reuniendo el valor para pedirle la mano de Annabel, ya que era su hermana y reina.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que decidí bañarme. Necesitaba hablar con Alistair sobre qué hacer con Morvan. Se había puesto furioso cuando vio al hombre responsable de la muerte de Cora y su primera reacción fue tratar de matarlo. Como había hecho Annabel, Aideen se interpuso y sugirió un juicio. Sin embargo, dudaba mucho de que Alistair lo juzgara y, para cumplir mi promesa, tendría que subir a algunos de mis hombres para ejecutarlo. Morvan pudo

haber estado en la cárcel, pero aún así representaba un gran peligro. Todavía existía el hecho de que los hombres de MacGregor estaban vestidos como soldados ingleses y llevaban a cabo ataques, lo que sólo hacía que las intenciones de Roy de promover una guerra externa fueran aún más claras. Tendrían que detenerlo lo antes posible.

Después del baño, pasé por la cocina y me dirigí al salón principal, donde sabía que Alistair y Aideen estarían. Oí voces alteradas que venían de adentro. Franzin' mi frente, abrí la puerta y me encontré con una Annabel enojada y mojada. También había una cubierta de barro o arena, no estoy seguro, pero era negra y cubría su pelo empapado.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¿Interrumpo algo? —Me pedí a mí mismo que me acercara a vagar y pusiera la cesta de frutas sobre la mesa. —¿Qué te ha pasado? Parece que tropezó con un charco de barro.

Annabel gruñó cerrando los puños.

—Estaba sentado en el patio junto al jardín, leyendo un libro en silencio, cuando me sorprendió un chorro de agua fría. Pero no se detuvo ahí, pues cuando me levanté asustado, me lanzaron otro —dijoen tono de enfado. —Cuando levanté la vista, esa loca de Adelaida sonrió con desdén sosteniendo un cubo.

Annabel estaba gritando furiosamente. Me sorprendió porque no parecía un acto que Adelaida tomaría.

—¡Debe ser un error! —dijo que intentaba aliviar la situación. —¿Estás seguro de que era Adelaide?

Annabel cerró los ojos.

—Ahora, además de estar loco, soy un mentiroso? —gritó ella. —¡Esa mujer me tiró agua sucia!

Aideen se acercó a nosotros y puso su mano sobre los hombros de Annabel.

—¡Cálmate, hermana mía! —dijo ella. —Nadie aquí cree que estés loco o que eres un mentiroso. Sé que dices la verdad y nunca me mentiría a mí mismo.

Annabel respiró hondo y las lágrimas comenzaron a aparecer en sus hermosos ojos.

—No quiero quedarme aquí bajo el mismo techo que esa mujer loca. Quiero ir al convento, donde sé que estaré a salvo. —olfateó. —Si me quedo, con Adelaida burlándose de mí de esa manera, no sé si podré responder por mí misma.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Preguntó Aideen. —¡No lo entiendo!

—¡Aideen, voy a matarla! —Annabel despedida.

Aideen miró a Alistair, que me miró fijamente. Agité la cabeza en negativo y él respiró hondo. Aideen hizo una mueca y me regañó con la mirada, pero ella asintió.

—Annabel, como dije antes, este es el lugar seguro para que estés ahora.

Respiré hondo, agradeciéndote con mis ojos. Sabía que la tormenta iba a estallar pronto, pero estaba listo para calmarla o irritarla aún más.

—¡Estoy de acuerdo! Eso va por los dos. —dijo. —Como capitán de la guardia, no aconsejo dejar Dunhill ahora. Si es posible, quédate en el pueblo y nada más.

Annabel gruñó e hizo una cuenta atrás esperando mentalmente el momento de la explosión.

—¡Eso es absurdo! —explotó. —¡Si me hubiera hecho prisionero, me habría quedado con mi madre!

Respiré profundamente.

—Annabel, no estoy tratando de hacerte prisionera.

—¡Nadie lo es! —sostuvo a Alistair.

—Lo viste en el camino. —Dijo, acercándose a ella. —Has sido atacado innumerables veces por soldados vestidos de ingleses, que sabemos que han sido enviados por su padre para ayudar a Rávena y sembrar el terror. No puedo garantizar tu seguridad lejos de esas paredes.

Gruñó una vez más, cerrando los puños. Como si leyera sus pensamientos, sostuve la muñeca de Annabel antes de que su mano me tocara la cara.

—¡Ya te pedí que no hicieras eso! —dijo entre dientes.

—¡Él no es mi padre! —lo devolvió en el mismo tono. —¿Por qué sigues diciendo eso?

—Entiendo tu sufrimiento, pero seas o no tu padre, por tu propia seguridad, te quedarás en Dunhill con tu hermana. —Alistair disparó con fuerza.

Manteniendo mi ojo en el suyo, completé la orden dada por Alistair.

—Que quede claro, que ninguno de mis hombres puede escoltarte fuera de este castillo más allá de los límites de Dunhill. Si insistes, los estarás condenando a muerte, porque yo lo haré si alguno de ellos me desobedece para ayudarte.

Annabel puso los ojos en blanco como una niña atrapada en una trampa.

—Sé lo persuasivo que puedes ser —dijosonriendo.

—¡Lo odio con toda la fuerza de mi pensamiento! —ella disparó y con un tirón, soltó su muñeca de mis manos y salió con fuerza. —¡Odio mi vida!

Annabel aún gritaba cuando cerró la puerta del salón. Cerré los ojos tratando de contener el dolor que sentía. Adelaide había cruzado toda la línea incluso después de que le advertí.

—¡Tienes que hacer algo al respecto! —Aideen disparó. —Annabel es mi hermana y la protegeré de cualquiera, con uñas y dientes. No pregunté nada sobre lo que escuché ayer, pero quiero saber más sobre ello más adelante. Por lo tanto, resuelve el lío que hiciste, porque si sufre, la mataré, Bruce.

Aideen salió de la habitación con pasos duros y apresurados. Probablemente va a conocer a Annabel.

—¡Ella tiene razón! —dijo Alistair acercándose. —Habla con Annabel antes de que sea demasiado tarde. Ya sabes lo explosivo que es MacBride. Hasta temo por Ravena cuando esas chicas la encuentren.

Estuve de acuerdo, de acuerdo con Alistair. Respiré hondo y caminé hacia la canasta de frutas para conseguir una manzana.

—¿Podemos cambiar de tema ahora? —pregunté con voz seria. —Hay asuntos más serios que quiero tratar con usted y que requieren mucha atención. Menos mal que Aideen se fue y no participó en ellas.

Fruunció el ceño.

—¿Tan malo es?

—¡Demasiado!

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Dime, ¿qué son estos asuntos?

Pasé toda la tarde hablando con Alistair. Discutimos asuntos de guerra. Decidió enviarle una carta a Alec diciéndole que Annabel estaba a salvo en Dunhill y que tuviera cuidado con los hombres de Roy porque se estaban disfrazando de ingleses, pero él creía que ya lo sabía. Alec no tenía nada de tonto en él, y detrás de su seductora cara de ángel había un asesino frío y cruel. Sólo yo conocía este lado de Alec, porque lo había experimentado antes.

Una noche, mientras patrullaba, terminé siguiendo a un hombre encapuchado. Sabía que era un mercenario y creí que estaba huyendo, pero no. El hombre me llevó directamente a un campamento, donde dormían varios hombres. Entre ellos estaban Morvan, Kaiser y un hombre

llamado Oliver, que huyó cuando se dio cuenta de que todo el mundo estaba siendo atacado. Sí, fue una trampa, pero no fue promovida por mí. Unos minutos más tarde descubrí que el hombre que había seguido y que me había conducido deliberadamente a esos mercenarios había sido Alec. Me horroricé cuando lo vi luchar contra ellos y matar a varios hombres más fríos que yo. Cuando todo terminó, y los pocos sobrevivientes escaparon, Alec me dio a Kaiser para que lo llevara a Dunhill para el juicio. Por supuesto, nunca cumplí esa misión y maté a Kaiser antes de que llegáramos. Ese era nuestro único secreto y la mentira de que Alec estaba en un monasterio para estudiar política se había mantenido.

Alistair no tenía idea de que su hermano estaba tan cerca del frente, mezclado con los mercenarios, fingiendo ser uno de ellos, quemando aldeas y saqueando. Cuando lo vi, me di cuenta de por qué nadie lo había reconocido. Alec era diferente con el pelo largo y la barba. Nadie diría que él era el príncipe y creo que los que lo reconocieron murieron o fueron incapaces de decir nada.

Después de una mañana de carrera, decidí hacer las rondas alrededor de Dunhill para asegurarme de que Aideen y su bebé estuvieran a salvo. Eso me haría olvidar un poco a Annabel por un tiempo. Sería la primera noche desde que llegué al castillo. Después de horas de cabalgar, no había encontrado nada y todo parecía seguro. Decidí volver al castillo y tomar un baño para descansar. Quería hablar con Annabel después de cenar. Cuando pasaba por el pueblo, me llamó la atención un esbelto remanente cubierto con una capa encapuchada. La frente de Franzí, porque conocía esa figura de alguna parte. Caminó apresuradamente hacia la posada y yo la observé desde lejos. La figura que se giró para ver fue seguida y su cara encontró la luz. Reconocí los ojos azules de Annabel y su cabello casi blanco.

—¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí? —Susurré entre los dientes.

Pasando las manos por encima de mi cara, respiré frustrado cuando ella entró en la taberna. Esa criatura no conocía los peligros que la esperaban en ese lugar. Las tabernas eran lugares donde los borrachos incómodos y los hombres viles atacaban a chicas como Annabel. Además, seguía existiendo el hecho de que podría haber mercenarios dentro. Poniendo el caballo en movimiento, me dirigí hacia la taberna.

—Será una noche muy larga.

Capítulo 15

Annabel

—¡Así que una taberna es así! —Susurré con emoción mientras contemplaba el lugar.

Había mesas en el centro y un bar. Todo estaba iluminado por varios candeleros. Una chimenea se quemó en una esquina, calentando aún más el lugar, que era bastante espacioso. Tuve la oportunidad de visitar una taberna cuando estaba atrapado en ese pueblo durante la ventisca, pero por miedo a lo que vería, me di por vencido. Siguiendo mis impulsos, bajé por el capó y me dirigí al mostrador. Todo el mundo se detuvo a mirarme mientras caminaba, tal vez porque nunca habían visto a alguien como yo en un lugar como ese. Aunque estaba vestida de manera sencilla, mis gestos sobrios y mi delicadeza, me denunciaron. Todo el mundo sabía que yo era una familia con posesiones y eso me convirtió en blanco de saqueadores o perversos. Realmente no me importaba, porque llevaba la bestia que le robé a Bruce y no tenía miedo de usarla. Esa noche sólo quería sentirme vivo. Quería sentirme libre y olvidarme de Bruce.

—¡Buenas noches! —dijo sonriendo al hombre detrás del mostrador. —¿Qué pueden ofrecerme por un trago que no sea agua?

Me miró de arriba abajo y se apoyó en el mostrador. Su pelo era rojizo y sus ojos claros. No tenía el ojo hostil, pero me miraba con preocupación.

—¿Perdido o huyendo? —acaba de preguntar. —De cualquier manera, este no es un ambiente para alguien como tú, jovencita.

Esnifar frustrado. Era obvio que una taberna no era lugar para alguien como yo. Siento no haberme puesto la ropa de uno de los cocineros.

—No soy una chica, pero respondiendo a tu pregunta, estoy huyendo.

—¿Madre o marido?

Me he reído un poco.

—En realidad, un amor no correspondido. —Suspiré. —Se va a casar con otra persona, y para empeorar las cosas, tendré que estar allí.

Puso los ojos en blanco y sonrió de buen humor.

—Oh, chico. En este caso.... —se volvió hacia el otro lado de la barra y, tomando una taza, se volvió hacia mí, golpeándola con fuerza contra la madera. —Te recomiendo que bebas esto.

Miré dentro de la taza el líquido espumoso y amarillento que me dio e hice una cara.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Le pregunté con desconfianza por qué no me ofreció vino.

—¡Se llama cerveza!

—¿No hay vino?

—¡Bueno! No suelo servir vino en mi taberna y no creo que tenga ni un solo barril en mi stock. —Miré la bebida haciendo una cara. —Créeme, si no te gusta, no te cobraré esa taza.

Respiré profundamente.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Lo dije antes de llevarme la taza a los labios. —Que así sea!

Al principio, la bebida tenía un sabor dulce, pero tan pronto como el sorbo pasó por mi garganta, se convirtió en algo amargo y fruncí el ceño mientras me limpiaba la boca con la manga del vestido.

—¡Vaya, qué cosa tan horrible! —dijo asintiendo con la cabeza, pero luego sonrió. —Es diferente y me gustó mucho!

El hombre se echó a reír y golpeó el mostrador.

—¡Sabía que te gustaría! —dijo estirando la mano. —¡Soy Alastor! ¿Cómo te llamas?

—¡Soy Annabel! —pero se empeñó en besarla suavemente.

—Encantado de conocerte, Annabel. —dijo. —Si quieres un consejo, quédate aquí en el mostrador y ahoga tus penas con tantas tazas como quieras. Para poder vigilar a una chica tan hermosa.

—¿Gratis? —pregunté arqueando la ceja.

—No, pero por supuesto que te costará unas cuantas monedas —dijo sonriendo. —Sin embargo, es sólo para las bebidas. Tengo una hija menor de tu edad y no me gustaría verla en un lugar como éste. Si me dices dónde vives, le pediré a mi hijo que te lleve cuando decida irse, o si lo prefiere, puedo dejarte dormir en uno de los bancos de madera hasta el amanecer. Será incómodo, pero seguro.

Respiré profundamente mirando los asientos. Ya había dormido en el suelo muchas veces, dormir en bancos no estaría nada mal y realmente no quería volver al castillo esa noche.

—Si no te importa, me quedaré con los bancos.

—¿Estás seguro de eso? Mi hijo sólo tiene 12 años, pero conduce un carro como ningún otro.

—¡Sí, lo sé! A pesar de su amabilidad, no quiero volver a casa esta noche. —Respondí con una cara triste. —Ni siquiera sé si quiero volver algún día.

Se encogió de hombros, yendo a ver a otro cliente.

—Si cambias de opinión, házmelo saber.

Sólo asentí con una sonrisa antes de volver a poner la taza en mi boca. Me volví para contemplar el lugar. Era todo de madera, muy espacioso y aireado. Había como 15 personas esparcidas por las mesas. Otros se esparcieron en un rincón de la sala mientras bailaban animadamente frente a la chimenea. Había un hombre tocando las canciones típicas de nuestra tierra con una flauta, mientras que otro cantaba. Una y otra vez, una mujer se unía a ellos. Mirándolos, todos parecían tener una vida muy buena y feliz. De repente todo mi cuerpo tembló y, sutilmente, miré a mi alrededor buscando a aquel que conocía, que estaba allí en algún rincón. La mirada de Bruce, de alguna manera, estaba sobre mí. Mi cuerpo podía sentirlo mirándome, pero no podía encontrarlo. No estaba en ninguna de las mesas y no había ningún hombre con una capucha en la cabeza. Los que llevaban capas se distanciaban más y hablaban animadamente. Se suponía que eran cazadores, pero por miedo a ser mercenarios, miré hacia otro lado para no llamar la atención. Insistí en mi búsqueda nerviosa, pero no pude encontrarlo. Si Bruce estuviera en la taberna, estaría muy bien escondido.

—¡Cálmate, Annabel! —Me susurré a mí mismo. —Estás impresionado, eso es todo!

Intenté concentrarme en la bebida, que era realmente muy amarga, pero muy sabrosa y centré mi atención en el baile. No me tomó mucho tiempo irme e ir al grupo que estaba bailando. Le prometí a Alastor que volvería en cuanto me cansara o se acabara la música. Las mujeres que bailaban alegremente me invitaron a unirme a ellas. Fue la segunda vez que me sentí bienvenido y cómodo en un solo lugar. Todos se rieron y aplaudieron hasta que el baile evolucionó para las

parejas. Uno de los hombres de la capa hizo una medida invitándome a bailar y no vi ningún daño en compartir un baile con él. Cuando la canción terminó, fui al mostrador a tomar un poco de aire. Alastor me trajo otra pinta de cerveza y seguimos hablando. No sé cuánto tiempo me llevó revelarme entre beber y bailar, hasta que empecé a sentirme mareado. Sabía que era tarde, pero la diversión estaba lejos de terminar. Deshaciéndome de los brazos del hombre que bailaba conmigo, pedí permiso y traté de llegar al mostrador. Necesitaba un vaso de agua y aire fresco. La puerta de salida de la taberna parecía más cercana que el mostrador, así que me fui. Tan pronto como salí y la necesidad de vomitar me dominó. Agachado, pongo las manos sobre las rodillas y dejo salir todo el líquido. Cuando estaba a punto de levantarme, sentí una mano en mi espalda.

—¿Estás bien? —La voz del hombre que bailó conmigo resonó en mis oídos. —¿Puedes caminar?

Asentí y levanté mi cuerpo con los ojos cerrados. Levantando la cabeza y respirando hondo, abrí los ojos. Todavía estaba mareada, pero lo suficientemente lúcida como para ver que había más de un hombre con él.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Srta. MacBride! —Dijo con voz profunda y fría. —Odiaría llevarla con su madre en un estado deplorable, pero si es necesario, la sacaré de aquí por la fuerza.

Lo saqué de su mano y con una velocidad que no sabía de dónde venía, lo empujé con fuerza. Aproveché la oportunidad de coger a la bestia y dispararle. Cuando lo vi tirado en el suelo, traté de correr, pero no pude ir muy lejos, porque una mano me agarró el brazo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Grité cuando me ató la cintura.

—¡Por favor, no me obligues a hacerte daño! —dijo entre sus dientes mientras yo me levantaba del suelo. —Porque me encantaría hacerlo. Estoy al tanto del trabajo que les diste a los otros hombres de Inverness.

—¡Si no me bajas ahora, te unirás a ellos! —Te amenacé.

Los hombres que lo seguían hacia una carreta comenzaron a reírse y pude ver exactamente cuántos eran. Había cuatro o cinco hombres, aparte de los que ya yacían en el suelo. La bestia sólo disparaba un tiro a la vez y yo tenía que recargarla. El brazo del idiota pasó sobre el cinturón donde las flechas estaban clavadas y no pude atrapar una. Levantando mi mano libre, llegué a uno de sus oídos y tiré con fuerza. El hombre dejó de gritar mientras yo tiraba. Uno de los hombres se acercó y lancé a la bestia en su dirección. El arma te golpeó la cabeza.

—¿Qué carajo...? —gritó. —¿Diste una recompensa por traer a una chica o al diablo?

—¡Suéltame la oreja, mocososo! —gritó el otro.

Aproveché que se inclinó, así que le di un pie. Con eso, gritó de dolor y me dejó ir. Agarrándole los hombros, le di una patada en la parte inferior y lo tiré al suelo. Otro se me acercó y, tirando de una flecha, se la clavé en el pecho mientras se acercaba. Corrí a la taberna, pero otro hombre vino demasiado rápido agarrándome la muñeca. Me di la vuelta mordiéndole la mano y terminé recibiendo una bofetada en la cara.

—¡Putas! —gritó cuando cayó al suelo. —¡Traigan la bolsa y la cuerda!

Entré en pánico con la mano en la cara. Debido a los mareos, apenas podía razonar, así que era muy difícil escapar. En otra ocasión, ya estarían muertos en el suelo frío. La lluvia comenzó a caer fuerte, dejándome empapado. Todo lo que podía hacer era llorar de rabia por ser vulnerable. Traté de levantarme, pero una mano fuerte apretó mi hombro tan fuerte que gruñí con dolor.

—Quédate donde estás o te haré pedazos. —amenazó y luego se agachó delante de mí. —¿Sabes que dudé cuando me dijeron que un demonio de pelo plateado diezmó a casi la mitad de

los hombres que fueron enviados tras de ti en Inverness?

—Desátame y quizá te muestre cómo lo hice. —se ríe de una manera perversa tirando de las manos que el otro ató. —¡Cobarde!

Se rió.

—No todo el dinero del mundo vale la vida de mis hombres y he perdido suficiente. —contestó irónicamente y miró a su compañero, que estaba parado detrás de mí. —Creo que preferiría estar con dos hombres que arriesgarme a llevarla sola.

Todos empezaron a reírse y yo gruñí. Otro hombre vino hacia mí, pero no me alcanzó, porque un zumbido cortó el aire. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tirado en el suelo con una flecha en el pecho. El hombre que acababa de atarme también cayó al suelo con una flecha en el pecho.

—Es bueno saber que tienes ganas de ser enterrado con tus hombres.

La voz fría de Bruce cortó el aire y miré en la dirección del sonido. De pie a la puerta de la taberna, estaba de pie con una bestia de dos tiros, bajada a un lado de su cuerpo. Miró al hombre con furia en los ojos. Sacando la espada, Bruce comenzó a caminar lentamente hacia nosotros. Parecía un felino con sus pasos lentos y su mirada fija en su presa. La ropa negra que llevaba le daba más miedo.

—¡No te acerques a ella o le cortaré la garganta! —dijo el líder de los hombres que me agarraban y me levantaban.

Puso una daga contra mi cuello y eso detuvo a Bruce.

—¿Annabel?

—Oh, ¿sí?

—¡No te muevas! ¡No te muevas!

Di mi consentimiento respirando profundamente. La lluvia helada hizo temblar mi cuerpo, con el miedo que sentí por primera vez mientras defendía mi vida. Bruce bajó su espada y con un gesto rápido sacó una daga de su cintura, disparando a mi verdugo. Oí el gruñido de dolor del hombre y en segundos estaba en el suelo, lavándome con él. Bruce se acercó guardando la espada.

—¿Qué pasa? —Preguntó.

—¡No! —Dije que golpeándome la barbilla. —No volveré a beber cerveza en mi vida.

Bruce agitó la cabeza y, para mi sorpresa, sonrió. Excepto por la capa que le cubría la espalda, me enrolló en sus brazos.

—Vamos! Creo que necesitas dormir bien. —dijo, yendo a la taberna.

—¿Está bien? preguntó Alastor preocupado.

—¡Sí, amigo mío! —contestó él. —Sólo un poco asustada, lo que es muy inusual para esta chica traviesa. ¿Está bien si pasamos la noche en la cabaña?

—No hay problema! —Alastor respondió. —Aunque no lo uso mucho, la cabaña está limpia y organizada. Creo que vas a necesitar agua y algo de comer. Haré que Eric te lo lleve.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—Cuídala bien y asegúrate de mantenerme informado.

Bruce asintió y frunció el ceño. ¿Qué clase de cabaña era esa? ¿Cómo conoció a Alastor? ¿De dónde salió Bruce si no lo vi en ninguna parte? Esas fueron algunas de las preguntas que me hice y que quería que me respondiera, pero estaba demasiado cansada para pensar.

Cuando Bruce abrió la puerta, contuve la respiración con sorpresa. La cabaña era pequeña, pero cómoda y aireada. Había una chimenea delante de una cama de heno y piel de oveja. También había una mesa en el centro y Bruce me sentó sobre ella comenzando a desatar mis muñecas. Se quedó callado mientras yo hacía eso y el silencio me molestó.

—¿No vas a decir nada? —Le pregunté extrañamente cómo no se había peleado conmigo.

—Si quieres saber si estoy enfadado, sí, lo estoy. —contestó sin apartar los ojos de lo que estaba haciendo. —Aún así, no puedo culparla después de todo por lo que ha pasado.

Sorpresa, fruncí el ceño y me estremecí por el frío. Bruce se frotó las manos contra mis brazos y terminó de quitarme la cuerda. Gruñó cuando vio que la fina marca causada por las cuerdas en una de mis muñecas....

—¡Esos malditos animales! —gritó, llevando mi muñeca a sus labios y besándose. El gesto hizo que mi sangre circulara más rápido y mi piel temblara. Aguanté la respiración. —Seguí esperando que no fueran quienes yo creía que eran, pero me equivoqué y me llevó demasiado tiempo actuar.

—Sabía que estabas en la taberna, pero no podía verte. —Disparé sin pensar.

—Estaba en la esquina opuesta del bar, en la oscuridad, sentado en una silla. —respondió inclinando una mano a cada lado de mis muslos sobre la mesa. —A partir de ahí, tuve la visión perfecta de todo y de todos.

—¿Todos ellos?

—Todos ellos! —susurró haciendo que me ahogara.

Sonrió sexy. Su cabello estaba pegado a su frente y su cara estaba muy cerca de la mía. La camisa negra que llevaba estaba con las cintas a la altura del pecho, desatada y eso me dio un hermoso vistazo. Llamaron a la puerta y fue a contestar.

—Capitán, mi padre envió esto para que la casera lo alimente y algo de ropa para calentarlo —dijola voz de un niño, y me imaginé que era el hijo de Alastor.

—¡Gracias, Eric! —Dijo que tomaras las cosas y las trajeras a la mesa. —Volvía de la patrulla cuando la vi entrar en la taberna y decidí ir tras de ti en caso de que te metieras en problemas.

Bruce dijo que si se cruzaba de brazos y se detenía frente a mí. Poniendo una mano en su barbilla, Bruce me miró durante unos segundos.

—¿Qué te hace pensar que tienes un amor no correspondido? —preguntó.

Abrí los ojos y supe que mis mejillas estaban rojas, porque sentí un calor que se elevaba hasta mi cara.

—¿Escuchaste lo que dije?

—Sí, y no me gustó verla arriesgarse por mí.

—Eres muy presuntuoso, ¿lo sabías? —pregunté indignado. —No me estaba arriesgando por ti, sólo quería divertirme y olvidar que sólo me quieres como tu amante, ¡estúpido tonto!

Tan pronto como terminé de hablar y los labios de Bruce cubrieron los míos con un beso voraz que me mareó aún más. Sus manos apretaron mi garganta y yo puse la mía alrededor de sus anchas muñecas.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo jadeando. —Esa parece ser la única manera de hacer que deje de decir tonterías o que deje de ofenderme. He estado luchando con un deseo incontrolable que me ilumina cada vez que miro. Ese deseo me asustó porque no sabía qué hacer. Nunca he sentido nada tan fuerte como lo siento por ti, Annabel.

La voz de Bruce salió fuerte y arrastrada. Apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos.

—Cuando dije que no soy un hombre para seducir y dejar a una mujer por puro placer, no estaba mintiendo. Nunca quise unirme a una mujer por pura conveniencia y siempre me empeñé en posponerlo todo lo que pude.

—No lo entiendo! ¿Es una disculpa por poseerme?

—Sí y no! —se tomó un descanso. —Realmente me sedujiste esa noche, pero no fue tu culpa. La había querido desde que la encontré en el bosque ese día, cuando vine a la boda de Alistair. No lo supe hasta el día que la besé en la posada.

Sonreí cuando recordé ese día y volví los ojos.

—¡Me tiraste de mi caballo, Bruce!

—Lo sé, pero en mi defensa, pensé que eras un bandido —dijo encogiéndose de hombros. — Al final tenía razón, porque me robaste el corazón y el alma. Te pertenecen a ti y sólo a ti!

Sniffling, cerré los ojos con fuerza.

—¿Cuánto cuesta Adelaide?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te vas a casar con ella o lo has olvidado?

Bruce respiró un largo suspiro.

—¡No me casaré con Adelaide!

—No?

—No. Bruce susurró. —Por eso la atacó durante la cena y esta mañana.

—No lo entiendo! —Susurré frunciendo el ceño. —¿No tenías un trato que decía que debías enfrentarte a ella?

Sonrió a un lado.

—¿Cómo sabes del trato?

—Vasallos! —Respondí con sarcasmo. —Escuchan todo lo que decimos en las esquinas. Creo que deberíamos susurrar.

—¿Eso es una invitación? Porque sabes que puedo hacer que no sólo susurres.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral haciendo que mi sangre palpitará. De hecho, no era lo único que latía. Al darse cuenta de mi molestia, Bruce sonrió, y luego se puso serio de nuevo.

—El trato fue hecho por mi padre con Ector. No fue una palabra que dije, así que puedo anularla si quiero. —se tomó un descanso. —He elegido anular porque no sólo necesito reparar su honor, sino que deseo hacerlo.

—Bruce, no...

—¡Te amo! ¡Te amo! —susurró.

Contuve la respiración cuando me besó. No se me ocurriría besar a Bruce con la misma ferocidad. Éramos como un mar de tormentas. Me apretó contra sus brazos y oí un gemido cuando le apreté el cuello. Mi cuerpo estaba en llamas y sentí que el fuego me consumiría en cualquier momento. Bruce me levantó en sus brazos y me acostó. Sonrió antes de besar mi regazo y empezó a aflojar los lazos del corpiño. Sosteniendo la barra de su camisa, se la puse sobre su cabeza y la tiré al suelo. Derribando a Bruce de espaldas en la cama, me subí a él y sonreí.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento, pero me han acusado de ser una bruja seductora —dijo susurrando. —Es hora de probar esa teoría.

Bruce contuvo la respiración cuando lo besé. Me agarró el pelo e intentó sacarme de él, pero yo lo detuve. Gruñó cuando pasé mi mano sobre su pecho y abdomen. Bajé un poco hasta sus piernas, abrí sus pantalones y toqué su miembro. Cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración. Bruce era duro y duro cuando empecé a tocarlo. Levantándome la falda, cabalgué sobre su miembro lentamente. Contuvo mi respiración y contuvo mis muslos con fuerza. Empecé a montarlo lentamente y me incliné para besarlo. Jadeó mientras apretaba la pared de mi vagina.

Cuando empecé a sentir esa sensación que parecía que iba a explotar, Bruce me sostuvo los brazos y nos dio la vuelta. Empezó a abastecerse rápido, haciéndome gritar. Sofocó mis gritos con su boca y se quedó con las medias. Pronto llegamos al éxtasis, juntos y caímos exhaustos.

—¿Quieres casarte conmigo?

Me salieron lágrimas en los ojos y asentí con la cabeza.

—¡Yo me lo quedo!

Capítulo 16

Bruce

Annabel apoyó su cabeza contra mi pecho mientras regresábamos al castillo. Estaba cansada de los acontecimientos de la noche anterior. Había pasado la noche teniendo innumerables pesadillas y despertando todo el tiempo. Por lo que puedo decir, las pesadillas fueron con el tiempo de su infancia, pasando por la violación de Aideen y la muerte de su hermana Aila. Aunque la situación era tensa, tuve la oportunidad y el placer de tenerla en mis brazos hasta el amanecer esta vez. Hicimos el amor una vez más después de que aceptara mi propuesta. Annabel fue capaz de despertar en mí algo que nunca antes había experimentado. Fue genial dormir con ella en mis brazos y poder protegerla. Ahora tenía que cumplir mi promesa y honrarla con mi palabra.

—¿Estás bien? preguntó Aideen tan pronto como entramos en el patio. —¿He estado preocupada toda la noche! ¿Dónde estabas tú? ¿Por qué desaparecieron?

—¿Lo siento, Su Majestad! —dijo que tomó la cintura de Annabel para ayudarla a desmontarla. —Vi a Annabel deambulando por la orilla del río y me confesó que le gustaría divertirse un poco. La llevé a la taberna, donde todo iba muy bien, hasta que fuimos atacados por unos mercenarios.

—¿Oh! ¡Dios! —exclamó asustada y abrazó a Annabel. —¿Están bien? ¿Qué fue esa absurda idea de ir a una taberna?

—¿Cálmate, Aideen! —dijo Alistair acercándose. —Estoy seguro de que Bruce tiene algo que explicar sobre ese ataque.

—Estamos bien, pero los mercenarios que la perseguían, desafortunadamente, no están respirando. —Respondí cruzando los brazos. —En cuanto a ir a la posada, no creí que hubiera suficientes hombres tontos para venir aquí tras ella, sabiendo que yo estaba de guardia.

Alistair se rió y Aideen agitó la cabeza de un lado a otro.

—Créanme, el pueblo está a salvo, pero les pido a ambos que no vayan más allá del bosque a la entrada del puente. —Lo hice. Annabel mencionó que parpadeaba, pero yo le corté el paso. —No pienses que es para mantenerte prisionero, pero hasta que averigüe cómo estos hombres están pasando a los guardias fronterizos, creo que es mejor no correr más riesgos.

—Pero... Annabel intentó discutir y me acerqué a ella.

—No más! —Susurré con una sonrisa. —Quiero morir de viejo a tu lado y no tratar de sacarte de un lío tras otro. Por favor, trata de hacer lo que te digo, sólo por ahora. ¿Te encuentras bien?

Annabel cerró los ojos y supo en ese momento que contaba hasta diez. Luego los abrió y me miró con su irónica sonrisa.

—¿De acuerdo! ¡De acuerdo! —me dijo finalmente y me abrazó. —Sólo si prometes morir de viejo.

Sonreí besando la parte superior de su cabeza y me alejé.

—¡Lo prometo! ¡Lo prometo! ¿Por qué no entras y descansas un poco? —Lo hice. —Tengo negocios con mi primo, y creo que me ha llevado casi todo el día. No quiero molestarle.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Annabel asintió. —¿Podemos hablar más tarde, entonces?

—Tal vez, si no estás cansado.

Annabel sonrió, se calmó y, de puntillas, me dio un beso en la mejilla. El gesto gentil me hizo temblar todo el cuerpo y la empujé hacia un beso. Aideen me miró desde su hermana y sonrió. Su cara era confusa, pero extática. Estaba seguro de que no pasábamos desapercibidos, ni siquiera por mi primo que me miraba de perfil.

Siguiendo mi consejo, Annabel agarró el brazo de su hermana y ambos entraron en el castillo.

—Entonces, ¿lo hicieron bien? —preguntó Alistair.

—Sí. —Dije sonriendo. —Le pedí que se casara conmigo y Annabel dijo que sí.

—Mis felicitaciones! —me dijo hola. —Annabel es una buena chica. Se combinan y merecen ser felices.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Suspiré. —Ahora necesito tu ayuda para echar a Adelaide. Sabes que no se rendirá hasta que pueda casarse conmigo.

—¡Y cómo lo sé! —respondió volviendo los ojos. —Hablaré con Ector para que te vayas esta tarde.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—Ahora, cuéntame esta historia sobre encontrarla en el lago —dijo sarcásticamente. —Sabes que eso no chocó con Aideen.

—¿No me crees?

Él puso los ojos en blanco y yo suspiré riendo.

—¡Está bien! ¡Está bien! No pude encontrarla en el borde del lago. En realidad, volvía de las rondas cuando vi a Annabel entrando en la taberna. —Ya te lo expliqué. —Decidí entrar sólo para mantenerla a salvo. Cuando me instalé en un rincón remoto, vi al grupo de hombres y pensé en sacarlo. Pensé que podría llamar su atención, ya que no sabía por qué estaban allí. Decidí mantenerme alejado, sólo mirando. Se estaba divirtiendo y no parecía haber ningún peligro. La dejaría tomar unas tazas de cerveza y luego la convencería de que viniera al castillo.

—¿Dejaste que Annabel bebiera cerveza?

—¡Sí! ¿Por qué no?

—Porque no es una bebida lo que le das a una dama.

—Como si no conocieras a tu cuñada. —Dije sarcásticamente.

—¡De verdad que no! —disparó irónicamente. —Usted, por otro lado, parece que la conoce muy bien, supongo.

Me he reído un poco.

—Sí, querida, y te diré que aún queda mucho por desentrañar.

—¿Supongo que estás dispuesto a pasar la eternidad haciendo eso?

—Por supuesto!

De nuevo, se rió y se apoyó contra la pared a mi lado. Alistair agitó la cabeza de un lado a otro y sonrió de manera libertinaje.

—Bruce MacCalister, el Caballero Negro, enamorado. Eso hasta suena gracioso —dijo que me pegaba en el hombro. —¡Bienvenido al club, primo! Sé lo que se siente y respeto tu decisión. Siempre fue un hombre de carácter y muy honorable.

—Con los padres y madres que he tenido, no sería muy difícil serlo.

Alistair asintió y luego me abrazó.

Después de pasar la tarde tratando de convencer a Adelaida de que debería irse lo antes posible antes de Dunhill, logré que aceptara irse al día siguiente. Sería una noche larga, porque todavía tendríamos la presencia de Adelaida en el castillo. Tuvimos que hablar con Aideen para casarnos con Annabel.

—¿Estás ocupada? —dijo poniendo su cabeza en la ranura de la puerta de la biblioteca.

—No —dijo sonriendo. —¡Entra, por favor!

Al entrar, cerré la puerta y me senté en el sillón frente a ella.

—Creo que Annabel te habló de lo que pasó. —Yo empecé. —Me gustaría decir que estoy profundamente avergonzado de lo que he hecho y le he dicho. Quiero dejar muy claro que amo a su hermana y nada me haría más feliz si usted bendijera nuestro matrimonio.

Aideen me sonrió tiernamente. Cada día se ponía más guapa debido a su embarazo.

—Bruce, desde que lo conozco, me di cuenta de que es un hombre íntegro y Alistair me aseguró que haría lo correcto. Mi temor era que yo fuera en contra de la voluntad de Annabel, pero sabiendo que Annabel también te ama y que están totalmente de acuerdo.... —se tomó un descanso. —Por supuesto que les doy mi bendición! Estoy feliz por tu unión con mi hermana y por no tener que matarlo.

Solté una carcajada y me levanté para ir hacia ella.

—No existes, ¿lo sabes? —dijo abrazando a Aideen. —Te prometo que la haré la mujer más feliz del mundo.

—Es realmente bueno! —se rió. —Annabel es mucho mejor que yo con un cuchillo.

Dejé salir otra risa y me despedí de Aideen. Respiré aliviado por la noticia. Sólo había una cosa que quería en ese momento. Sólo unas pocas paredes y puertas nos separaban. Sin pensarlo, salí corriendo, me dirigí al vestíbulo. Subía las escaleras cada dos escalones y sólo me detuve cuando llegué a la puerta de la casa de Annabel. Golpeé fuerte, así que era urgente verla. Fue justo antes del anochecer y sabía que la vería en la cena, pero realmente quería un beso de esa boca descarada y no podía esperar otro segundo. Annabel abrió la puerta y sonrió cuando me vio.

—Hey, hey, hey, hey, hey, hey, hey.

Eso es todo lo que pudo decir, porque, sin pensarlo, le ató la cintura y tomé sus labios en un beso arrollador.

Capítulo 17

Annabel

—¡Hola! Bruce susurró tan pronto como me dejó ir. Estaba tan sin aliento como yo.

—¿Puedo preguntar qué te ha pasado?

Bruce me sonrió y respiró hondo.

—Lo siento! —me susurró y me sacó de allí. —Estoy tan feliz que no pude evitarlo.

—¿Así que Adelaide estuvo de acuerdo en que nos casáramos y decidió irse? —pregunté levantando la cabeza para enfrentarme a él.

—Sí, pero tendremos que esperar hasta mañana, pero no es por eso que estoy feliz.

—¿Por qué, entonces?

—Aideen bendijo nuestro matrimonio y dijo que es muy feliz.

—¡Ya lo sé! Hoy hablé con mi hermana y le conté todo lo que pasó. —Me detuve para reírme. —Me engañaron para que me ocultara que ya no se casarían con Adelaide.

—Lo siento, pero quería hablar contigo, pero nunca me diste la oportunidad. —Giré los ojos y agité la cabeza. —Fui inflexible en el momento en que Ector me expuso el contrato.

—Estaba muy enfadado.

—Sí, pero fue Adelaide quien me preocupó. Lo había estado planeando desde que se enteró de la cita.

—¿Puedo imaginarlo! —...me retracté y me crucé de brazos...

Sabía por lo que estaba pasando Adelaide, pero a diferencia de ella, nunca planeé casarme un día. Para ser honesto, siempre te he agradecido por no haber elegido a nadie hasta ahora.

—¡Bueno! Olvidémoslo, porque no tiene sentido remar.

Bruce me susurró y me abrazó por detrás. Suspiré cuando tu aliento encontró la piel de mi cuello y me dio escalofríos. Cerrando los ojos, apoyé mi cabeza contra su pecho y me agarré fuertemente a sus brazos alrededor de mi cintura. Volviéndome a enfrentarlo, sonreí. Poco a poco empecé a aflojar las corbatas que cerraban la camisa en su pecho. Bruce jadeó, pero no hizo nada para impedirme continuar. Sólo sonrió.

—¡Annabel, compórtate! —susurró cerrando los ojos.

—¿Y si no me comporto? —He desafiado.

Bruce se rió mientras yo desataba nudo tras nudo, a veces chocando contra la piel de su pecho que se estaba revelando. Sonríe con nostalgia y arqueó la ceja. Se estaba divirtiendo a mi manera descarada.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Qué hago contigo? —susurró cuando terminé de desabrochar la habitación de los cinco lazos de su camisa blanca.

—Si no lo sabes, puedo enseñártelo. —Lo he debatido.

Bruce me acercó y me besó de la manera voraz que sólo él sabía hacer. Una de mis manos

enrolló mi cintura al apretarme contra su cuerpo. Tomé mis manos de su pelo y gimí cuando la lengua de Bruce invadió mi boca. Me besó con urgencia, como si nuestro tiempo se acabara y fuéramos a morir en cualquier momento. Nos dio la vuelta y en segundos yo estaba contra la pared, apoyada contra las piedras frías, que no eran suficientes para aplacar el fuego que consumía mis intestinos. Un golpe en la puerta interrumpió nuestro momento y a un gran costo Bruce se alejó de mí. Gruñí de una manera frustrada y él soltó una carcajada.

—¡Entra! —dijo mirándolo con una mirada infeliz.

Una criada entró en la habitación. Llevaba varios vestidos en los brazos y se puso roja cuando nos miró fijamente.

—¡Lo siento mucho! —dijo avergonzada —la reina me pidió que viniera a ayudarla a prepararse para la cena. Puedo volver más tarde si me estás molestando.

Bruce agitó la cabeza y, sonriendo, empezó a atarse las corbatas de su camisa de nuevo.

—No, Kayna, no estás molestando nada —dijo sin quitarme los ojos de encima. —Estábamos hablando y mi futura esposa me dijo que necesita una ducha fría antes de la cena.

Agité la cabeza de un lado a otro, entrecerrando los ojos. Bruce se rió aún más discretamente y se volvió hacia Kayna, que nos miró sin entender nada.

—¡Muy gracioso, Sr. Duke! —Me retracté, lo que hizo reír a Bruce.

—¡Cuida bien de ella, Kayna! —preguntó mientras pasaba a la chica, que sonrió a Bruce mientras se establecía. —¡Nos vemos luego! Ahora, necesito refrescarme un poco, porque he estado jugando con fuego y casi me quemo.

Sonríe sobre sus palabras. Kayna me miraba fijamente. Estaba esperando que mis órdenes empezaran a ayudarme. Hacía tiempo que no tenía una criada para eso, y para ser honesto, no me gustaba mucho. Afortunadamente, mi vieja niñera era una señora que me trataba como a una hija y se sentía muy cómoda hablando con ella. Era de noche cuando bajé a cenar con los demás. Imaginarme sentado al lado de Bruce me hizo sentir que la sangre hervía.

—¡Ésa no! —Susurré cuando vi que Bruce ya estaba en la mesa con Adelaida sentada a su lado con la cara de algunos amigos.

Recé para no ver a Adelaida en la cena después de lo que me dijo Bruce. Me miró desde la mesa y, para que sólo yo pudiera ver, pasó su mano por uno de los generosos muslos de Bruce. Obviamente, dio la excusa de que no era su intención, pero desde lo alto de la escalera donde yo estaba, estaba muy claro que no lo decía en serio.

—Que empiecen los juegos! —Susurré con una sonrisa y, respirando profundamente, bajé al salón.

Alistair apareció justo al lado de mi hermana. Llevaba un precioso vestido rojo y su pelo estaba atascado en una larga trenza. Le encantaba trenzarlos. Me uní a todos y me senté al lado de Aideen frente a Bruce.

—Annabel, no deberías estar sentada a mi lado, deberías estar sentada al lado de Bruce —dijo Aideen cuando se dio cuenta de que Adelaide me miraba. —Adelaide, ¿te importaría cambiar de lugar con Annabel?

Esnifando, Adelaide se levantó y cambió de lugar conmigo. Bruce sonrió mientras me ayudaba a sentarme.

—¡Buenas noches, hermosa dama! —susurró besando mi mano.

—¡Buenas noches, señor! —Lo devolví haciendo una reverencia.

Alistair se rió.

—¡Serán peores que nosotros! —Alistair dijo que besar la mano de Aideen.

Adelaida volvió los ojos para mirar asqueroso, al igual que Ector, que fue más lejos, y tomó una expresión de indignación en la escena. No había razón para ocultarle nada a nadie, ya que estábamos contentos y no habíamos hecho nada malo.

—¡Me encanta el vestido, hermana! —Dijo Aideen. —Combina con el color de tus ojos. Usted debe usar estos tonos más a menudo, en lugar de los tonos amarillos que lo hacen tan pálido.

Estaba vestida con un vestido de color turquesa que se había ganado Bruce.

—¡Gracias, Aideen! Fue un regalo de Bruce cuando estábamos atrapados en ese pueblo.

—¡Tienes un gran gusto, Bruce! —dijo Aideen sonriendo.

—¡Sí, lo es! —dijo Alistair. —Nunca pensé que supiera cómo elegir los vestidos.

—Tuve la ayuda de Abigail, una amiga de Annabel. Ella es la que los escogió, yo sólo pagué por ellos.

—¡Creo esta historia! —Alistair disparó.

Todos en la mesa se rieron, excepto Adelaida, que resopló aún más con el suave juego de Alistair y Aideen.

La cena transcurrió sin problemas, aunque Adelaida hacía hincapié, de vez en cuando, en toparse con Bruce debajo de la mesa o decir algo para confrontarme. Esa noche había decidido que no me rebajaría a su nivel y, usando una de las tácticas que mi madre me había enseñado, simplemente sonreí y la ignoré. Era una tarea muy difícil, pero me di cuenta de que se enfadaba cada vez más cuando la ignoraba. Eso me dio más satisfacción que amenazarla con un cuchillo o retorciéndome. Bruce vio lo que estaba haciendo y sonrió con el rabillo de su boca, mostrando que aprobaba mi actitud. Se podía ver que ya estaba irritado por el hecho de que Adelaida se topara con él o lo tocara siempre que fuera posible. Eso no fue una buena señal, porque Bruce era tan desagradable como yo cuando estaba enojado.

—Adelaide, me gustaría dejar muy claro que si tu mano vuelve a tocar alguna parte de mi cuerpo, te juro que te la arrancaré.

Todos miraron a Adelaida que, en el punto álgido de su irritación, se levantó de la mesa. Estaba roja, pero no enojada, pero avergonzada de que Bruce la hubiera expuesto.

—¡Se acabó la cena para mí! ¡Vas a pagarme por esa humillación! —Dijo con voz fría. — ¡Ambos lo harán!

Las últimas palabras fueron pronunciadas con desdén, pero fueron dirigidas a mí. Sentí que debía mantener los ojos abiertos hasta que ella se fuera. Esa noche, después de la cena, todos decidieron retirarse. Bruce me acompañó hasta la puerta de mi habitación y, con mucho esfuerzo, me dejó con un solo beso. Estaba frustrada porque dijo que sólo me volvería a tocar después de casarnos.

—¡Maldita sea! —Gruñí después de rodar por vigésima vez en la cama.

No podía dormir, así que decidí dar un paseo para despejar mi mente. Era tarde y llovía mucho afuera, así que decidí explorar el castillo de nuevo. La última noche que decidí hacer eso, terminé encontrando la habitación de Alistair, así que no volvería a ir por ahí. Me puse una capa sobre mi ropa de dormir y cogí un candelabro. Caminar me haría dormir de nuevo. Al salir de la habitación, miré de un lado del pasillo al otro. Fui a la pared donde sabía que había una puerta detrás del tapiz y fui en la dirección opuesta a la que había ido antes. No quería chocar con la puerta de la habitación de mi hermana y entrar por accidente. No sabía lo que había visto accidentalmente. El corredor que seguí era largo y tenía pocos pasajes. Estaba frustrado porque sólo encontré la prisión. Una cosa me llamó la atención y decidí mirar. Un soldado le había entregado un plato de comida a Morvan, pero su gesto indicaba que no sólo le había dado la

comida. Morvan sonrió al guardia y empezó a comer. Sospechoso, decidí decirle a Bruce que lo comprobara. Ahora tenía que encontrar su habitación. Respirando hondo, continué siguiendo el camino que tomaba el pasillo. Otra puerta no conducía a ninguna parte, así que volví atrás y más adelante seguí una escalera. Era circular, así que estaba segura de que estaba en la torre del lado norte. Subí hasta llegar al segundo piso. A unos pasos del hueco de la escalera, encontré un pasaje. Estudié bien las marcas y noté una palanca escondida detrás de una lámpara que estaba en la pared. Era muy curioso, así que encontrar lugares y dejarlos se convirtió en mi pasatiempo favorito. Cuando abrí el pasillo, me envolví en un tapiz y, con un poco de dificultad, logré salir por detrás. Había mucho polvo. Eso significaba que nadie usaba mucho esa ruta o que la señora de la limpieza era perezosa.

—¡Maldita sea! —Me quejé al sacar una telaraña que se me había quedado atascada en el capó.

Miré el tapiz y me sorprendió ver que era un retrato enorme y muy ancho. Me iluminé para ver mejor y contuve la respiración. En el centro del tapiz había tres personas bordadas. Una mujer, un hombre y un niño. La mujer tenía el pelo largo y negro y ojos del mismo color. Tenía una postura elegante y un aspecto cautivador, incluso para el bordado. Estaba sentada en una silla y tenía un niño con el pelo largo, sentado sobre sus rodillas. No tenía más de seis años y sus ojos eran azules. Aunque era muy pequeño, reconocí esa mirada, que miré con admiración al hombre que estaba a su lado y le sonrió. El chico era Bruce. El hombre de pie era su padre, pues percibí que tenía el mismo cabello negro y ojos azules que el niño. Bruce había heredado la mirada expresiva de su padre, que puede ir de seria a aterradora, dependiendo de a quién se dirija.

—¡Kelden MacCalister! —Susurré pasando mi mano a través del tapiz.

Los MacCalister eran dos hermanos: el padre de Bruce, que era el menor y había muerto cuando tenía sólo diez años; y el padre de Alistair, que era el mayor. Ellos heredaron de sus antepasados la corona que nos mantenía en completa armonía, hasta que Roy se deshonró con todo. Estuve admirando el tapiz por un tiempo hasta que se me ocurrió una idea. Si ese tapiz estaba allí, entonces...

El sonido de un profundo suspiro me llamó la atención y lentamente me di la vuelta. Mientras iluminaba el ambiente, notó los detalles en negro, el color favorito de Bruce. ¡Sí! Estaba en su habitación, así que sonríe contenta de poder encontrarlo. Mi sonrisa murió en cuanto encendí la cama. Bruce estaba acostado boca abajo sin camisa y cubierto con una manta de piel, de la cintura para abajo. Su cabello negro se le caía bajo los ojos, pero noté que estaba profundamente dormido. A su lado estaba Adelaida, tumbada con la cabeza sobre la espalda. No parecía que llevara nada puesto, porque la parte superior estaba descubierta. El odio se apoderó de mí y sin pensarlo dejé escapar un grito.

—¡Putas! ¡Bastardo!

Capítulo 18

Bruce

El grito de Annabel resonó en mis oídos y me despertó de un sueño que tenía sobre ella. Sentí un peso en mi hombro izquierdo y levanté la cabeza de una manera confusa para enfrentarme a Adelaida, que saltó a la cama, asustada.

—¿Adelaide? —Dije con sueño. —¿Qué haces en mi habitación? ¡Salgan ahora mismo!

Adelaida me miró con el ceño fruncido y con una mirada confusa. Lo que sea que estuviera tramando, se había olvidado de lo que haría tan pronto como la descubrieran. No tuve la paciencia de entender lo que ella hacía en mi cama y, además, estaba desnuda. Para empeorar las cosas, noté que Annabel estaba de pie frente a nosotros con una mirada enojada. Ella apretó el candelabro con fuerza y lentamente lo bajó al suelo. ¿Qué estaba haciendo en mi habitación también?

—¡Putá! —gritó ella. —¡Voy a matarla!

No tuve mucho tiempo para reaccionar o pensar, porque Annabel agarró el pelo de Adelaida y empezó a sacarla de la cama.

—¡Suéltame el pelo! ¡Idiota! —Adelaide gritó tratando de soltarse, pero fue inútil.

—¡Annabel, suelta a Adelaide! —Me ordené a mí mismo que me acercara. —¡Ahora!

Annabel continuó arrastrando a Adelaida hacia la puerta de la habitación, retorciéndose palabras ofensivas que no era bueno repetir. Sólo la palabra prostituta fue pronunciada varias veces en latín, griego, francés y en un antiguo dialecto que ni siquiera podía decir cuál.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Adelaide volvió a gritar.

—¡Bastardo! —Annabel gritó. —¿Crees que soy salvaje? Te mostraré lo salvaje que puedo ser. Te arrepentirás de haber tocado a mi prometido y de intentar engañarme.

—¡Para! —Yo lo pedí, pero ella me ignoró. —¡Annabel!

Por suerte para mí, la torre del lado norte estaba lejos de las habitaciones centrales donde Annabel, Alistair, Aideen, Ector y Adelaide tenían sus habitaciones. Como los sirvientes, que estaban en la parte de atrás del lado sur. Nadie vendría aquí porque no oirían los gritos. Fue precisamente por esta razón que decidí tener habitaciones en el lado norte donde se ubicaban las mazmorras. Como Annabel había encontrado mis aposentos, podía incluso adivinarlo, pero Adelaida mataría por audacia. Quería que Adelaide se fuera pronto para poder calmar a Annabel. Sabía cuál era la intención de Adelaida, pero dudó que Annabel cayera en su trampa, de lo contrario yo también estaría atrapado. Adelaida no conocía a Annabel, pero estaba a punto de saber de lo que era capaz. No sabía si me sentaría y vería a Adelaida conseguirlo o si la ayudaría y luego la mataría. La primera opción me pareció más interesante, pero pensé para bien, para dejarlo vivir por ahora.

Aunque sabía que me iban a dar una paliza, le agarré la cintura a Annabel y la levanté en el aire. La sorpresa hizo que soltara el pelo de Adelaida, que se cayó al suelo con la cara roja. Ella

me miró refunfuñando y sostuvo la sábana firmemente contra sus pechos. Mientras tanto, Annabel luchaba en mis brazos gritando que la dejara ir.

—¿Qué estás esperando? ¡Fuera, vamos! —Le ordené a Adelaide que se fuera.

—¡No! ¡Ella no huirá tan fácilmente! —Annabel gritó antes de darme un codo justo encima de la herida, que aún estaba sanando.

—¡Annabel! —Rugí antes de agarrar su brazo.

Afortunadamente, le dio tiempo a Adelaide para correr, pero no para evitar que Annabel agarrara la manta, dejando a Adelaide desnuda.

—¡Idiota! —dijo Adelaide sonrojándose. —¡Devuélvemelo!

—¡Pregúntale a uno de los guardias! —Annabel despedida con desdén. —Tal vez la calentará esta noche.

Annabel se rió cuando Adelaide intentó cubrirse con sus manos. Acaba de patear la puerta, golpearla y dejar a Adelaide desnuda fuera de la habitación.

—Estás loco, ¿lo sabías? —dijo con la mano sobre su abdomen. —Pero Adelaide se lo merecía. ¿Cómo entraste aquí? Mejor, ¿cómo encontraste mis aposentos?

—¿Cómo he entrado? Soy bueno para encontrar lugares, ¿lo olvidaste? —...lo devolvió de una manera muy dura —la pregunta es, ¿cómo entró esa vaca aquí?

—Si crees que invité a Adelaide, la respuesta es no.

Annabel me miró resoplando y se cruzó de brazos.

—Sé que no lo sabes. —ella disparó una sonrisa. —Si quisiera acostarme con ella, ya lo habría hecho.

—Exactamente!

—¿Por qué sus aposentos están tan lejos de los demás?

Respiré profundamente sentado en la cama y me pasé las manos por el pelo.

—He tenido muchas pesadillas durante años, así que me despierto gritando y a veces ataco a la gente. —Dije en voz baja. —Estaba cansado de despertar a todo el mundo temprano por la mañana y nunca predije cuándo iba a ocurrir. Aparte de Alistair, nadie más sabe que mis aposentos están aquí.

Annabel suavizó su expresión y tiró la manta, que todavía sostenía, sobre la cama.

—¡Lo siento mucho! —dijo pasando su mano por mi hombro. —Lo he visto tener estas pesadillas antes, y son realmente horribles.

Asentí, suspiré y fruncí el ceño, poniendo mi mano sobre mi abdomen.

—Cuando entré, parecía que dormías tranquila y profundamente.

—Es el té que me diste en el pueblo. —Ya te lo expliqué. —No he dicho nada antes, pero lo he estado tomando y ha tenido un muy buen efecto. Excepto que hace dos noches, he estado bebiendo a menudo desde que volvimos.

Agitó la cabeza de un lado a otro y respiró hondo.

—Adelaide debe haberlo seguido. Tal vez quería fingir que se acostaban juntos —dijoponiendo una cara. —Sabía por tus palabras antes de que te fueras de la cena que ella haría algo. Incluso para obligarlo a casarse con ella y no conmigo, pero llegué justo a tiempo para evitar un escándalo.

Dejé salir una risa sacudiendo la cabeza.

—Parece que tuviste la misma idea, ¿eh?

—Yo no bajaría tanto, ni siquiera porque no lo necesite. —Annabel se rió. —El corazón del duque ya es mío.

Me he reído un poco.

—Entonces soy arrogante.

—¡Eso es gracioso! —puso los ojos en blanco. —Encontré el pasaje por casualidad, estaba privado de sueño, así que decidí explorar los pasajes de nuevo para ver lo que encontré.

—¿Mi habitación tiene un pasadizo secreto?

—¿Por qué es eso? ¿No lo sabías? —ella sonrió a la pared detrás de ti. —Está justo detrás del tapiz.

Miré el tapiz, que en realidad era una foto de mi familia, y fruncí el ceño. Moriría en ese lugar sin saber que hay otra puerta de salida.

—No creo que ni siquiera Alistair lo sepa. —...dijo arqueando las cejas.

—Creo que sí, ya que él tampoco sabía lo del pasaje en su habitación. —Arqueé mi ceja y ella contuvo la respiración. —Es una larga historia, pero juro que fue por un bien mayor.

Me he reído un poco.

—Sé que estuviste con él antes de casarte con Aideen.

—¿Lo sabes?

—Sí. Igual que sé que le pediste protección para tu hermana.

—Quería asegurarme de que Aideen estuviera a salvo.

—Y lo hizo.

—Sí, ya lo tengo.

Ella sonrió y nos miramos fijamente el uno al otro por un rato. A pesar de que su cabello estaba despeinado y su cara roja, Annabel se veía aún más hermosa que antes. La capa que llevaba sobre la camisa estaba a medio abrir y mostraba parte del escote cuadrado de la prenda.

—¿Debería quedarme o irme? —preguntó ella de pie. Me quedé callado, sin saber qué decir. Quería mantener mi promesa de volver a tocarla sólo después de casarnos, pero era difícil de resistir. —¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Te dejaré descansar, porque mañana tendremos un largo día. Volveré por el pasaje, así que no corro el riesgo de conocer a nadie y sigo en mi aventura.

Respiré profundamente mientras ella se agachaba para agarrar el candelabro y la luz brillaba en su silueta. Quería decir que el ángel del bien ganó esa batalla y que la dejé regresar a sus aposentos, pero afortunadamente no fue así.

—¡Vete a la mierda! —dijo susurrando. —Nos vamos a casar pronto y no hay razón para no acostarse conmigo.

Caminé lentamente hasta donde estaba y me detuve detrás de Annabel. Mis pies estaban descalzos, pero ella contuvo la respiración tan pronto como sintió mi presencia.

—¡Dame eso! —Susurré y tomé el candelabro. —Quédate y duerme conmigo.

—¿Qué hay de tus pesadillas? —preguntó con un cable de voz. Me di cuenta de que Annabel estaba jadeando y luego sonrió.

—No hay mejor remedio contra mis pesadillas que tu presencia. —Susurré de nuevo. —Estoy seguro de que estaré a salvo a tu lado, después de todo esto no será la primera o última noche que pases conmigo.

—Bruce, no tengo sueño.

—¡Ni yo tampoco!

Sabía que Annabel no quería dormir. Podías sentir el calor emanando a través de tu ropa. Levanté una mano y le quité el pelo a Annabel, dejando su cuello para mostrárselo.

—¡Hueles bien! —Susurré antes de empezar a besar piel sensible.

La piel de Annabel me daba escalofríos, me hacía sonreír. Con mi lengua, dibujé lentamente el

contorno del cuello. Mi barba se frotó la piel y Annabel encogió el cuello. Soltando el candelabro, usé mi otra mano para sacar la capa y la manga del suéter. Estaba dibujando una línea desde su hombro hasta la curva de su cuello. Le besé la cara y le mordí la oreja hasta que oí sus gemidos. Comencé a mordisquear su cuello y hombro, apretando su pelo de la parte posterior de su cabeza. Annabel agarró mi ropa interior con fuerza y fuerza. Aproveché la oportunidad para tirar suavemente de su pelo y cuando me dio acceso, tomé sus labios en un beso voluptuoso. Continué la tortura usando una de mis manos libres para tocarle el pecho. Alterné el lado del cuello y desaté la capa. Desaté los nudos de mi suéter y lo volteé frente a mí. Tomé a Annabel en mis brazos y la llevé a la cama mientras la besaba. Se agarró a mi pelo mientras invadía su boca con mi lengua en un baile sensual.

Annabel pasó sus manos sobre mis hombros y brazos. Ella volvió a jadear cuando dejé sus labios para besar su regazo y bajó a sus pechos. Tiré del suéter por sus brazos y solté las dos delicadas montañas, que subían y bajaban mientras ella respiraba. Annabel contuvo la respiración cuando toqué el pico de uno de sus pechos con la punta de mi lengua. Me agarró el pelo y gimió cuando masticaba y luego chupaba suavemente. Se retorció en mis brazos, inclinando su cuerpo y dándome aún más acceso. Terminé de quitarme el suéter y seguí el rastro desde su abdomen hasta su ombligo con la lengua. Disfruté cada segundo, besando, mordisqueando y lamiendo cada centímetro de tu piel. No hay prisa, entonces, quería hacer que cada momento contara. Teníamos hasta el amanecer y el resto de nuestras vidas para disfrutar el placer del otro.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —susurró una y otra vez cuando llegué a la parte superior de su barriga. —No te detengas!

Sonríe a tu petición y besé tu clítoris. Me agarró el pelo con más fuerza y me hizo enterrar mi cara aún más profundamente entre sus piernas. Satisfecho con esa reacción, empecé a jugar con el pequeño botón que pulsaba con urgencia. Annabel gritó cuando inserté su lengua entre los labios de su vagina y se movió. Empecé a aprovisionarla apretando sus muslos para que se quedara en su sitio. Ella echó la cabeza hacia atrás para asegurarse de que estaba a punto de explotar, así que me detuve. Me puse de rodillas, me quité la ropa interior y pasaré por encima. Sin dejarla respirar, penetré en Annabel. Respiré profundamente tratando de controlar mis movimientos y empecé a almacenarlo. Ella me sostuvo de los brazos y empezó a explorar mi espalda tan pronto como empecé a moverme. Le puse las piernas contra el costado del pecho cuando me di cuenta de que se había unido a mí. Nuestros cuerpos se unieron en un solo movimiento, como si estuvieran bailando un vals perfecto. Ella gimió y gritó mi nombre mientras yo lo almacenaba, primero lento y luego rápido, siempre alternando. Con un movimiento rápido, le di la espalda. Le besé los hombros y el cuello de nuevo, causando incontables escalofríos. Le mordí ligeramente las nalgas y puse un dedo en su vagina, besando sus hombros y cuello otra vez. Ahogué otro de sus gemidos con mis labios cuando aceleré los movimientos de mi mano.

—¡Bruce!

Escuchar mi nombre susurrar una vez más me llenó de placer, así que reemplacé mi mano por la de mi miembro. Lo aprovisioné de nuevo y lo besé lentamente. Puse mi mano debajo de ella y empecé a masajear su clítoris. Gruñó siguiendo mi movimiento. Cuando estaba a punto de sucumbir, me convertí en Annabel de nuevo. Quería terminarlo mirándote a los ojos. Ella jadeó cuando, sin dejar tiempo, la penetré de nuevo y continué con los movimientos precisos. Ella echó la cabeza hacia atrás y besó su garganta, luego enterró mi cara en su hombro. Tomando sus manos, me entrelazaba con las mías y aceleraba el ritmo. Cuando sentí que iba a caer en éxtasis, levanté la cabeza para enfrentarla.

—¡Abre los ojos! —Lo hice. Abrió los ojos y me miró fijamente. —¡Mírame a los ojos!

Annabel asintió con la cabeza y aceleró aún más, haciendo que gritara mientras se burlaba. No dejé de almacenarla y pronto se construyó otro orgasmo que demostraba lo sensible que era. Ella gritó mi nombre de nuevo apretando mis nalgas y eso fue suficiente para que lo disfrutara de inmediato. Caí en sus brazos, jadeando, pero listo para más si ella lo deseaba. Permanecemos abrazados durante mucho tiempo hasta que nuestras respiraciones regresan a la normalidad. Levanté la cabeza y vi a Annabel sonreír.

—¡Hola! —Susurré besando tu frente.

—¡Hola! —Contestó en voz baja.

—¿Feliz?

—Mucho!

Sonríe besando tu frente y la punta de tu nariz. Besé sus labios suavemente y pronto el fuego del deseo volvió.

—¿Estás cansado?

—No, ¿por qué no?

—Porque todavía no tengo sueño.

—Yo tampoco!

Me besó reavivando mi deseo. Cuando la fatiga se apoderó de nosotros y Annabel apoyó su cabeza en mi pecho cayendo en un sueño profundo y satisfecho, hice una oración jurando protegerla y amarla por toda la eternidad. Antes de dormirme, le besé la frente y con una sonrisa me sumergí en la profunda oscuridad de un sueño tranquilo.

Capítulo 19

Annabel

Intentaba contener mi alegría de estar comprometido con Bruce. Cuando amaneció, volví a mi habitación de la misma manera que llegué a la suya. Quería venir conmigo, pero le pedí que se quedara para que no nos vieran. A la vuelta, aunque muy contento y algo distraído, no vi al guardia ocupándose de la celda de Morvan, pero el ángulo en el que me encontraba no dejaba mucho que ver, así que me imaginé que estaba en otro rincón de la habitación. Pensé en ir a investigar, pero decidí que lo mejor sería no presentarme delante de él. Hablaría con Bruce de ello y de la noche anterior también.

—¿Te ves aún más hermosa! —Bruce susurró. —Si eso es posible!

Le sonreí tan pronto como me senté en la mesa del desayuno. Bruce estaba dispuesto a provocarme y no hizo ningún esfuerzo para hacerlo.

—Sabes, no puedo esperar a que estemos solos otra vez para besar cada centímetro de tu suave piel. —se frotó el pulgar contra el lado de mi mano. —Besa tu boca hasta que pierdas el aliento y penetres tan profundamente, hasta que grites mi nombre y caigas exhausto sobre mi pecho.

Tuve un ataque de tos en el momento en que las palabras salieron de la boca de Bruce y se ahogaron con el jugo que estaba tomando. Con la cara más falsa del mundo, me dio una palmada en la espalda.

—Annabel, ¿estás bien? —Preguntó con una cara burlona que me hizo querer golpear a Bruce. —Come más despacio.

—¡Sí, lo estoy! —Respondí recobrando el aliento. —Me distrajo el extracto de un libro que leí. Fue muy gracioso, por cierto.

Bruce se rió moviendo la cabeza.

—¡Entonces puedes leer! —dijo Adelaida burlándose. —Lo siento si me sorprende un poco, pero por lo que he oído de Ravena, es muy estricta cuando sus hijas tienen algún conocimiento. Que yo sepa, ella cree que es un gran desperdicio, una mujer que pierde el tiempo con libros y otras tonterías como la libertad.

Las palabras de Adelaida salieron con un aire de libertinaje que me hizo querer volar en su pelo y sacárselas de la cabeza. Lo peor es que ella no estaba mintiendo, pero yo no quería recordar.

—Creo que a ti también te gusta leer —dijomi hermana con voz enfadada. —Lord Ector me parece un padre celoso y exigente, pero nunca negligente. ¿Qué libros ha indicado para mejorar su educación?

Ector suspiró refunfuñando.

—A Adelaide no le gusta leer —dijocon voz seca. —Incluso si su madre y yo la habíamos

animado, ella nunca tuvo la paciencia de leer. Aprendió con gran dificultad, pero odia leer cualquier libro.

—¡Bueno! —Adelaida dudó por un momento. —Es sólo que no soy un gran fan de la lectura, eso es todo.

—¿Debería pensar que es una desinteresada o una perezosa? —preguntó Aideen poniendo una fresa en su boca.

Todos se rieron mientras Adelaida resoplaba. Estaba tan roja que los moretones de su cara sobresalían. Ella sonríe con satisfacción cuando ve que las tapas que le di en Adelaida han sido tomadas con deseo. Tanto que algunos moretones se volvieron ligeramente morados. Incluso sus brazos estaban marcados.

—Adelaide, ¿qué te pasó en la cara? —preguntó Alistair en un momento dado. —Parece que se metió en una pelea con gatos.

—¡Sí, lo es! —Bruce lo enmendó con una sonrisa cínica. —¿Qué pasó para terminar con tantas marcas?

—Hice la misma pregunta en cuanto te vi en tu habitación esta mañana —dijo Ector. —Adelaida había dicho que fue un accidente y que se cayó por las escaleras cuando subía a su habitación anoche.

Me recosté en la silla y la miré con desdén. Adelaida resopló. Me di cuenta de que no le había dicho nada a Ector sobre lo que había pasado y estaba buscando las palabras adecuadas para explicarse.

—¡Jesús! —Exclamé irónicamente. —¿Por qué no llamaste a nadie para que te ayudara?

—No fue tan grave como parece. —Contestó con voz seca.

—Si tú lo dices —dijo encogiéndose de hombros. —De todos modos, te aconsejo que uses infusiones de manzanilla. Según el libro de hierbas de mi abuela, la manzanilla ayuda a aliviar el dolor y a eliminar las manchas. Lo sabrías si fueras un fanático de la lectura.

Me miró con desdén, volviendo la vista, pero asintió. Miré a Bruce que escondía su risa. Aideen, sin embargo, sonrió con satisfacción, mientras que Alistair agitó la cabeza de un lado a otro con una sonrisa sarcástica en la cara. Esto irritó aún más a Adelaida, que se levantó de la mesa sin pedir permiso y salió de la sala.

Seguimos desayunando, hablando amablemente y me di cuenta de que Ector no era una mala persona. Él estaba inclinado a hacer lo que la mayoría de los padres de hijas solteras hacían... Mimar a su hija. Por un momento tuve celos de Adelaida que, por lo que pude ver, era muy querida por su padre, porque el afecto de Ector era ampliamente percibido. Durante la conversación terminó confesando que la idea de cobrar por el acuerdo matrimonial fuera de Adelaida y que ella estaba radiante sobre la posibilidad de ser una duquesa. No tenía idea de por qué alguien querría tanto tener un título de nobleza que se deshiciera de su honor, personalidad o cualquier otra prioridad que no fuera ganar un título.

Uno de los empleados anunció que los caballos que llevarían a Ector de vuelta a su feudo, ya estaban listos y disponibles para su partida. Se despidieron mientras yo miraba desde lejos con el arco en las manos. Cuando Adelaida estaba a punto de cruzar la puerta de salida del puente, disparé una flecha. Ella miró hacia atrás con una mirada indignada y yo sonreí con burla. Viendo que había un atasco de papel, caminé hacia el lado de la puerta donde se había clavado la flecha y la sacó. Todos se pararon frente a él, caminando distraídamente y ni siquiera se dieron cuenta de lo que había hecho. La vi desenvolver el papel, y me detuve un momento y leí su contenido. Adelaida me miró incrédula con una mirada llena de miedo y odio al mismo tiempo. Descartó la

nota en el arroyo y salió golpeándose los pies.

—¿Puedo preguntar qué había en esa nota? —Bruce susurró detrás de mí.

—No es gran cosa! —me dijo que me diera la vuelta para enfrentarme a él. —Sólo un recordatorio de lo que haré con ella, si, algún día, Adelaida vuelve a pisar este castillo o donde quiera que estés, y se atreve a mirarte.

Bruce hizo una cara, pero luego se rió.

—No quiero imaginarme cómo sería, pero me alegro de tener una guardia personal tan encantadora —dijosonriendo.

—Puede que no lo parezca, Sr. Duke, pero puedo cuidar bien de lo que es mío. —Disparé de forma irónica golpeando con mi dedo índice contra sus labios.

Bruce sonrió y, agarrando mi mano, besó mis dedos. Ese simple toque hizo temblar todo mi cuerpo.

—No lo dudo ni un poquito. —susurró.

Nos miramos fijamente durante un rato, hasta que me agarró la garganta, como siempre, y me acercó. Respiré profundamente con la expectativa de que me besaran como él lo había anunciado con sus gestos y su mirada. Bruce frotó sus labios contra los míos hasta que se llevó los míos en un suave beso. Le envolví el cuello con mis brazos disfrutando cada momento de ese beso frenético, hasta que se hizo urgente y Bruce me levantó del suelo.

—¿Quieren una habitación? —La voz de Alistair nos interrumpió. —Hay niños aquí.

Aideen le dio una palmada en el brazo a su marido y nos sonrió.

—¡Para, Alistair! —dijo ella. —¡Los avergonzarás!

Me eché a reír y, al lado de Bruce, volvimos al castillo. Alistair y Aideen reservaron una tarde entera para que habláramos. Ellos estaban contentos con nuestra unión y nos ayudaron con nuestros planes de boda.

—Necesitaremos dos días para llamarla Annabel. —Alistair dijo en un momento dado. —Me pregunto si podrías esperar tanto antes de la boda.

—¿Para llamarlo? —pregunté frunciendo el ceño.

—¡Sí! Alistair sonrió. —Te vas a casar con mi primo y eso te convertirá en duquesa. Quiero darte el título primero, para que puedas casarte ahora como alguien con derecho.

—Su Majestad, no hay necesidad de eso. —Dije con voz nerviosa. —No me voy a casar con Bruce por obligación o para conseguir un título. Me caso con él por amarlo.

—¡Ya lo sé! —Alistair sonrió y se me acercó. —No he visto a mi primo tan feliz y, al mismo tiempo, tan confundido en mucho tiempo. Incluso es divertido observar tus expresiones y comportamiento cuando estás a tu lado. Por eso sería un gran honor llamarle.

Me salieron lágrimas cuando lo oí hablar con tanto cariño. Alistair me abrazó y luego Aideen ocupó su lugar. Sonrió con orgullo.

—Esperamos con ilusión una ceremonia tradicional, con dos días de celebraciones y juegos de las Tierras Altas. —Aideen le sonrió a Bruce.

—¡Gracias, primo mío! —dijo Bruce estrechando la mano de Alistair. —Ha pasado mucho tiempo desde que tuvimos una fiesta como esa.

—Lástima que no tuvimos eso en nuestra boda —dijoAlistair. —Creo que podemos volver a casarnos con Bruce y Aideen y disfrutar de las festividades. ¿Qué opinas tú?

—¿Yo? ¿Casarme contigo otra vez? —Dijo Aideen, poniendo cara, pero luego abrió una sonrisa. —Haría eso tantas veces como hubiera una oportunidad.

Alistair arrastró a Aideen a un beso impresionante. Bruce y yo nos pigmentamos y nos

miraron.

—¿Por qué no buscas una habitación? —dijo Bruce, repitiendo las palabras de Alistair.

Aideen lanzó una carcajada, que fue seguida por nosotros y se convirtió en una gran carcajada. Bruce y yo dejamos el salón radiante. Decidimos pasar el resto del día caminando. Bruce me llevó a una parte del bosque donde hicimos el amor sobre una manta y nos quedamos hasta casi el amanecer.

—¿Feliz? —preguntó besando la palma de mi mano.

—Mucho! —dijo sonriendo. Mi cara se puso seria cuando recordé la escena del calabozo. —Bruce, una cosa me preocupa.

—¿Qué está pasando?

—¡Morvan!

—Annabel, Morvan está arrestado y no hay posibilidad de escapar.

—Lo sé, pero cuando pasé la noche en la puerta del calabozo, vi al guardia entregando algo con el plato de comida. Hoy, sin embargo, el guardia no estaba presente en la celda. —Ya te lo expliqué. —Sé que por el ángulo en el que yo estaba, el guardia debe haberse colocado en una esquina no visible para mí, pero aún así, ¿no sería el caso de poner más guardias en el calabozo? Sólo para estar seguros. Es sólo que no tengo un buen presentimiento.

Bruce suspiró.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Haré que refuercen la seguridad del calabozo y comprueben si ha recibido algo más que un plato de comida —dijo que nos asentáramos. —Ahora, futura dama Bruce MacCalister, quiero un beso.

—¿Sólo una? —pregunté seductoramente.

—Por supuesto que no!

Los dos días siguientes fueron los más agitados de Dunhill desde el comienzo de la guerra contra Roy. Por eso, no todos los señores pudieron asistir. En la mañana del segundo día, Alistair nos pidió que fuéramos a la sala del trono. Me dio el título de Duquesa y como regalo, Bruce me dio una tiara para que la usara con el velo.

—¡Qué hermoso! —Dije extático. —Gracias!

—Eso pertenecía a mi madre. Era de su matrimonio con mi padre y creo que ella aprobaría mi decisión de pasárselo a usted. —Bruce explicó. —También lo hará nuestra hija o nuera.

Lo abracé con lágrimas en los ojos y resoplé. Luego fui a mis aposentos a prepararme para la boda. Había elegido un vestido de corte sencillo y opté por un velo corto. La tiara daría el toque final. Nunca me ha gustado la pompa, y cuanto más simple sea, mejor. Bruce me esperaba en la capilla con su falda escocesa tradicional. Era más guapo que nunca con la barba cerca. Alistair y Aideen me sonrieron cuando entré en la capilla. Hicimos nuestros votos y fuimos bendecidos según la tradición. Todo fue muy bien, pero no pude sacar esa angustia de mi pecho que había durado demasiado. Ese mal presentimiento no me abandonó y, preocupada, no dejé de mirar a mi alrededor cada vez que tuve la oportunidad. Era como si alguien estuviera a punto de saltar sobre mí.

—¡Deshazte de tu cara de preocupación! —susurró Bruce tan pronto como salimos de la capilla.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —Dije con voz nerviosa. —Es sólo que algo me dice que algo malo va a pasar.

—¡Ya lo sé! —Bruce suspiró. —Algo realmente serio está a punto de suceder.

—¿En serio? ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo mirando de un lado a otro.

—Te casaste conmigo y sabes lo insaciable que soy —dijo sonriendo.

Hice una cara.

—¡Bruce, hablo en serio!

—Lo sé, pero no hay nada de qué preocuparse —dijo besando mi frente. —Esta es nuestra boda y nada puede arruinar ese día. Confía en mí!

Esas palabras sonaban reconfortantes y yo sólo asentí. Sonriendo, empezamos a pasar a través de los invitados, pero antes de seguir adelante, miré hacia atrás por última vez. Algo me dijo que ese día estaría marcado para siempre.

Capítulo 20

Bruce

—No puedo creer que ese bastardo se haya escapado, me abrí paso de un lado a otro del pasillo.

Todavía estaba vestida con mi ropa de la ceremonia de la boda, porque tan pronto como supe que Annabel había sido secuestrada, no pensé en cambiarme de ropa para salir a cazar. Estaba sangrando por el golpe en la cabeza que recibí. Habíamos ido a un lugar reservado, cerca del lago, cuando sentí un fuerte golpe y me tiré al suelo. Me desperté momentos después con la noticia de que Morvan había escapado del calabozo con la ayuda de algunos guardias. Los miserables deberían ser los mercenarios que se han infiltrado en mis hombres.

—¡Cálmate, Bruce! —dijo Alistair. —Si se desespera, no llegará a ninguna parte. Tenemos que pensar en llegar a Annabel.

—Estamos hablando de mi esposa en manos de ese bastardo. —Grité de nuevo. —¡Claro que no puedo mantener la calma!

—¡Conozco a Annabel, Bruce! Mi hermana es inteligente. —Aideen se acercó. —En este punto, Morvan debe amargar el pan que el diablo ha amasado, por haberla secuestrado. Dudo que no esté haciendo de su vida un infierno o que no haya dejado ninguna migaja por encontrar.

—Deberías ver esa herida —dijo Alistair acercándose a mí. —Parece serio.

—No me importa mucho la herida. —Disparé un gruñido. —Quiero a Annabel de vuelta, y no escatimaré esfuerzos para encontrarla.

Respiré profundamente, cerrando los ojos. Aideen tenía razón al decir que Annabel era muy inteligente y que esperaba que saliéramos a buscarla. Sin embargo, me sentí desolado al pensar en las atrocidades que ese sinvergüenza podía hacerle. Alistair tenía razón y tuve que calmarme y pensar en algo para encontrarla.

—¿Por qué no te oí? —Estaba enfadado. —Si hubiera escuchado la preocupación de Annabel, eso nunca habría pasado. Tal vez habríamos evitado que Morvan escapara.

—¡No seas duro contigo mismo, primo mío! —Alistair dijo que al pasar sus manos sobre mi hombro. —Vivimos días en los que cada hombre es corrompido por una bolsa de monedas. Parece que el dinero habla más fuerte que tu lealtad.

—¿De verdad crees que no eran mercenarios? —Pregunté con un suspiro.

—No lo creo, primo mío. Son ambiciosos, pero no estúpidos. Nadie sería lo suficientemente valiente para entrar en Dunhill.

—Escucha a Alistair, Bruce. —Aideen sonrió. —Eres un capitán muy competente. Desafortunadamente, fue golpeado por la codicia. Seguramente los mercenarios han pagado a los guardias de la taberna. ¿Recuerdas que dijiste que salvaste a Annabel de un grupo hace unas noches? ¿Y si hubiera más?

Agité la cabeza, suspirando y asintiendo.

—Puede que tengas razón, y pretendo castigar a los que ayudaron a Morvan.

—¡Eso podría ser para después! Ahora debemos pensar —dijo Aideen tomando un mapa de toda Escocia. —Por lo que sé, tenemos ofensivas en todas partes, desde Edimburgo hasta los límites con Dunhill. Si consideramos todo el asedio, podríamos averiguar qué curso ha tomado.

—¡Aideen tiene razón! —dijo Alistair sonriendo y besando la frente de su esposa. —Gracias, ángel.

Ella le sonrió. Cada día Aideen era más y más capaz de gobernar junto a mi hermano. Si, por casualidad, Alistair tuviera que dejarlo a la cabeza para hacer negocios de Estado, sé que a Escocia le iría muy bien con Aideen al mando.

—La mitad del territorio está muy bien vigilado, desde Inverness hasta Duvengard. —Alistair señaló el mapa. —No podía bajar, porque se enfrentaría a la milicia formada por Bree antes de ir al frente. No hay forma de que pase por Fort Willians o Gretna Green.

—Tampoco puede tomar el camino que lleva a los cañones de las laderas occidentales, porque tenemos guardias en cada pueblo a lo largo del camino. De esta manera se le podía reconocer y detener.

—Exactamente! —Alistair se acercó. —En este caso, tendría que pasar por los caminos que conducen al este y desde allí seguir por Inverness. Evitaría pasar entre los soldados de Bree y llegar al mar, que es la única ruta que Morvan debe seguir hasta Edimburgo.

Sonríe con satisfacción cuando se da cuenta de que Morvan estaba atrapado.

—Tomará la ruta que Annabel había intentado tomar cuando escapó del asedio de su madre. —Susurré. —Hay un tenedor aquí, y si va en la dirección equivocada, terminará en un claro. Oremos para que Annabel reconozca la ruta y la tome justo ahí.

—¿Y si eso no sucede? —Dijo Aideen.

—Lo rodearemos en el acantilado antes de que pueda bajar a la playa. —Dije.

Alistair asintió.

—Haré ensillar los caballos —dijo caminando hacia la puerta del pasillo. —Tomaré un contingente del este del bosque y tú del oeste. Para cuando se han ido, no han ido muy lejos todavía.

—Alistair...

—Antes de que digas que no puedo estar solo... Aideen vino y me interrumpió. —Sé que puedo cuidar muy bien de mí mismo y de este castillo. Así que quiero que salgas con mi marido y traigas a mi hermana de vuelta lo antes posible. ¡Es una orden!

Arqueo la ceja con asombro.

—Lejos de mí sugerir tal cosa, Su Majestad —dijo sonriendo. —Sólo quería decir que prefiero ir al este que al oeste.

Aideen sonrió y me besó en la mejilla.

—Buena suerte! —susurró ella. —¡Ahora vete!

Al sentarme, me incliné y salí de la habitación. Subí corriendo a ponerme la túnica negra. Alistair estaba listo en el mismo momento que yo y bajamos juntos al patio.

—Volveremos pronto! —dijo, antes de besar a Aideen. —No te preocupes, la traeremos de vuelta.

Aideen devolvió el beso y saludó cuando pasamos por la puerta, que se cerraba tras nosotros, con órdenes expresas a los guardias de que se abrieran sólo a nosotros y a nadie más. Mientras estemos fuera, nadie entra o sale de Dunhill.

—¡Espérame, Morvan, porque lo encontraré! —Susurré, concentrando mi mente en el camino que estábamos siguiendo. —Cuando eso suceda, nada me impedirá matarlo esta vez.

Capítulo 21

Annabel

Abrí los ojos para tropezar con el suelo y pasar rápidamente. Tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaba inclinando sobre la espalda de un caballo. Mis manos estaban atadas y todavía estaba mareado. Las botas gastadas golpean los flancos del caballo. Levanté la cabeza para ver quién sería mi verdugo, aunque ya lo sospechaba.

—¡Morvan! —Dije con mi voz arrastrada.

—¡Es una pena que te hayas despertado! —dijo con ironía. —Prefiero que permanezcas inconsciente hasta que llegemos a nuestro destino.

—¡No conseguirás lo que quieres! —Yo disparé. —No dejaré que me lleves a Edimburgo.

—¿Así que sabes adónde vamos?

—¡Claro que lo sé! Todo idiota que trató de secuestrarme tiene ese destino. No serías tan diferente de los demás —dijoirónicamente. —Ahora, por favor, trate de llamarme señora o su gracia. Por si no lo sabes, acabo de convertirme en la Duquesa de Duvengard.

—No por mucho tiempo! —disparó con una risa fría. —Dudo que tu padre encuentre la manera de anular este matrimonio.

Gruñí cuando le oí llamar a Roy el de mi padre.

—¡Deja de decir eso! —Golpeé la espalda del caballo que relinchaba. —¡Roy no es y nunca será mi padre!

—¡Cállate o asustarás al caballo! —él lo ordenó. —No quiero que te caigas y te rompas ese hermoso cuello. Eso me haría perder mi bono.

La generosa recompensa ofrecida por mi madre me estaba dando más problemas de lo que pensaba. Además de Morvan, había mercenarios vigilando el premio. No tenía ninguna duda de que ella también había pagado por la liberación de Morvan. Realmente necesitaba alejarme. A estas alturas, Bruce ya debería haber hecho un plan para rescatarme y yo necesitaba ganar tiempo para que él me rescatara. Aunque estaba inclinado, pude identificar dónde estábamos. Morvan me estaba llevando hacia Inverness. Reconocí el camino que pasé cuando llegué a Dunhill para la boda de Aideen. Eso significaba que no estábamos muy lejos. Empecé a luchar con el caballo y relinchaba.

—¡Para! Morvan lo ordenó para que me quedara quieto. —¡Nos vas a derribar!

Lo ignoré y seguí luchando. El caballo relinchó unos pasos hacia atrás. Morvan estaba tratando de controlar las riendas mientras yo golpeaba al caballo que se estaba agitando más y más. Después de tantos intentos, el animal finalmente nos arrastró hacia abajo y huyó. Salí rodando sobre la silla y caí al suelo sobre Morvan. Aproveché el momento y saqué la daga que llevaba alrededor de la cintura. Usando su pecho como palanca, salté e intenté correr, pero Morvan me sostuvo la pierna.

—¡Vuelve aquí! —gritó.

Me caí sobre mi estómago y él aprovechó la oportunidad para venir encima de mí.

—¡Bastardo! —gruñó agarrándome el pelo. —¿Viste lo que hiciste? Ahora no tenemos caballo y tendremos que seguir caminando.

—Corrección... —dijotomando un descanso y dándome la vuelta para enfrentarlo. —Seguirás a pie.

Dicho esto, lo golpeé con la daga. Morvan soltó un grito de dolor y cayó de rodillas con las manos al costado del abdomen.

—¡Maldito seas!

Aproveché la oportunidad para salir de la carretera y entrar en el bosque. Mientras corría, corté las cuerdas que me ataron la muñeca. Me detuve a esconderme detrás de un árbol. Me llevé la mano a la cintura y me di cuenta de que la bestia que siempre llevaba conmigo había sido eliminada. Miré a mi alrededor para ver qué podía usar como arma. Sólo había ramas gruesas que fueron arrancadas de algún árbol por el viento. El suelo estaba húmedo y la lluvia comenzó a caer.

—¡Ésa no! —Susurré.

La lluvia en ese momento sólo me haría difícil escapar.

—¿Duquesa? No deberías haber hecho eso. Te arrancaré el pelo tan pronto como la encuentre. —Oí la voz de Morvan llamándome en tonos irónicos. —¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! ¡Salga! Sabes que no hay adónde huir.

Respirando hondo, cerré los ojos. Tuve que volver a la carretera y llegar a Dunhill. Agarrando la daga, corté el corpiño del vestido y me lo quité. Podría correr más rápido con sólo mi ropa interior puesta. Sosteniendo la daga en mi pelo, me incliné para agarrar una de las ramas más gruesas y algo pesadas. Me las arreglé para tener una visión de Morvan cuando entró en el bosque y mirando el vestido, decidí usarlo como cebo para atraerlo. Dejando el vestido a su vista, cambié el árbol sin que él me viera y tiré una piedra. Esperé a que Morvan pasara.

Morvan se rió caminando hacia el árbol y bajó cuando vio el vestido. Tuve unos segundos para salir de detrás del árbol y darle un fuerte golpe en la cabeza. Morvan soltó un gruñido antes de caer al suelo. No fue suficiente para noquearlo, pero me daría tiempo para escapar. Volví a correr hacia la carretera, cuando llegué a ella empecé a correr hacia el pueblo. La lluvia se hizo más fuerte y recé para que las inundaciones no comenzaran a salir. No sabía cuánto había corrido hasta que oí a los caballos susurrar desde lejos. Parpadeé mirando hacia el campo y noté que había tres caballos. Dos trajeron a una mujer, cada uno y en el otro vino un hombre. Parecía un caballero y decidí correr hacia ellos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

El grito llamó la atención de ambos. Se detuvieron y una de las mujeres se dirigió hacia los árboles, mientras que las otras se dirigieron hacia mí. Parecían decididos, así que seguí corriendo.

—¡Annabel, bastardo! —Morvan gritó detrás de mí. —¡Voy a matarla, por eso!

Ignorando a Morvan, seguí corriendo y gritando. De repente me di cuenta de que, debido a la desesperación, no creía que ambos pudieran ser hombres de Morvan o mercenarios enviados por mi madre. Me detuve para tener miedo de ver esa posibilidad. Esto le dio tiempo a Morvan para acercarse a mí y brutalmente me agarró del brazo, haciendo que me volviera hacia él. La bofetada de su mano me dolió más de lo que imaginaba cuando me golpeó la cara con una bofetada. Por el golpe, me caí al suelo llorando.

—¡Miserable! —gritó. Agarrándome el pelo, Morvan tiró de la daga. —¡Ya no me importa la maldita recompensa! Vas a pagar por lo que me hiciste. Empezando por esa hermosa cara.

Estaba aterrorizada y mareada por el dolor de cabeza. Morvan me agarró de la garganta y me atravesó la cara con la daga mientras reía. Metiéndole las uñas en el puño, conseguí que me soltara, pero Morvan me dio otro golpe en la cara y me caí de nuevo. Me arrastré lejos de él. Cuando me agarró de la muñeca para levantarme de nuevo, sucedió lo inesperado. Una flecha golpeó la espalda de Morvan, que gritó con una daga. Cayó de rodillas mirando en la dirección de donde había salido la flecha. Su expresión era de miedo, pero sonrió incrédula.

La frente de Franzi mirando a los dos jinetes que montaban dos sementales negros. Uno estaba vestido de negro y el otro era una mujer. Incluso con la vista borrosa por las lágrimas, pude reconocer al hombre. Era Alec, el hermano menor de Alistair. La mujer llevaba un arco y pronto me di cuenta de que fue ella quien lo lanzó. Era pelirroja y mucho más alta que yo. Se parecía a Aideen y me hizo fruncir el ceño porque pensé que estaba teniendo una alucinación.

—¡No puede ser! —Susurré limpiándome los ojos y parpadeé.

Alec bajó del caballo con un par de espadas en la mano y vino caminando hacia nosotros.

—¡Morvan! —dijo Alec mientras se acercaba. —Qué oportuno que nos encontremos aquí! He estado soñando con este momento desde la muerte de Cora.

—¡Me has pillado! —Morvan sonrió arrodillado y cerró los ojos.

Alec cruzó ambas espadas, cortando la cabeza de Morvan con un golpe seco. Me quedé asombrado al ver a la pelirroja que se nos acercó.

—¿Annabel? —dijo Alec bajando delante de mí. —¿Te has hecho daño?

—Yo... Ella... —Susurré. —No... ¡No puede ser!

Mi voz salió asfixiada, así que me sorprendió cuando reconocí a la pelirroja. Estaba vestida con un vestido plateado y un corpiño de malla. Pulseras de cuero adornaban su antebrazo. Llevaba una daga y una pequeña bestia, atada al ancho cinturón que adornaba su cintura. Había un dobladillo unido a su espalda con una enorme espada, que reconocí por el mango. Su cara ya no era la misma y había algunas cicatrices. Pequeño, pero visible.

—¡Annabel, cálmate! —dijo mirando a la mujer que se detuvo a su lado. —Te llevaremos de vuelta a Dunhill a salvo y Bree te lo explicará todo.

—¿Bree? ¿Qué quieres decir, Bree? —dijo que tratar de mantener la calma. —¿Qué está pasando? ¡No puede ser! ¡Estás muerto! ¡Ravenna dijo que estaba muerta!

Mi voz salió desesperada y no sabía si era por el dolor o por el hecho de que estaba viendo a mi hermana parada frente a mí después de meses de pensar que estaba muerta.

—Annabel, no me mires así, porque no soy un fantasma —dijo mientras se acercaba y se acercaba. —Ravenna mintió, pero fue mi culpa. No estoy, y nunca he estado, muerto, aunque he estado muy cerca varias veces.

La miré fijamente durante unos segundos, tratando de decidir si aceptaba o no su ayuda. Extendí mi mano con gran temor y lentamente la llevé hacia la suya. Cuando mis dedos tocaron su mano, un choque atravesó mi cuerpo y contuve la respiración. Lágrimas de alegría invadieron mis ojos y comenzaron a rodar por mi cara. Ella sostuvo mi mano firmemente y me tiró contra su cuerpo para un abrazo.

—¡Aila!

—¡Annabel!

Capítulo 22

Bruce

Dos días después...

Abracé a Annabel aún más fuerte cuando volvió a murmurar. Estaba profundamente dormida desde que la encontré en los brazos de Alec en el vestíbulo. Aunque calculó muy bien las rutas posibles que Morvan tomaría, era justo el camino que pensábamos que no seguiría. Por suerte, Alec iba a venir, y Annabel fue lo suficientemente inteligente como para conocerlo. Estaba devastado de volver a Dunhill sin haberla encontrado. Fue un gran alivio ver a Annabel de nuevo, incluso herida.

Besé la frente de mi esposa con afecto y sonreí. Si alguien me dijera hace un mes que hoy me volvería loco por una mujer hasta el punto de casarme con ella, me reiría de sus tonterías. Ahora, acostada junto a la mujer más increíble que he tenido el placer de conocer, no puedo imaginarme viviendo sin esta chica.

—Dime que no estoy soñando —dijo Annabel en un susurro y luego hundió su cabeza aún más profundamente en mi pecho. Sonríe con satisfacción cuando oye su voz arrastrada.

—¿Cómo llegué aquí?

—¿No recuerdas nada?

—Vagamente!

—Alec la encontró y la trajo a Dunhill. —Lo expliqué suspirando. —Le debo mi vida a mi primo por recuperar mi joya.

Annabel sonrió y levantó la cabeza para besarme la barbilla. Pasó su mano a través de mi pecho hasta que llegó a mi abdomen.

—¿Soy una joya?

—La más rara y hermosa que he visto en mi vida —dijoriendo. —Basta, me haces cosquillas.

Ella se rió cuando le sostuve la muñeca y llevé sus dedos a mis labios.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—¡Dos días!

—¿Dos días?

—Sí. —Suspiré besando tu frente. —No sabes lo preocupada que estaba después de despertarme y no volver a verla.

Ella hizo una cara.

—Morvan me golpeó en la cabeza y me desmayé. Cuando me desperté ya estaba en su caballo con las manos atadas. —explicó ella. —Cuando me di cuenta de que me estaba llevando hacia

Inverness, sentí que tenía que huir de todos modos.

—Sí, Morvan fue muy valiente al ir en esa dirección, incluso a riesgo de encontrar el ejército de Bree.

De repente, Annabel se sentó en la cama.

—Bruce, ¿sabías que mi hermana estaba viva?

—¡No hasta que vea a Bree y a Aideen juntos! —dijo. —El parecido entre ambos es impresionante. Cuando llegué a Dunhill y miré a Aideen, tuve la impresión de que ya había estado con ella. Traté de recordarlo, pero no había rostro conocido, así que lo dejé allí y caí en el olvido, hasta que volví a ver a Bree. Parecen gemelos.

Annabel se rió.

—¿Está aquí en el castillo?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¿Cómo está ella?

—Preocupado. —Respondí sonriendo. —Está esperando a que hables.

Annabel se encogió de hombros y apoyó la barbilla sobre ellas. Me miró y, por primera vez, vi miedo en sus ojos.

—¡No lo sé! Tal vez no deberíamos hablar.

—¿Por qué no debería? ¡Es tu hermana!

—No lo sé! —Annabel suspiró. —Ha estado desaparecida todo este tiempo. Nunca nos envió una sola carta para decirnos que estaba viva. No sé si estoy enojado o aliviado. Todavía estoy muy confundido y creo que Aideen siente lo mismo.

—Annabel, no sabemos por qué la mantuviste callada tanto tiempo. —Susurré besando tu frente. —¡Habla con ella! Dale a Aila la oportunidad de explicarse. Sé maleable y gentil, como sé que puedes serlo.

Annabel sonrió y luego suspiró. Tomó mi mano y la besó, así que se metió en mi regazo.

—¡Está bien! ¡Está bien! Hablaré con ella mañana por la mañana. —se tomó un descanso y abrió mi camisa. —Ahora, deseo disfrutar a mi esposo y recordarle cuán profundamente lo amo.

Dejé salir una risa antes de agarrar su garganta y acercar a Annabel.

—Eso es bueno, porque tengo una memoria tan corta que creo que se necesita más de una noche para recordarlo.

Annabel se rió antes de besarme. Estaba muy contenta de tenerla en mis brazos de nuevo. Haría lo imposible para que nada más que la muerte nos separara de nuevo. Protegería a Annabel con mi vida hasta el final de mis días y la haría muy feliz. A partir de esa noche.

Epílogo

Annabel

La puerta del salón se abrió de repente y me apresuré a entrar junto a Aideen. Estábamos mirando a la mujer de pie junto a Alec. Sostuvo una mano sobre el mango de la espada que estaba atada a su cintura. El fuego del pelo rojo, estaban trenzados hacia atrás. La trenza cubría parte de la otra espada que llevaba en la espalda. La espada que perteneció a nuestro abuelo. Sabía que le pertenecía por la joya en el mango de plata. Llevaba el mismo vestido plateado, pero sin la cuota de malla. Llevaba un cinturón ancho de cuero, en el que llevaba dos puñales clavados. Los brazos estaban adornados con un brazalete de cuero, ciertamente para protegerlo durante el uso del arco. Eso significaba que era ambidiestra y que podía usar cualquier mano para manejar el arma. En su cuello había un corte delgado que iba de un extremo a otro de su garganta. También su frente, que tenía una delgada línea entre las cejas. Su mirada, sin embargo, había cambiado mucho y se había vuelto severa. Sin embargo, había un resplandor en su mirada que no podía explicar de qué se trataba.

Aideen y yo nos miramos. Quería saltar en su regazo y abrazarla, pero la confusión dentro de mí me impidió hacerlo. Todavía estaba en shock por el hecho de que Aila estuviera viva.

—Te dejo para que hables —dijo Alistair. —¡Alec! ¡Bruce! ¿No quieres acompañarme con una copa de vino y una partida de ajedrez? Creo que las damas necesitan algo de privacidad.

—¡Claro que sí! —Alec asintió. —Recuerda nuestra conversación. Sea honesto y no omita nada. Confié en mí mismo y todo saldrá bien.

Alec dijo que cuando se cruzó con Aila. La forma en que le habló y Aila le devolvió la sonrisa, me hizo fruncir el ceño. Ella asintió con un suspiro. Su expresión era de aprensión y Aila parecía luchar contra algo dentro de ella.

—Trata de no ser tan duro con ella. —preguntó Alec cuando nos pasó. —Aila ya ha sufrido bastante, así que, por favor, trata de entenderlo.

Sin entenderlo, Aideen y yo nos quedamos mirando a Alec mientras salía de la habitación con los demás. Miré a Aideen, que no sabía qué hacer ni cómo actuar. Nos quedamos quietos, mirándonos con lágrimas en los ojos.

—¡No sé cómo empezar! —dijo rompiendo el silencio.

—¿Qué tal el principio? —dijo de forma irónica. Aila me sonrió.

—No has perdido esa forma tan perversa de ser —dijo ella.

—No, y he estado practicando mucho con Bruce.

—Me habló de la boda. —ella sonrió. —Felicitaciones! Parece un gran tipo y se preocupa mucho por ti. De hecho, Alistair sigue el mismo camino. Me hace muy feliz y hace que cada sacrificio que he hecho valga la pena.

Franzi la frente.

—¿Qué sacrificios? —Pregunté al unísono con Aideen.

—Las que hice para mantenerlos vivos.

Aideen y yo olfateamos, mirándonos fijamente sin entender las palabras de Aila.

—¿Puedes explicarlo mejor? ¿Qué tiene que ver fingir estar muerto con mantenernos vivos?

Aila suspiró y se sentó en una de las sillas, luego señaló a otras que estaban vacías.

—¿Por qué no te sientas? —Dijo ella sonriendo con tristeza. —Es una larga historia!



Sobre el autor

Vanessa, que escribe sobre el seudónimo de Kira Freitas, nació en el estado de Río de Janeiro, en la Baixada Fluminense. Hoy vive en una ciudad de la Costa Verde, entre el mar y la montaña. Empezó a escribir para distraerse, pero sus primeros libros se volvieron tan populares que decidió no parar más. Hoy tiene varios trabajos escritos y publicados en [amazon.com.br](https://www.amazon.com.br) y que también pueden ser consultados en [wattpad.com](https://www.wattpad.com).

Otros trabajos

Serie Corazones Traicioneros

Libro 01 —Corazón en llamas (Alec)

Libro 02 —Corazón Indomable (Alex)

Libro 03 —Corazón Salvaje (Domingo)

Libro 04 —Ruthless Heart (Allan)

Libro 05 —Corazón Para Siempre (Diario de Alec)

Serie Destinos

Libro 01 —Sólo Amigos (Ryder y Brooke)

Libro 02 —Segunda Oportunidad (Casey y Ryan)

Libro 03 —Atracción Irresistible (Maise y Valerie)

Libro 04 —Cuando regrese (Viola y Mike)

Libro 05 —Castillo de Hielo (Erick y Scarlet)

Libro 06 —Redención (Mia y Raze) Pronto

Trilogía de las Hermanas MacBride

Libro 01 —La Reina

Libro 02 —La Duquesa

Libro 03 —La Princesa